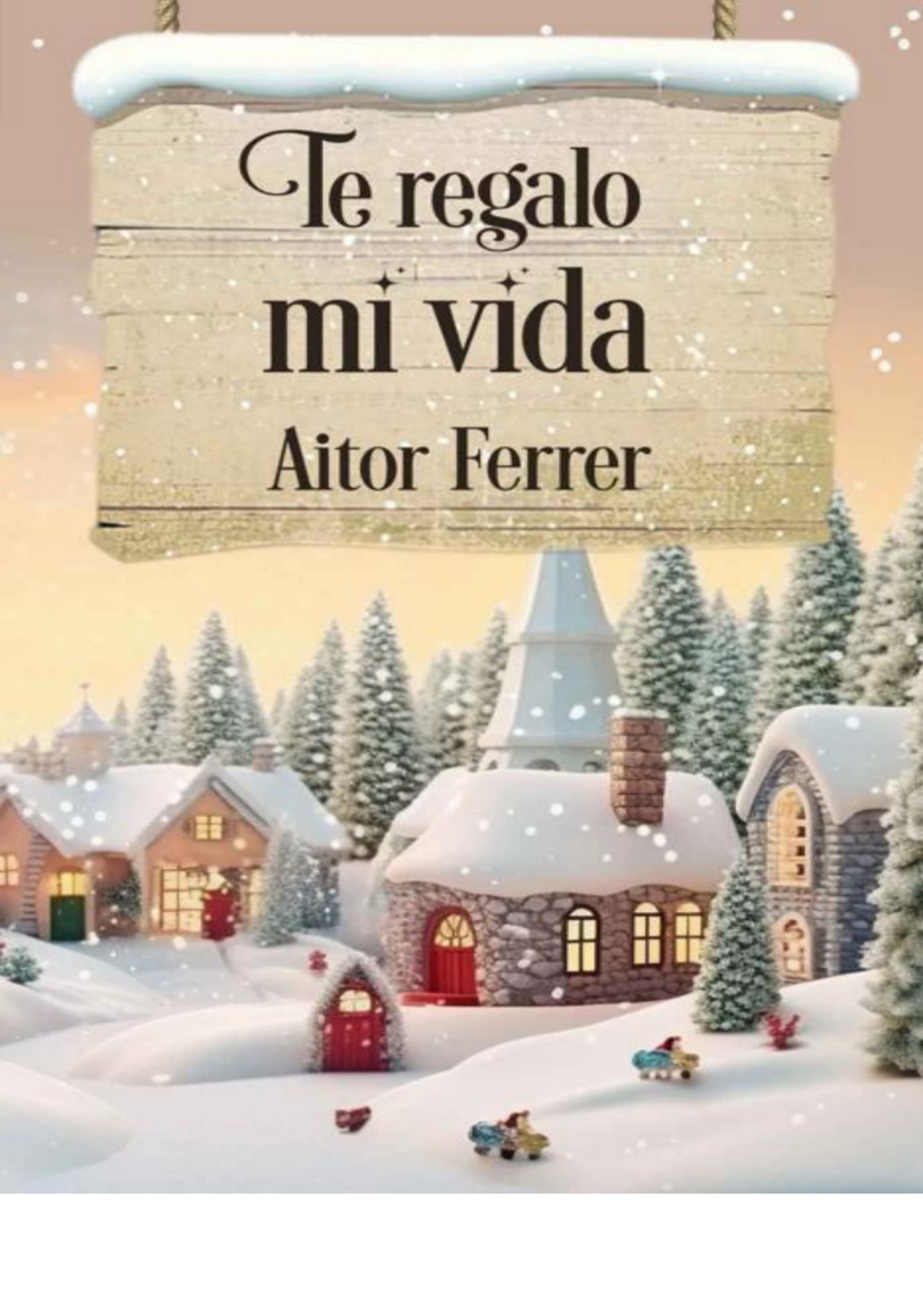

Te regalo
mi vida
Aitor Ferrer


Te regalo
mi vida
Aitor Ferrer

Primera edición.

Te regalo mi vida

©Aitor Ferrer

©diciembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE



Mis redes sociales

Capítulo 1



Miraba tras los cristales de la ventana de la cocina mientras me preparaba el primer café de la mañana.

Llovía a cántaros y los truenos iban avisando de los relámpagos que estaban por llegar y no se veía ni un alma en la calle.

Apenas eran las ocho de la mañana de un domingo que se preveía muy poco animado por las condiciones climatológicas, y mucho menos para mí.

No hacía ni veinticuatro horas que había dado el último adiós a la única familia que me quedaba, a esa hermana que, sin ser de sangre, me dio mucho más cariño en los diez años que hacía que nos conocíamos, que las personas que una vez fueron mi familia.

Tenía solo dos años cuando esos que decían llamarse mis padres decidieron que no me querían más, que el hacerse cargo de una niña que tenía que comer, vestir y algún día iría a la escuela, era algo de lo que no se querían responsabilizar.

Me dejaron en la puerta de un convento y se mudaron a otro lugar, al menos, eso fue lo que me decían las monjas con las que me crie.

Ellas me daban el cariño que podían, pero nunca fue el de una madre o una tía, a pesar de que así podría considerarlas a todas.

Cuando cumplí los dieciocho y entre lágrimas de todas ellas, así como de las mías, con una maleta en la que llevaba mis pocas pertenencias, una partida de nacimiento y el DNI, además de un dinerito que tuvieron a bien darme, dejé aquella vida atrás donde había tenido una infancia y una educación bastante buena, para empezar mi vida de cero.

No me olvidaría nunca de esas monjas, y cada año por Navidad les mandaba un dinero que ellas invertían en ese comedor social que llevaban, poniendo un plato de comida en la mesa de quienes más lo necesitaban.

Conocí a Diana cuando teníamos dieciocho años, en aquel primer trabajo que encontré una semana después de haber llegado a la ciudad. Solo nos hicieron falta dos días para hacernos amigas, de esas inseparables que se apoyaban la una en la otra, y durante dos años fuimos camareras en aquel bar en el que ella llevaba tres meses cuando yo entré.

La vida quiso que a esa edad pudiéramos darle un giro a nuestro mundo, nos tocó un pellizquito bastante grande en una lotería y pudimos montar el negocio con el que ambas soñábamos, nuestra propia cafetería en la que prepararíamos los pasteles y bollos nosotras mismas.

Aún seguíamos con nuestra cafetería, esa que ahora llevaría yo sola, aunque ella siempre formaría parte de aquel sueño que una vez tuvimos.

Diana conoció a un hombre al que amó con locura, pero que la engañó

con bonitas palabras y haciéndola tener unas ilusiones que jamás podría ver cumplidas.

Él estaba casado, era un hombre de buena posición y tenía dos hijos, y como muchas veces ocurría en estos casos, decía que se iba a divorciar, pero el divorcio nunca llegaba.

Ella abrió los ojos, rompió con aquella relación que no tenía futuro, y un par de meses después descubrió que estaba embarazada.

Aquel hombre nunca supo lo del bebé, y jamás lo sabría, así lo quería ella, y por supuesto que yo se lo iba a respetar.

La niña era un amor, tenía tres años y era igual que su madre.

Cuando nació, Diana me nombró su madrina y dejó escrito que, si alguna vez le ocurría algo, quería que yo fuera su tutora legal, y en eso me había convertido.

Esa noche había salido con un chico, la primera cita en cuatro años después de haber roto con aquel hombre casado.

Una semana, hacía solo una semana de aquel accidente, lloviendo tanto o más que ahora, cuando el camión que circulaba por la carretera no vio su coche parado, con las luces de emergencia y esperando a la grúa por una rueda pinchada.

Llegó al hospital aún con vida, la operaron, trataron sus hemorragias internas y acabó entrando en coma.

Pero por más que le pedí que luchara por su vida para estar con su pequeña, le fallaron las fuerzas y nos dejó a Elena y a mí solas.

El olor a café recién hecho me devolvió al momento, al piso que durante ocho años habíamos compartido Diana y yo, ese lleno de recuerdos e historias que algún día le contaría a mi ahijada.

Me serví el café y con la taza en la mano fui a asomarme a la puerta de la niña, esa princesita que dormía plácidamente.

Había preguntado cada día por su mamá, pero era aún tan pequeña que ella, por mucho que lo intentara, no podría comprender que no iba a verla más.

Cuando la enterramos el día anterior y vio su foto en la iglesia, me miró y al escucharle decir la palabra «mami» asentí, la abracé y le dije que mami estaba en el cielo.

Tal vez me entendió, o tal vez no, pero en el momento en el que pasamos junto a esa foto, ella la tocó y con su lengua de trapo dijo que la quería.

Se me partió el corazón, le besé la cabecita y a mi hermana de corazón le prometí cuidar de su hija, de nuestra niña, hasta el último día de mi vida.

La dejé en la cama y regresé al salón, la lluvia seguía cayendo con fuerza y en la calle se habían formado esos charcos que harían las delicias de cualquier niño con botas de agua para saltar en ellos.

Me tomé el café mientras pensaba en cuánto iba a cambiarnos la vida a Elena y a mí desde ese momento, ahora tan solo nos teníamos la una a la otra y no pensaba fallarle ni a la niña, ni a su madre.

Mi móvil sonó con un mensaje y vi que era de nuestro gestor, me pedía que nos viéramos al día siguiente para organizar todo el papeleo que conllevaba el cambiar todo a mi nombre dadas las circunstancias en las que nos encontrábamos.

Le respondí que estaría en su oficina a las diez y me acabé el café para empezar a preparar el desayuno para Elena y un segundo café para mí.

Desde luego que eso que decían de que la vida podía cambiar en apenas un segundo, era muy cierto, y yo lo había comprobado en dos ocasiones a lo largo de mi vida.

De la primera no me enteré hasta que fui un poco más mayor, pero de esta segunda, de esta me iba acordar cada día del resto de mi vida.

Cuando fui a la habitación de Elena ya estaba despierta, sonrió al verme, la cogí en brazos y me la comí a besos.

—Buenos días, mi niña bonita. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Pues vamos a desayunar.

La llevé a la cocina y tras sentarla en su trona, le di su vaso de leche con galletas bien mojadas y blanditas, como a ella le gustaba, y una manzana a trocitos.

Lo bueno que tenía era que no le hacía ascos ni siquiera a la verdura, le podías dar lo que fuera de comer que ella se lo comía encantada.

Cuando acabamos, la senté en el sofá con su peluche favorito, un oso blanco que su madre le compró cuando aún estaba embarazada de seis meses, y allí se quedó viendo los dibujos mientras yo recogía la casa y ponía algunas lavadoras.

Era una niña que no daba ni pizca de guerra, y cuando me veía pasar por allí, me miraba y sonreía cuando yo le sacaba la lengua o le hacía una mueca.

Cualquier cosa me valía con tal de hacerla sonreír y que no notase mucho la ausencia de su madre, aunque era normal que eso ocurriera.

Lloraba cuando no me veía, y entonces pensaba en Diana y en que ella no querría aquello. Me querría ver sonriendo, siendo la loca de siempre, la misma Paula que conoció una década atrás.

Y por ella y por su hija, esa que adoraba y a la que quería como si fuera mía, me prometí que esa Paula tenía que volver con más fuerza que nunca.

Y llegó el lunes…

Después de reunirme con el gestor y dejarle todos los papeles firmados para él poder tramitarlos, me dirigí hacia el banco a hacer una gestión ya que iba sobrada de tiempo al tener a la pequeña en la guardería.

Nada más entrar, me encontré al dueño del hotel familiar que estaba encima de mi pastelería. La última vez que lo vi fue cuando apareció por allí para proponernos a Diana y a mí la compra del local y negocio por doscientos mil euros, las dos nos negamos ya que nos iba muy bien.

Me paró en seco no solo para saludarme, sino para, esta vez, ofrecerme doscientos cincuenta mil euros si aceptaba de manera inminente…

Y cómo no dudar, ahora que me veía sola frente a un negocio que funcionaba, sí, pero con una niña a la que yo debía sacar adelante y sin el apoyo de nadie. Y una luz se encendió en mi interior, como un clic en mi cabeza para decir, «ahora o nunca».

Contaba con la facilidad de que cuando nos tocó el pellizco de dinero en la lotería, compramos el piso a medias y ahora su parte pasaba a ser de su hija, Elena. Aunque no lo gastamos todo, nos sobró un dinero que decidimos repartirnos; yo con mi parte, compré el local para el negocio, y ella prefirió guardar la suya. Lo hice con la intención de alquilarlo a nuestra pastelería. Motivo por el cual, disponía de buenos ahorros ya que esa parte del alquiler jamás lo había tocado y con lo que cobraba de sueldo, al tener la casa pagada y compartir gastos, también me había ido dando para guardar una buena cantidad todos los meses.

Joaquín, el dueño del hotel, estaba impaciente por conseguir mi local ya que ahí tenía pensado poner la cafetería y restaurante, para dar un mayor y mejor servicio a los clientes del hotel. Y a mí ahora mismo, para ser sincera, me facilitaría mucho la vida. Por lo que al final acepté su oferta, le dije que sí. Sin demora llamé a mi gestor y le di el teléfono de Joaquín para que se pusiese en contacto con él, y de esa manera preparar todos los documentos necesarios para la firma en notaría y, de paso, arreglar los papeles para dar de baja el negocio.

Fui a casa y preparé un escrito para pegarlo en la cristalera de la pastelería para anunciar el cierre definitivo. Ya había uno por estos días, que me vi obligada a bajar la persiana para encargarme de la niña y de mi amiga que estaba debatiéndose en el hospital. Los vecinos sabían del suceso.

Lo imprimí en una copistería y fui a ponerlo mientras algunos que pasaban me preguntaban con tristeza. Después de dejarlo visible me marché a por la niña que ya se me estaba echando la hora encima.

Tocaba decirle adiós a eso que montamos con tanta ilusión, pero ahora mismo me era más importante mi salud mental y comenzar a replantear mi vida junto a mi niña, esa que ahora me necesitaba más que nunca. Estaba segura de que, desde el cielo, su mamá estaría muy orgullosa de saber lo que estaba haciendo por el bien de su nena y mío.

Cinco días después estaba en la notaría firmando la venta del local y con el negocio dado de baja por completo. Lloré mucho cuando salí de allí, de algún modo me desprendía de algo que me hizo muy feliz el tiempo que lo llevé junto a Diana.

Me senté en una cafetería a tomar un chocolate calentito. Hacía mucho frío y miraba tras los cristales el ir y venir de la gente mientras hacía tiempo para ir a recoger a la pequeña.

Era increíble lo que había cambiado mi vida de dos semanas para acá, desde el accidente ya nada volvía a ser lo que era antes. Tocaba comenzar de cero a pocos días de unas fiestas navideñas de las que no tenía la menor ilusión, pero por Elena lo tenía que hacer, ella no se merecía que esos días los viviera como si nada sucediera. Era una niña y se merecía de algún modo sentir la magia de la Navidad.

¿Y qué se me podía ocurrir a mí, si ahora mismo de lo único que tenía ganas era de meter la cabeza bajo la almohada y no sacarla en un buen tiempo?

Capítulo 2



Jamás imaginé verme sumergida en un viaje a solas con una niña y dispuesta a pasar unas fiestas navideñas en otra parte del mundo.

Después de haber firmado todo, y mientras estaba en la cafetería haciendo tiempo, había empezado a comerme la cabeza con el tema de la Navidad. Si adornaba mi casa y nos quedábamos, yo me iba a morir de la pena de ver esa mesa en la que Diana se sentaba y que no estuviera junto a nosotras. Me traería demasiados recuerdos y me pondría de lo más triste, y eso era precisamente lo que no quería en esos días para no reflejarlo en la pequeña. Fue ahí cuando se me ocurrió viajar con ella para vivir una Navidad diferente en alguna parte del mundo…

Veintidós de diciembre y estábamos en el avión rumbo a un pueblo de Suiza donde la Navidad cobraba vida durante estas fiestas. Era como sacado de un cuento y no le faltaba detalle navideño a ningún rincón ni fachada. Me enamoré de ese lugar cuando, buscando los mejores destinos para estas fechas, apareció este pueblo y supe que ahí era dónde quería ir a pasar estos días con mi pequeña.

Sabía que, si fuera al revés, si la niña hubiera sido hija mía y Diana tuviera que hacerse cargo de ella, habría hecho esto mismo, llevarla a un lugar dónde vivir y sentir esa magia de la Navidad que todo niño merecía disfrutar.

—Beber agua —me dijo cuando le abroché el cinturón, ya que estábamos a punto de aterrizar.

—Toma cariño, ya estamos llegando y te has portado genial. Estoy muy orgullosa de ti —dije dándole la botellita.

Sonrió sin mirarme y comenzó a beber. Yo sabía que me entendía y con eso me era suficiente. Elena se iba superando mucho hablando, pero aún había veces que hacía con dos palabras una frase y me tenía que poner a jugar a los acertijos para entender qué era lo que me quería decir. Me lo pasaba genial con ella.

Abrigué bien a la pequeña antes de salir del avión y nos dirigimos a coger las maletas y el carrito de ella para montarla y dirigirnos al exterior a coger un taxi.

—Pau, frío —dijo cuando sintió el aire en la cara.

—Ven cariño. —Le puse el gorro del abrigo y la cubrí con la bufanda hasta debajo de la nariz. No tardamos en montarnos en el taxi.

Hacía ese viaje con el corazón roto porque Diana no nos acompañaba, porque esa sería la primera Navidad de Elena sin su mamá y sin ese amor con el que ella lo hacía todo para su pequeña.

Desde que supo que estaba embarazada, cada diciembre planificaba bien lo que haría durante esos días del año, y yo la había ayudado.

Ahora me tocaba a mí hacer todo cuanto estuviera en mi mano para que mi preciosa niña sintiera la magia de esa época sin echar mucho de menos a su madre.

Una hora y cuarto de trayecto en el que no se veía apenas nada, más que nieve a ambos lados de la carretera. Cuando entramos en el pueblo vimos que estaba todo iluminado y decorado con motivos navideños. Se me amplió la sonrisa y la niña miraba asombrada tras el cristal de la puerta.

Hice algunas fotos y un vídeo corto de lo que nos rodeaba dándonos la bienvenida al pueblo, y por un breve segundo pensé en enviárselo a Diana, la costumbre de hacer una foto si ella no estaba y mandarla a su móvil para que lo viera.

Guardé el teléfono y negué, me iba a costar un poco más hacerme a la idea de que mi mejor amiga, mi hermana de corazón, ya no estaba con nosotras.

—Ya hemos llegado —dijo el taxista en un perfecto inglés.

—Gracias. —Le pagué y salió del coche para sacar nuestras maletas del maletero, dejándolas en la misma puerta del hotel.

Un chico al vernos vino a ayudarnos, era el recepcionista del apartahotel. Nos acompañó hasta nuestro apartamento y después de explicarme varias cosas, se marchó con una amplia sonrisa. Se veía muy amable.

La pequeña se sentó en el sofá y le vi las intenciones de quedarse dormida.

—Cariño, debemos bajar un momento a comprar agua y algo para cenar.

—Sueño —contestó con esa carita de pena que me partía el alma…

—No te puedo dejar aquí sola. ¿Te llevo en brazos?

—Sí —sonrió poniéndose de pie en el sofá para que la cogiera.

Salimos del apartamento que había alquilado para esos días y vi que justo en frente había un súper, así que entré en él, monté a la niña dentro del carrito y cogí varias cosas para tener en el apartamento al menos por el momento, ya en esos días iría comprando conforme necesitáramos.

Lo que no pudieron faltar fueron las galletas para mi niña, esas que no es que le gustaran, es que le encantaban para tomar con su vaso de leche. Ni café, a mí me quitaban el café y era como dar de cenar a un Gremlin después de medianoche, me ponía de un mal humor que no había quién me aguantase, según decía Diana.

La cajera era joven y sonriente, no tendría más de dieciocho años, y me recordó a mí en aquel primer trabajo cuando empecé mi nueva vida, esa que había cambiado tanto desde que supimos que Elena existía.

La pequeña iba andando agarrada a mi mano mientras yo sostenía las bolsas. Comprendía que en esos momentos no la podía coger y me amoldaba a sus pequeños pasitos para llegar al apartamento. En ese momento parecíamos dos muñecas de Famosa caminando hacia el portal.

Me pidió que le pusiera el pijama tal y como entramos por la puerta, estaba que se moría de sueño.

—Pero vas a cenar un poquito, ¿verdad?

—Dormir —decía con los ojos que se le caían.

Se le notaba en la cara el cansancio del viaje, así qué le puse el pijama a sabiendas de que cuando se despertara iba a hacerlo con hambre, siempre le pasaba lo mismo.

La acosté y mientras la tapaba le decía lo mucho que la quería. Besé su mejilla doblemente, por mí y por la que estaba en el cielo que la amaba con toda su alma.

Saqué todo de las bolsas y me preparé un sándwich vegetal con fiambre de pollo y mahonesa. Estaba agotada, pero tenía un hambre que me moría. La pequeña sí que comió alguna que otra cosa durante el vuelo, pero yo no probé ni pizca de nada.

Miraba por la ventana y veía cómo nevaba, era la estampa navideña que nunca imaginas que puedes llegar a vivir tan de cerca. La iluminación de las calles, que lucían tan de cuento navideño, consiguió envolverme en las fechas en que estábamos, a pesar de tener el corazón roto en mil pedazos y echar tanto de menos a mi Diana.

Eché un vistazo al cielo, al lugar desde el que ahora mi amiga vería crecer a su hija. Sonreí al recordar el día que empezó con sus listas de tareas navideñas, y al pensar que entre ellas no estaba el que su hija y yo hiciéramos un viaje, hizo que se me escaparan unas lagrimillas.

Las retiré rápidamente y me quedé contemplando la nieve caer, el modo en el que los árboles, que ya estaban cubiertos con ese manto blanco, creaban una bonita estampa navideña.

Conmigo traía algunos regalitos de Navidad que dejé escondidos para que no los viese la nena y que le pondría el día veinticinco en el sofá como sorpresa, pero sin lugar a duda nos hacía falta un árbol, aunque fuera de esos pequeños que vendían como decoración para una estantería.

Tenía que buscar uno, al menos que se notase en ese lugar que sería nuestra casa en los próximos días, que Papá Noel y la Navidad habían llegado rodeando de magia cada rincón de ese encantador pueblecito.

Capítulo 3



—Tata, tengo hambre —murmuró a mi oído mientras yo intentaba abrir los ojos. Me encantaba cuando me llamaba así.

—Hola, mi amor. ¿Me das un besito que me haga despertar?

—Sí —sonreía mientras se acercaba a mi mejilla—. Quiero comer mucho.

—Ahora mismo te preparo un banquete para que lo disfrutes relajadamente en el pueblo de la Navidad —dije levantándome y cogiéndola en brazos para abrazarla.

Sabía que al despertar tendría hambre, es que no fallaba. La niña había salido a su madre, que comía como una lima y yo no sabía dónde lo echaban.

—Nieve.

—Sí, mi vida, está todo nevado. —Aplaudió emocionada y eso que el día anterior la vio al llegar, pero estaba tan cansada que no le prestó mucha atención.

La senté en el sofá con la mantita y me fui a preparar el desayuno.

Tenía ganas de perderme por las calles con la pequeña y hacerle infinidad de fotos en cada uno de los rincones de este precioso pueblo.

Yo me preparé un café con tostadas y un zumo, y a ella le llevé un vaso de leche, tostadas y una naranja hecha trocitos.

Me acomodé junto a ella mientras veíamos unos dibujitos en la Tablet y de vez en cuando la miraba viendo en ella a su madre.

Ese mismo color de cabello oscuro, los ojos marrones como el chocolate, y, sobre todo, ese lunar justo debajo del ojo derecho.

—Calle. —Señalaba hacia la ventana mientras agarraba su trocito de pan con mantequilla.

—Sí, mi vida, y ahora vamos a ir a un parque que hay muy bonito. —Lo había visto por internet y no estaba muy lejos.

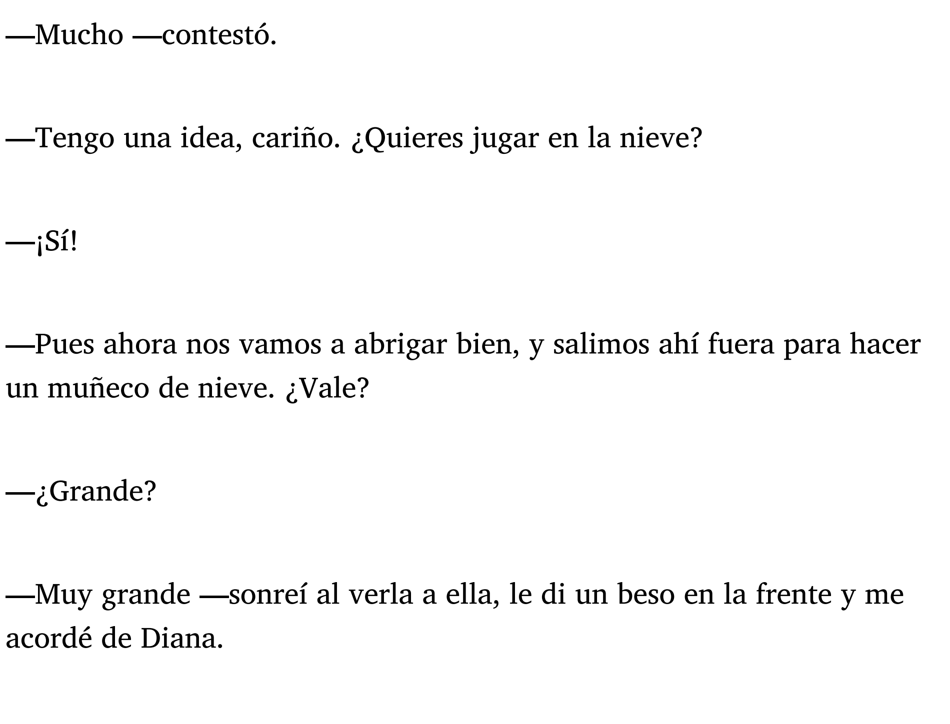
—Nieve.

—Sí, allí también hay nieve —sonreí de ver lo que le llamaba la atención.

Seguíamos desayunando y Elena no dejaba de mirar por la ventana. Sonrió al ver un perro negro corriendo por la nieve, se lanzaba a ella y cuando se levantaba estaba todo cubierto de ella.

—Perro —dijo con una risilla señalando hacia fuera y con su tostada en la mano.

—Parece que se está divirtiendo mucho, ¿a que sí?



—Mucho —contestó.

—Tengo una idea, cariño. ¿Quieres jugar en la nieve?

—¡Sí!

—Pues ahora nos vamos a abrigar bien, y salimos ahí fuera para hacer un muñeco de nieve. ¿Vale?

—¿Grande?

—Muy grande —sonreí al verla a ella, le di un beso en la frente y me acordé de Diana.

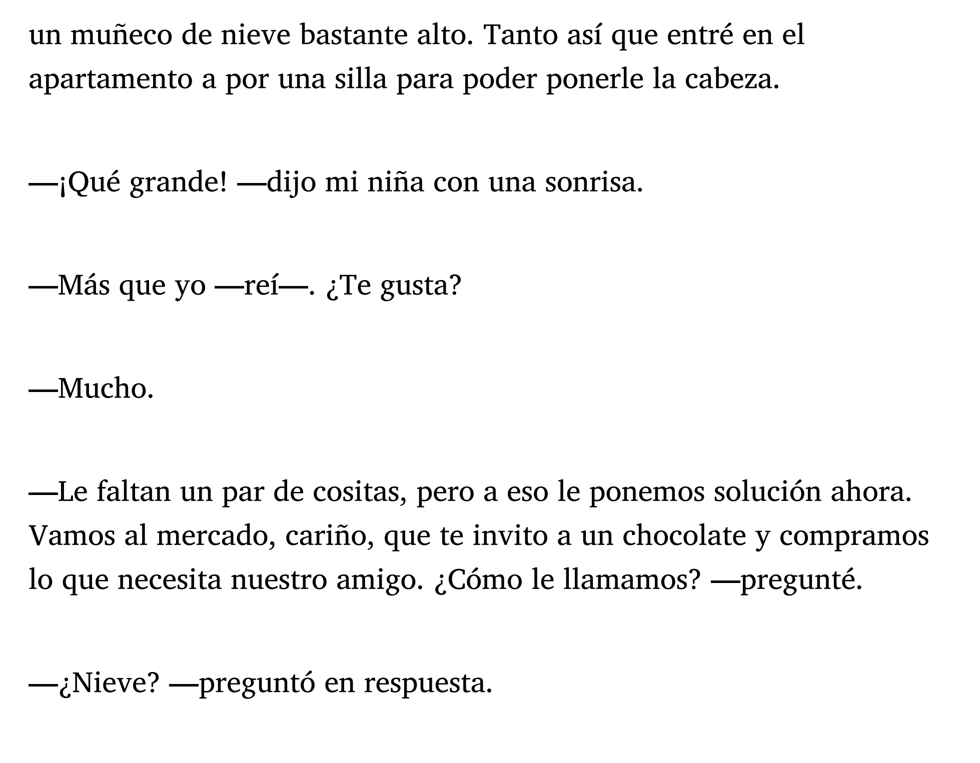
Cuánto le hubiera gustado a mi amiga estar aquí, le habría encantado ver a su pequeña disfrutando de la nieve, ella misma disfrutaría, estaba segura.

Recogí todo, le puse unas mallas, los vaqueros encima, una camiseta y la sudadera con capucha de Minnie que Diana le había comprado unos meses atrás, el abrigo, los guantes y la bufanda, y tras abrigarme yo tanto como ella, salimos fuera para jugar con la nieve.

Había cogido una zanahoria, un par de galletas para los ojos y una bolsa de Lacasitos para ponerle simulando botones en el abrigo al muñeco de nieve.

Elena empezó a juntar nieve al igual que yo, la fuimos formando en una gran bola cada una, y dejamos la mía como base, la suya que era más pequeña la reservamos para la cabeza del muñeco.

Seguimos haciendo un par de bolas más las dos juntas y acabamos con



un muñeco de nieve bastante alto. Tanto así que entré en el apartamento a por una silla para poder ponerle la cabeza.

—¡Qué grande! —dijo mi niña con una sonrisa.

—Más que yo —reí—. ¿Te gusta?

—Mucho.

—Le faltan un par de cositas, pero a eso le ponemos solución ahora. Vamos al mercado, cariño, que te invito a un chocolate y compramos lo que necesita nuestro amigo. ¿Cómo le llamamos? —pregunté.

—¿Nieve? —preguntó en respuesta.

—Claro que sí, para qué nos vamos a complicar más —reí.

La cogí de la mano para ir a la casa, dejé la silla y cogí su cochecito, donde la acomodé y cubrí con la lona para que no tuviera mucho frío.

Cuando llegamos a la tienda que había junto al supermercado, compré lo necesario para añadir como decoración a ese muñeco de nieve que habíamos hecho, y tal como lo pensaba en mi mente iba a quedar como una de esas estampas de Papá Noel la mar de monas.

Compré algunos renos y arbolitos pequeños de Navidad decorativos, una figurita de Papá Noel en el trineo tirado por los renos cargado de regalos, un gorro también de Papá Noel y una bufanda, y regresamos al apartamento.

Cuando bajé a Elena del cochecito le pedí que me ayudara, así que me fue dando los renos y los árboles y los coloqué a ambos lados y

delante del muñeco. Ella no dejaba de sonreír y mirarme, estaba emocionada con todo lo que hacíamos.

Saqué la silla de casa, le puse la bufanda y el gorro al muñeco, y ya teníamos nuestro propio escenario navideño montado.

—¡Qué bonito! —gritó mientras daba palmadas.

La coloqué junto al muñeco, detrás de algunos renos y árboles, y le hice unas fotos preciosas.

Mi niña no perdía la sonrisa, y eso era lo que yo me proponía, que no le faltaran motivos para reír y sonreír en esos días mágicos.

Cuando regresamos a casa vio un reno en la bolsa y me lo enseñó abriendo los ojos y la boca como diciendo que nos habíamos olvidado de colocarlo, pero no, no me había olvidado. Sonreí cogiéndola en brazos y le besé la mejilla.

—Este es para ti, cariño —dije entregándole aquel reno de peluche que era una monada.

Elena lo abrazó con fuerza cerrando los ojos, sonrió y me abrazó a mí.

—Gracias, tata.

—A ti cariño mío —sonreí.

Me preparé otro café que tomé mientras ella miraba aquel muñeco de nieve que habíamos hecho, y cuando lo terminé, nos preparamos para salir a descubrir el encanto de aquel pueblo.

La abrigué tanto que me tuve que echar a reír al verla como un muñequito de nieve a la que solo se le veían los ojitos, la nariz y andaba como un Playmobil. Me agarró de la mano y salimos para la calle donde la monté en el carrito y comencé a caminar.

Hacía frío, pero era soportable, además que solo lo notaba en la cara ya que el resto del cuerpo iba bien abrigado. Al cochecito le eché la lona transparente para dejarla aislada y de ese modo evitar que le diera directamente en la cara.

Miraras donde miraras, encontrabas algún detalle que te hacía respirar ese aire navideño. Desde luego que no pude haber escogido un mejor destino que ese para disfrutar de las fiestas ese año.

No tardé en toparme con una plaza con su mercado navideño. Decir que era un encanto sería quedarme corta. Música, talleres, tiendas, luces, color, olor… nos adentramos para sumergirnos por completo en ese escenario con tanto sabor a Navidad. ¿Había algo más mágico en estas fechas que un mercadillo ambientado en esta época tan especial?

Me quedé mirando hacia el puesto que había captado mi atención por el olor a chocolate que me había llegado. Me asomé y vi a la pequeña mirando hacia la mujer que los servía con un cazo y levantaba bien el brazo para que se viera como caía.

Era hija de Diana, pero golosa había salido también a mí.

—¿Quieres uno, cielo? —dije abriendo la lona.

—Sí, chocolate, mí.

Sonreí al escucharla y le besé la frente antes de llevarla hasta el

puesto.

—Buenos días, dos chocolates por favor —pedí en francés, que era uno de los idiomas oficiales del país y a mí se me daba bastante bien al igual que el inglés. Siempre me encantaron los idiomas y raro era el día que no leía algo en alguno de esos dos, y me había visto infinidad de películas en versión original.

El vasito de la pequeña era con una tapa especial para que bebieran más cómodos, además, venía justo para tomar y no ardía como el mío.

Elena sonrió feliz cuando se lo puse en las manos. Le llamaba la atención el vaso que era con dibujos de bombones. Era la niña más dulce y buena que había conocido jamás. Vivía en su mundo, pero sin molestar para nada, todo lo contrario.

Me senté en uno de los bancos de la plaza que tenía una especie de carpa con estufas en el suelo imitando a las chimeneas, se estaba genial. Bajé a la pequeña del carro y se puso a observar la decoración que había aquí también en el interior.

—Rico. —Me miraba sonriendo con su vasito en las manos.

—Sí mi vida, está muy rico.

—Caballo —dijo señalando un reno que había allí cerca.

—¿Quieres una foto junto a él?

—Sí, foto guapa.

—Muy guapa, la foto más bonita del mundo —sonreí para darle un

beso, le agarré la manita y la puse delante del reno que estaba con su bufanda de Navidad. Se puso las manitas a cada lado de su cintura y sonrió ampliamente.

Me la tenía que comer, era toda una modelito de lo más risueña y bella. Se quedó mirando a otra niña que le sonreía con unas palomitas de chocolate en la mano, no tardó en ofrecerle una que Elena aceptó encantada y, además, ella le ofreció un poco de chocolate que tampoco dudó la nena en aceptar y dar un trago.

Las observé interactuar y sonreí, con qué facilidad de pequeños nos acercábamos a otros niños, sin apenas vergüenza.

La niña era una preciosidad, rubia de ojos azules y una sonrisilla de lo más contagiosa. Al igual que Elena, iba bien abrigada para no pasar frío, y con aquel gorrito de lana azul pastel estaba guapísima.

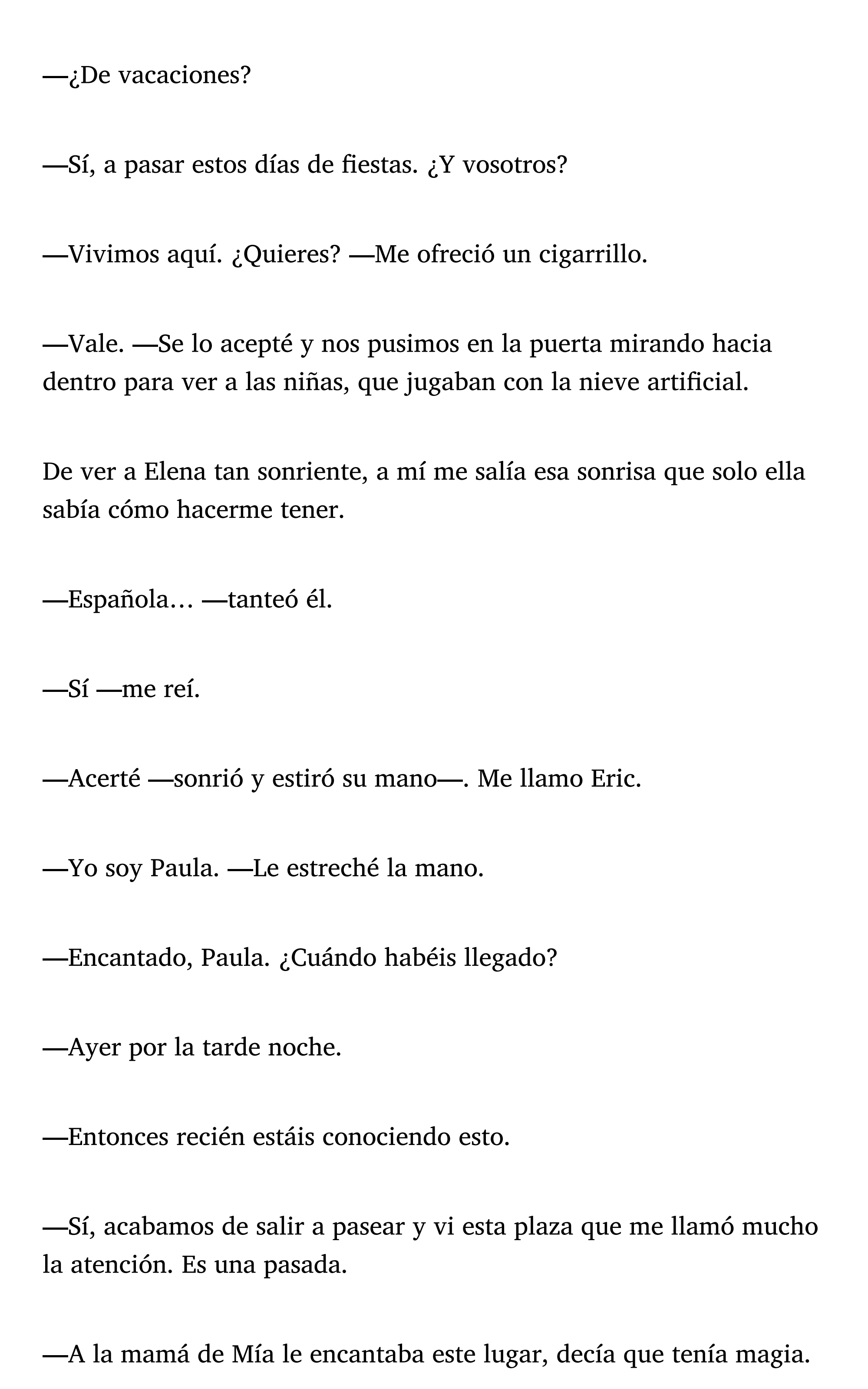
—Hola —me dijo un joven que estaba observándola y que di por hecho que era el padre.

Al igual que ella tenía el cabello rubio, pero sus ojos eran de un bonito color marrón verdoso, algo que sin duda llamaba la atención. Y era alto, se le notaba fuerte a pesar de ir con el abrigo, y no podía obviar aquel rostro tan atractivo.

—Hola —sonreí— tienes una hija preciosa —le dije para así sonsacar hábilmente si era suya o de una hermana, todo podía ser.

—La tuya también lo es.

—Gracias —murmuré sin perder la sonrisa y sin dar ninguna explicación.



—¿De vacaciones?

—Sí, a pasar estos días de fiestas. ¿Y vosotros?

—Vivimos aquí. ¿Quieres? —Me ofreció un cigarrillo.

—Vale. —Se lo acepté y nos pusimos en la puerta mirando hacia dentro para ver a las niñas, que jugaban con la nieve artificial.

De ver a Elena tan sonriente, a mí me salía esa sonrisa que solo ella sabía cómo hacerme tener.

—Española… —tanteó él.

—Sí —me reí.

—Acerté —sonrió y estiró su mano—. Me llamo Eric.

—Yo soy Paula. —Le estreché la mano.

—Encantado, Paula. ¿Cuándo habéis llegado?

—Ayer por la tarde noche.

—Entonces recién estáis conociendo esto.

—Sí, acabamos de salir a pasear y vi esta plaza que me llamó mucho la atención. Es una pasada.

—A la mamá de Mía le encantaba este lugar, decía que tenía magia.

Las navidades pasadas traía cada día a la pequeña a pasear un buen rato.

—¿Y este año no? —pregunté y le vi negar.

—Murió en enero en un accidente de coche —dijo con tristeza consiguiendo que la piel se me erizara al saber que, tanto Elena como Mía, habían perdido a sus mamás de la misma manera.

—Lo siento. —En ese momento le confesé que Elena también había perdido hacía unas semanas a su mamá, de igual forma. No pude evitar que se me humedecieran los ojos y alguna que otra lágrima acabara cayendo por mis mejillas.

—Se me puso la piel congelada —se refería a erizada, lo que me pasó a mí.

Creo que los dos nos habíamos quedado en *shock* mientras mirábamos a las pequeñas que habían conectado muy bien, a pesar de que no se entendían por el idioma, pero a su manera, sí lo hacían.

Cuando Elena miró hacia donde estábamos, sonrió mientras me decía hola con la manita, y le devolví el gesto.

—¿Aceptarías un café aquí en el mercado?

—Claro.

Se lo dijimos a las niñas que se pusieron muy felices, lo entendieron a la perfección. Las sentamos en sus carritos y nos dirigimos a una cafetería que tenía una terraza con sus grandes estufas de calor y mantitas para poner sobre las piernas. Además, llamaba la atención la

carta con todo tipo de galletas con dibujos navideños.

Me impresionó cuando me dijo que era el notario del pueblo, su notaría era la única que había en este lugar que contaba con cuarenta mil habitantes. Tenía treinta y ocho años y llevaba cinco ejerciendo. Al año de incorporarse se casó con su novia y un año después llegó Mía, que tenía la misma edad que Elena.

Sus padres vivían en Ginebra que estaba a una hora y media de distancia, los solía ver cada dos fines de semana en el que ellos iban o sus padres venían. Se vino al pueblo cuando opositó y obtuvo la plaza para reemplazar al antiguo notario, que se jubilaba en esos momentos.

Capítulo 4



Nos levantamos después de un buen rato y comenzamos a pasear con los carritos por el mercado. Las niñas iban sentadas cada una en el suyo, pero llevaban las manos entrelazadas haciendo que nosotros llevásemos los carros pegados y al mismo ritmo.

—¿Y vienen tus padres en Navidad? —curioseé, porque en familias normales, no como la mía que no tenía, esa época se celebraba todos juntos en una casa u otra.

—No, este año no tienen ganas de fiestas por lo sucedido con mi mujer, yo tampoco, así que se quedan en Ginebra y nosotros en casa como un día más.

—Pero no es justo para Mía, ella se merece unas navidades.

—Por eso la estoy sacando por aquí cada día.

—No es suficiente —dije negando—, al menos algo tenéis que hacer para la cena y comida, aunque sea un plato especial, poneros un gorrito, que tenga un regalito.

—Sí, le compré alguna que otra cosa para que se lo encuentre la mañana de Navidad.

—Yo tampoco tengo ganas de nada, por eso me vine aquí —confesé con un suspiro—, en mi casa con todo tan reciente iba a ser incapaz de estar medianamente bien, iba a echar mucho de menos a Diana, así que te comprendo. Pero si me permites un consejo…

—Claro.

—No le hagas que pierda ni una sola Navidad —sonreí mirando a Mía, que iba aún cogida de la mano con Elena—, ella no tiene culpa de nada y se merece vivir estos días con la ilusión de todos los niños.

—Gracias, intentaré tenerlo en cuenta —sonrió con tristeza.

Nos detuvimos delante de un puesto que las pequeñas señalaban insistentemente dado que había gorritos de Papá Noel. No dudé en coger dos y ponérselos. Eric insistió en pagar y me interpuse seriamente diciendo que había sido decisión mía y se los regalaba yo.

Las montamos en un trineo que había con renos de madera y les tiramos unas fotos. No se quitaban el gorro ni, aunque les picara la cabeza. Estaban preciosas. Se pusieron a jugar en ese rincón para niños en el que había un hinchable con motivos navideños y por ahí iban a rastras ya que cuando se levantaban perdían la estabilidad y se caían. No dejaban de reír al igual que nosotros que nos veíamos venir todas las caídas.

—Si se llevan así sin comunicación verbal, no me quiero imaginar si se entendieran —murmuré viendo lo sincronizadas que estaban en todo. Lo mejor era verlas hablar cada una en su idioma natal y ni se inmutaban.

—Es genial ver cómo no les hace falta hablar el mismo idioma para

que sepan interpretar absolutamente todo. Es increíblemente asombroso. Y luego los adultos ni explicándonos como un libro abierto somos capaces de comprendernos en muchas ocasiones. La felicidad me da a mí que tiene una época, y es en la que están ellas. —Las miraba sonriendo.

—Vivir ajeno a todo sin buscar el menor de los conflictos. Aunque eso no es siempre así, muchos son los niños que terminan pegándose por discusiones sin sentido.

—También tienes razón.

—Creo que a lo que nos deberíamos de referir es a la conexión; la hay o no la hay…

—Sí, eso es lo más acertado, tienes razón. Ellas han tenido muchísima conexión. —Me miraba levantando la ceja y a mí me conseguía sacar sonrisas de lo más tontas.

Y cuando una persona te hace sonreír en el momento más oscuro de tu vida, está haciendo magia…

Eric tenía mucha sensibilidad, se le notaba, pero también era un tipo recto, eso también se palpaba. Era de esos hombres cultos y aplicados en todos los sentidos.

Había una actividad en otra área de la plaza en donde estaban pintando la cara de los niños con purpurina y, cómo no, a ellas se les fue la vista detrás y señalaban para que a ellas también las maquillaran de esa manera tan mágica.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo.

—Yo también —le respondí accediendo a que las niñas vivieran ese momento.

—¿Te quedas aquí un momento con ellas y traigo un par de licores caseros de café de uno de los puestos?

—Sí, claro —sonreí.

Me encendí un cigarrillo mientras observaba a las pequeñas que estaban esperando su turno sentadas dentro del recinto y mirando cómo maquillaban a los otros niños. Sonreían, hablaban, se reían de alguna cosa que hubieran dicho, y lo mejor de todo era como decía Eric, el modo en el que ambas conseguían entenderse sin necesidad de hablar el mismo idioma.

Una mirada, a veces eso era lo único que dos personas necesitaban para entenderse a la perfección.

Sentía felicidad de ver que Elena estuviera distraída con Mía y disfrutando de una mañana que le hacía muy feliz. Que mi niña viviera aquellos días ajena al dolor, era algo que agradecía inmensamente. Porque yo misma me estaba permitiendo dejar ese sufrimiento por la pérdida a un lado, para que ella no me viera mal.

Y no me olvidaba de mi mejor amiga, ni mucho menos, pero no quería que su hija sintiera que la Navidad podía volverse triste y desoladora sin ella.

Eric estos días tenía la notaría abierta por las mañana con su oficial y dos trabajadores, él solo iba a ir los días de firma que estaban programadas, pero solo a ese momento. Quería estar con la pequeña estos días que no tenía cole, tal como me había estado explicando

mientras nos tomábamos el café. Apareció con los dos licores y un par de bombones.

—No les traje bombones a las niñas que ya van con sobredosis de azúcar.

—Hiciste bien —me reí, ya que tenía más razón que un santo.

—Quería comentarte, y viendo que estamos en la misma situación, ¿qué te parecería que luego llevemos a las niñas a comer al restaurante temático de Papá Noel?

—Por mí perfecto, lo vi en internet y quería visitarlo en estos días.

—Pues hoy es el día. Invito. —Me hizo un guiño.

—Acepto con la condición de que otro día me dejes invitar a mí.

—Vale, las niñas se pondrán muy contentas de volverse a encontrar.

—Sí, claro.

Les hicimos un montón de fotos mientras las maquillaban y las dejaban más bonitas de lo que eran. Parecían hadas con esas purpurinas haciendo dibujos sobre su cara.

—¿Guapa? —preguntó Elena cuando la acomodé en su carrito.

—Sí mi vida, estás guapísima —sonreí y le di un beso en la frente—. Tú también estás guapísima, cielo —le dije a Mía que sonrió emocionada.

Nos fuimos a comer al restaurante de Papá Noel en el que servían menús con *pizzas*, hamburguesas y perritos calientes, además los camareros iban todos vestidos como Elfos. Las pequeñas aplaudían mientras esperaban las *pizzas* que se habían pedido con patatas y zumo. Nosotros nos decantamos por el menú de hamburguesas y un par de refrescos.

De Eric me gustaba mucho la educación y su saber estar tratando a las dos niñas de igual manera, y teniendo los mismos detalles con ambas, aunque fuera una tontería de un gesto o una palabra bonita, lo hacía con cada una. Por no hablar de lo atento y correcto que era conmigo…

—Casa mía ella —dijo Elena señalando a Mía y luego a ella misma.

—Quiere decir dos cosas —murmuró Eric aguantando la risa— que quiere ir a casa de Mía o que a su casa quiere llevarla a ella.

—Efectivamente.

Las pequeñas nos miraban sonriendo mientras esperaban nerviosas una contestación. De un modo u otro querían seguir pasando el día juntas.

—Si tu papá quiere, podéis venir a pasar la tarde al apartamento —me apresuré a decir.

—¡Sí! —gritaron las pequeñas al unísono habiéndolo entendido a la perfección. Nos echamos a reír los cuatro.

—Yo pongo los dulces.

—Y yo el café —murmuré mirándolo un tanto sonrojada. Por momentos me parecía más interesante y me sentía más a gusto con su compañía. No sé si era que me sentía de algún modo muy sola o porque me estaba atrayendo cada vez más.

—No se hable más, señoritas —dijo mientras se levantaba—, hora de merendar.

Sentamos a las niñas y tras ponernos los abrigos, salimos del restaurante para ir a nuestro apartamento.

Capítulo 5



Por el camino se paró en una pastelería y cogió una bandejita de dulces variados. Las pequeñas le señalaban con el dedo los que les llamaban la atención. Parecían mellizas. A mí me preguntó, pero le fui sincera, todos me gustaban, así que lo dejé a su elección.

—¿Seguro que te van a gustar todos? —me preguntó antes de que la chica terminara de colocar algunos más en la bandejita.

—Seguro, seguro —reí—. Los que has cogido tienen una pinta buenísima, así que no te preocupes.

—Estás a tiempo de que añadan algunos más.

—Tú pide los que quieras, no te cortes, pero, que las niñas ya han pedido y tenemos un buen surtido.

Suspiró y le acabó pidiendo algunos dulces más que añadir a la bandejita, y no le había mentido, que tenían todos una pinta…

Subimos al apartamento justo cuando comenzó a nevar y ya estaba anocheciendo, y eso que no eran ni las cuatro de la tarde.

Elena me llevó hasta la habitación para que le pusiera el pijama, era

como yo, en casa debía estar cómoda. Mía llevaba debajo un chándal muy abrigadito así que se quitó el abrigo y las botas altas para subirse a la cama y jugar con mi pequeña. Se querían quedar allí con los pocos juguetes que le había traído, pero que fueron todo un acierto.

Preparé dos cafés que decidimos tomar en la cocina para así poder fumar un cigarrillo al lado de la ventana y no dejar el humo en el salón.

—Te tengo que admitir que ha sido la mañana más divertida que he tenido desde la pérdida de mi mujer.

—¿Sí? —pregunté emocionada— A mí también me ha venido muy bien.

—Si te apetece, mañana podemos repetir por otros lados del pueblo, hay otros dos mercadillos y todas las calles están iluminadas.

—Claro, pero primero iré temprano a comprar los productos para preparar la cena de Nochebuena. ¿Por qué no os animáis y venís a cenar? Hazlo por Mía, solo será una cena con algo especial para que vivan el momento.

—Con una condición…

—No me lo pongas difícil. —Apreté los dientes.

—Que me dejes pagar la compra y ayudarte a preparar todo.

—Trato hecho, pero como tú pagas la cena, yo invito a comer cuando hagamos el paseo antes de venir a preparar todo.

—No, la comida también la pagaré yo.

—Estoy desempleada, pero no con el culo al aire —dije provocándole una risita.

—Bueno, otro día pagas tú la comida.

—Vale. Todo tuyo el día de mañana. —Acepté estirando la mano a modo de acuerdo.

Me acerqué a ver si las pequeñas estaban bien porque no escuchaba nada. Las encontré dormidas una al lado de la otra y tapadas con la manta. Llamé a Eric en tono bajo para que viniera. Le salió la misma sonrisa que a mí. No dudó en sacar el móvil y tirarles una foto.

—Elena y Mía se han encontrado en el momento idóneo —dijo en un susurro al ver a las dos tan tranquilas—. Tu pequeña es como un soplo de aire fresco para mi hija.

Así mismo lo sentía yo, de verdad que sí, y el ver lo bien que habían conectado aquellos dos ángeles, me hacía sentir una felicidad inmensa por mi niña.

Regresamos a la cocina a seguir tomando el café mientras charlábamos sobre cuál podía ser el menú para la cena de Nochebuena; llegamos a la conclusión de que íbamos a improvisar e ir al mercado del pueblo a comprar todo fresco. Si íbamos a hacer algo bonito, que fuera de calidad.

Era increíble ver cómo habíamos congeniado y descubierto que, de alguna manera, algo tenía que ver su vida con la mía. La pérdida de un ser querido que nos dejaba a cargo de sacar solitariamente a una

niña para adelante. Debo reconocer que se le veía un gran padre y que se encargaba de ella solo.

Eric estaba cerrado a abrirse a estos días y el hecho de conocernos hoy lo estaba llevando a vivirlos de alguna forma un tanto especiales. Solo el conseguir que vinieran a ser partícipes de la cena, ya era un pasito más hacia delante.

Entendía que verse en su situación debía de ser difícil y lo llevaría a encontrarse en esos momentos en los que hacer algo de celebración le haría sentirse culpable. Todo en la vida era un proceso y él estaba pasando por eso.

Yo lo tenía más reciente, y se me hacía un mundo el saber que cuando volviera a casa, Diana no estaría, que seguiría sola con Elena y que tendríamos que adaptarnos a la vida en aquel lugar donde habíamos creado tantos recuerdos.

Los pasteles estaban riquísimos, además eran miniaturas que te comías de un bocado y así podías probar infinidad de ellos mientras charlábamos de todo lo que se nos ocurría. Me gustaba escucharlo, era tan interesante y culto y muchas de las conversaciones se convertían en todo un aprendizaje para mí.

Mía y Elena aparecieron de la mano con los pelos revueltos y una sonrisa de oreja a oreja. Pedían leche con galletas, por lo visto hasta en eso coincidían. Las mandé al sofá mientras se lo preparaba ya que en la cocina habíamos estado fumando y tenía la ventana un poco abierta para que se ventilara.

Les puse la merienda y dibujitos en la Tablet que coloqué sobre la mesa. Nosotros nos quedamos en la cocina tomando otro café y disfrutando de esas charlas que se tornaban de lo más amenas.

Eric tenía aspecto de serio, bueno ¿qué notario no lo tenía? Pero conforme más hablaba con él, más descubría que detrás de esa seriedad y tristeza, existía un hombre con su sentido del humor.

—Pues sí que te han gustado los pasteles, sí —dijo con una sonrisa cuando nos acabamos la bandejita.

—Te lo dije, tenían todos una pinta que pedían a gritos ser comidos. —Me encogí de hombros.

—Deberíamos haber comprado más, te has quedado con ganas de algún otro pastelito.

—No, no, estoy bien servida —sonreí.

La tarde se pasó volando y nos vimos preparando sándwiches para los cuatro y cenando alrededor de la mesa del salón en los dos sofás que había.

Mía y Elena estaban que no cabían de felicidad la una con la otra, e incluso intentaban convencernos de dormir juntas.

—Cariño, mañana vamos a pasar todo el día con ellas y vamos a cenar aquí.

—Mañana dormir —dijo Mía poniendo cara de tristeza mientras Elena afirmaba moviendo la cabeza.

—Bueno, mañana te traigo el pijama y duermes mientras nosotros tomamos una copa. Luego te llevo para casa dormidita.

—Dormir aquí —repitió con cara apenada.

—Mañana, cariño —le dijo el padre cogiéndola, ya que se marchaban.

Se despidieron con un abrazo y nosotros con un beso en la mejilla. Yo abracé a su hija y le dije que al día siguiente lo iban a pasar genial. Me regaló una preciosa sonrisa.

—Hora de dormir, mi niña bonita —dije cogiendo a Elena en brazos.

—Mía simpática —sonrió.

—Sí, Mía es muy simpática. ¿Te has divertido con ella? —pregunté mientras la metía en la cama.

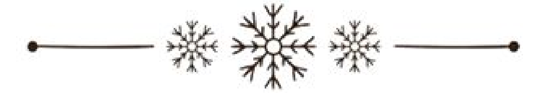
—Mucho. —Me dio un beso en la mejilla—. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño. Que descanses y sueñes con los angelitos. —La besé en la frente, se recostó de lado y cerró los ojos.

Sonreí, pero se me cayeron unas lagrimillas al pensar en todas las noches que Diana se iba a perder de su pequeña.

No podía reemplazarla, nunca lo haría, pero me iba a encargar de que mi niña tuviera una buena vida, que fuese feliz y que jamás perdiera su bonita sonrisa.

Capítulo 6



Estaba tomando un café mirando por la ventana, mientras Elena desayunaba su vaso de leche con galletas, cuando me llegó un mensaje al móvil.

Al ver el nombre de Eric en la pantalla pasaron dos cosas: primero, me dio un vuelco al corazón porque no lo esperaba, aun habiendo intercambiado los números la tarde anterior por si surgía algún imprevisto; y segundo, que pensé que me iba a decir que lo había pensado mejor y que no quería salir de su casa para cenar esa noche.

Dejé el café en la mesa, y leí el mensaje.

Eric: *Buenos días, Paula. Anoche cuando me acosté pensé en una opción que puede ser muy bonita e inolvidable para todos. No sé si estás abierta a escuchar un plan que altere los planes que teníamos previstos…*

Paula: *Buenos días, Eric. Soy toda ojos para leer la propuesta.*

Reí al enviarlo, y es que no sabía con qué me podía sorprender en esa mañana de Nochebuena.

Eric: *Hay unas cabañas muy bonitas en los Alpes. Tienen chimeneas, dos habitaciones, cocina y baño, y está decorado como un bosque navideño*

siendo uno de los escenarios de Navidad más bonitos del país. He comprobado que hay disponibilidad en dos. ¿Qué tal si nos vamos hoy y volvemos después de Navidad? Serían dos noches. Creo que a las niñas les encantará y a nosotros también.

Paula: *Ya tenemos hechas las maletas. ¿A qué hora nos recogéis?*

Le envié eso directamente. Si algo me apetecía era pasar estos dos días con personas con las que nos sentíamos cómodas y menos solas.

Eric: *¿Media hora?*

Paula: *Me sobran veinte minutos, jajaja. En media hora nos vemos. Gracias.*

Eric: *Gracias a vosotras por ser el motor para impulsarnos a vivir este momento un tanto más especial. Trae los regalos de Navidad de tu pequeña que yo llevo los de la mía y se los pondremos a pie de la chimenea.*

Mi pequeña no sé si entendía lo que le quería decir de que nos íbamos con Mía y su papá un par de días a una cabaña, pero como le mencionaba a la amiga, ella daba saltos y aplaudía mientras yo intentaba vestirla. Guardé sus regalos en una bolsa y en la maleta pequeña metí lo necesario para dos días y que estuviéramos cómodas.

Era una locura. Ayer conoces a alguien y hoy te vas a pasar las Navidades con ese desconocido y su hija, pero hay personas que solo hay que verlas para saber que eran ángeles y ellos dos lo eran. Además de ser el notario del pueblo, que yo lo había buscado por internet, por si acaso, y vaya si lo era. Aparte de que había un montón de artículos sobre él y todos eran inmejorables.

Bajé diez minutos antes para entrar en una de las tiendas de al lado y comprar un detallito para Eric y otro para su hija, para dárselos por Navidad. Ellos nos habían regalado dos días que sabía que iban a ser inolvidables.

Nos recogieron con una sonrisa que era de lo más acogedora. Metimos las cosas en el maletero y me monté delante junto a él. Traía otra sillita para Elena ya que según me dijo, la había acabado de cambiar y había dejado la antigua de repuesto. Aquello en ese momento nos había venido como anillo al dedo.

El coche era un SUV grande, tipo todoterreno, color dorado, era muy elegante y amplio, le pegaba totalmente. Fuimos directos a la plaza donde compró carne, pescado, verdura y marisco. Se le fue la cabeza pidiendo. Me tuve que reír porque me ignoraba por completo cuando le decía que solo éramos cuatro y dos eran unas hormiguitas.

Me comentó que llevaba licores y vinos que había cogido de la bodega que tenía en su casa. Nos dirigimos al puesto de los quesos y pidió cuatro trozos diferentes, además de un trozo de una especie de carne de membrillo, pero más dorada, y salmón ahumado. Nos montamos en el coche y fue a otra calle donde nos dejó en el aparcamiento dentro del coche y dijo que tenía que ir a recoger unas cosas. Lo vi aparecer por el espejo retrovisor con unas bolsas blancas de papel que metió en el maletero. Me sentía feliz de haber conseguido que se implicara en estos días en los que para los cuatro iban a ser un tanto difíciles.

Salimos del pueblo para dirigirnos al corazón de los Alpes, me hacía mucha ilusión y más sabiendo que iba a estar en una cabañita con chimenea, era ya de lo más idílico para unos días como estos. Las niñas iban de lo más felices, parecía que se entendían con una sola mirada.

Y mientras él conducía, yo entretenía a las pequeñas cantando

villancicos, algo que a Eric le causó una carcajada, puesto que unas veces cantaba uno en español y otras en inglés y ellas chapurreaban lo que podían.

—Menudo lío les vas a hacer con los villancicos —dijo.

—Lío ninguno, que las voy a hacer multilingües. Ya verás que tu hija acaba hablando español, y Elena se va de aquí con alguna palabra aprendida en francés y en inglés. Y suizo, ya verás como las dos acaban hablando hasta en suizo.

—Lo peor de todo, es que te veo capaz —rio de nuevo.

Paramos a mitad de camino en un restaurante donde todos tomamos sopa y unos filetes a la milanesa, y proseguimos nuestro camino, sin entretenernos mucho porque no queríamos que se nos hiciese muy tarde en la carretera.

Eric no me dejaba pagar ni en broma, cosa que me ponía un tanto nerviosa, pero decía que este día me lo prometió y el de mañana venía de postre. Tenía gracia el señor notario.

Llegamos a las tres de la tarde, aún no había oscurecido y las niñas comenzaron a corretear por la nieve y mirar a todos los lados viendo la de renos y trineos que había de adorno por el entorno. Estaban asombradas señalando a todos lados. Por la noche se vería precioso iluminado. Hasta a los árboles no les faltaba un detalle.

Metí mis cosas en una de las dos habitaciones y él las metió en la otra. Cada habitación tenía dos camitas con su mesita de noche en medio, una cómoda y un armario empotrado. Una vez que dejamos las maletas en las habitaciones, nos pusimos a guardar todo en la nevera y en la despensa para organizarnos. Vi que no solo había las bolsas

con lo que había comprado en la plaza y en el obrador de leña, en el que paramos antes de llegar, sino que de su casa traía un arsenal de cosas.

Las niñas pidieron de forma inmediata su pijama, querían ponerse cómodas y tirarse en el sofá frente a la chimenea mientras jugaban con los juguetes que habían traído.

Me sorprendió que Eric sacó dos iguales y les dio uno a cada niña.

—Un pijama para cada una —dijo sorprendiéndonos a las tres—. Para ti también hay. —Sacó otro de la bolsa igual que el de las niñas.

—Gracias, Eric. No debías haberte molestado.

—Nada, es un detalle sin importancia.

—Sí que la tiene. Gracias. —Me acerqué y le besé la mejilla. Noté cómo se sonrojó y a mí me salió una sonrisita que intenté aguantar y no pude.

Les puse el pijama primero a las pequeñas, que no dejaban de sonreír, y luego me lo puse yo. Cuando salimos al salón nos encontramos con la sorpresa de que él también tenía puesto el mismo, pero en versión de hombre. Le quedaba perfecto y además que era muy elegante. Camiseta blanca arriba y pantalón de tela de paño con una cinta muy bonita en la cintura. Nuestros pantalones eran de cuadritos en tonos rosas y grises mientras que el de él era en tonos azules y blanco.

—¿Dónde están las cámaras? —pregunté.

—¿Qué cámaras? —Eric frunció el ceño.

—Las que van a grabar el anuncio de Navidad con nosotros. ¿Tú nos has visto? —reí— Parece que vamos a hacer un anuncio de pijamas de la marca.

—Un anuncio no, pero ahora mismo os hago una foto a las tres, que estáis guapísimas con los pijamas.

—Claro que sí, y luego te hago yo otra con ellas. Venga niñas, a posar.

En cuanto lo dije, se puso cada una a un lado mío posando con una mano en la cintura y una pierna adelantada, igual que hice yo.

Eric se moría de la risa, pero es que estaban las dos que parecían un par de mellizas. Para comérselas de lo saladas que eran.

Capítulo 7



Después de la sesión de fotos improvisada, Mía y Elena se tumbaron cada una en un lado del sofá, y se quedaron dormidas al instante, se notaba que estaban agotadas del viaje y de tantas emociones que en tan poco tiempo estaban viviendo.

Eric sirvió dos copas de vino mientras cocinábamos, y abrió un poco la ventana para que pudiésemos fumarnos un cigarrillo. Nos mirábamos sonriendo. Sabíamos que estábamos pensando lo mismo. Dos desconocidos viviendo juntos la víspera de Navidad…

Se iluminó todo en cuanto oscureció y me quedé mirando hacia afuera incrédula por lo que veía ante mí, hasta un trineo de luces con Papá Noel dentro paseándose a sus anchas por el cielo. Era una pasada lo bien que lo habían decorado, yo no había visto cosa igual. Por lo que cogí el móvil y salí hacia fuera con intención de grabarlo, cuando vi que tras de mí venía Eric con el suyo en la mano y la misma intención de dejar captado el momento.

—Por favor, esto es precioso —dije sin perder de vista todo lo que nos rodeaba.

—Te dije que era un bosque como de cuento. Aquí podría vivir Papá Noel perfectamente.

—Y tanto que sí —reí.

Las pequeñas iban a alucinar cuando despertaran y lo vieran, tenía pinta de estar haciendo todo el tiempo el mismo recorrido sobre unos raíles en el aire.

Regresamos a la casa para seguir cocinando y viendo tras los cristales cómo de nuevo volvía a aparecer. Era una preciosidad que merecía la pena vivir al menos una vez en la vida.

Se veía que Eric era buenísimo en la cocina. Estaba cocinando unas piezas de carne a las que les estaba haciendo una salsa que olía que alimentaba mientras escuchábamos música suave y charlábamos relajadamente.

—Has resultado ser todo un chef —comenté mientras probaba la salsa.

—No solo se me da bien estampar mi firma en los papeles.

—Cuidado, que hasta para eso hay que tener arte. O sea, no es lo mismo firmar con un garabato raro en el que no se entiende si pone Pepe Rodríguez o Su Ilustrísima el rey de Dinamarca, que una firma elegante, estudiada y de letra fina y clara.

—Pues a veces los notarios tiran de garabato, como tú dices —rio con ganas, y yo con él.

Hasta que escuchamos un lloro que reconocí rápidamente y fuimos volando hacia el salón que estaba al lado. Elena se había caído del sofá mientras dormía, y Mía se bajó corriendo a abrazarla.

Eric la cogió en brazos y se sentó con ella en su regazo mientras la

abrazaba y miraba para asegurarse que no se hubiera dado un golpe fuerte, pero solo fue el susto.

Mía miraba a la niña en brazos de su papá y le acariciaba la mano mientras le decía con tristeza que no llorase.

—Cariño, ya pasó, fue un susto —dije poniéndome de cuclillas ante ellos y tocando su piernecita.

—Mamá —dijo esta, y a mí se me rompió el alma y se me cayó una lagrimilla que intenté disimular. A Eric también se le notó que se le hizo un nudo en la garganta.

—Mamá me ha dicho que os dé a las dos un caramelo. ¿Lo queréis? —les preguntó Eric con esa espontaneidad que le salió de golpe.

—Sí. —Ambas sonrieron y tras ponerla en el sofá, fue a coger de la bolsa de chuches que había comprado para meterlas en los calcetines que colgamos en la chimenea.

Les trajo unos caramelos de azúcar blanditos y unos gusanitos, con los que a las dos se le dibujó una sonrisa, aprovechamos ese momento y las dejamos en el sofá con la mesita pegada delante para poder seguir cocinando los dos la cena de Nochebuena, aunque antes les llevé unos zumos.

—¿Os pongo unos dibujitos? —pregunté cuando les di los zumos.

—Sí —respondieron al unísono y con esa sonrisa que me llenaba el alma y hacía que mi corazón latiera con fuerza.

Las dejé allí viendo los dibujos y regresé a la cocina con Eric.

—La próxima vez que se duerman en el sofá, les vamos a poner cojines en la tarima del suelo.

—Sí —afirmé, reconociendo que se nos había pasado por alto. De todas maneras, no había mucha altura y solo había sido un susto. ¿Qué niño no sufría un incidente así? Lo que más me había dejado con un sentimiento de tristeza era en esos momentos de desolación que llamó a su mamá, esa que ya no podía estar ahí para calmarla.

—No estés triste, mi hija también llama a su mamá en muchos momentos. —Parecía que había leído mis pensamientos.

—Siento que a veces no soy suficiente para quitarle esa tristeza.

—Eso me pasa a mí, pero no es así, es el momento, son muy pequeñas, echan en falta a sus mamás, pero somos suficientes, estamos ahí para ellas dándolo todo. —Me acarició la espalda y me pegó contra él para abrazarme y sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—Tranquilo, estaré bien.

—Abrázame, Paula, estoy aquí al menos en estos momentos —decía apretándome muy fuerte, y entonces lo rodeé para abrazarlo de la misma manera.

—Necesito una borrachera que se me olviden hasta las ideas.

—Pues hoy es el día —murmuró besando mi frente antes de volver a rellenar las copas.

—¡¡¡Papá Noel!!! —gritaron cada una en su idioma y me di cuenta de

que de nuevo estaba en el cielo, y ellas lo habían visto por las cristaleras del salón.

Fui corriendo a por sus abrigos para ponérselos y sacarlas a que lo vieran desde fuera. Le saludaban emocionadas con sus manitas apuntando al cielo por donde pasaba. Pero estaba nevando, y fue el motivo por el cual las metí hacia dentro rápidamente. Solo faltaba que cogieran un resfriado, que eso sí que les chafaría las navidades a mis chiquitinas.

Estaban de lo más emocionadas y nosotros de verlas así con esa ilusión que envolvía sus rostros. Brindamos por ello en la cocina mientras sonreíamos y nos mirábamos satisfechos por haber creado esa magia cuando nuestros corazones estaban por los suelos.

—Van a ser unas navidades inolvidables para ellas —dije tras darle un sorbo al vino.

—¿Solo para ellas? —Arqueó la ceja.

—Para mí también —sonreí—. Desde luego, este lugar es mágico.

—Para mí también lo van a ser —dijo acariciándome la mejilla—. Ver feliz a mi hija, es motivo más que suficiente para saber que tuve una idea buenísima al pensar en traeros aquí.

—Desde luego que la tuviste, sí —reí.

Nos estaba quedando la comida deliciosa, yo me encargué de hacer unos patés para untar en los panecillos que me estaban quedando perfectos de textura y sabor, cosa que me dio cierto alivio ya que no quería cagarla en un momento tan especial como este.

Preparamos la mesa del salón que estaba entre los dos sofás ya que otra no había, bueno sí, la de la cocina, pero no había mejor sitio para cenar que haciéndolo frente a la chimenea.

Había quedado tan bonito el mantel y la cubertería que habían dejado en la cabaña para su uso, que me emocioné un poco y todo. Recordaba a Diana y esperaba que desde algún lugar nos estuviera viendo y sonriendo por esta locura de estar compartiendo un día tan señalado con dos adorables desconocidos.

Preparamos tres bandejas, una con la carne en salsa, otra con las tostaditas con paté y dados de varios quesos, y la otra con marisco. Nos servimos más vino y brindamos con las niñas a las que le habíamos echado un zumo de manzana.

Comimos, reímos, vimos a Papá Noel pasar por allí llenando de magia el lugar, y después de que nos tomáramos de postre unos dulces navideños, que las niñas acompañaron con un vaso de leche, cayeron de nuevo en el sofá.

Capítulo 8



Aguantamos las risas cuando acostamos a las niñas en la misma habitación ya que estaban que se caían de sueño, pero querían dormir juntas. Nosotros teníamos tres o cuatro copas de más y no iban a ser las últimas.

Regresamos al salón donde ya teníamos la mesa recogida y un platito con dulces navideños. Eric sirvió dos copas de ginebra con tónica que había traído de su casa. Recordaba cuando las tomaba con Diana y cogíamos unos pedos impresionantes antes de que tuviera a Elena.

Podíamos ver, a través de los grandes ventanales que había en el salón, que estaba nevando de forma constante y cada vez había una capa más gruesa de nieve en el suelo. Habíamos decidido recoger las cortinas a los laterales para tener una visión mejor de ese exterior que me encantaba contemplar.

—Por la bonita coincidencia en el día de ayer.

—Antes de ayer, que ya han pasado las doce. —Hice el inciso mientras ladeaba la cara.

—Por dos minutos me dejas por embustero.

—No, por dos minutos, tengo al menos un poco de conocimiento real en algo más que el señor notario. —Aguanté la risa.

—Tampoco soy Einstein.

—Vamos, no te falta mucho. ¿De qué tema no sabes?

—No sé…

—Ya lo has dicho todo.

—Me atrajo de siempre estudiar. Reconozco que me obsesiona el tema de estar actualizado en las noticias internacionales, pero no por eso, lo sé todo.

—Poco te falta. Porque no te propusiste ser de la inteligencia que si no…

—¿Y tú qué te ves haciendo en un futuro? —Él ya estaba al tanto de toda mi historia.

—Sinceramente, ahora mismo quiero centrarme en la niña ya que es muy difícil encontrar algo con los horarios dentro de sus horas de cole y contratar a alguien para que se quede con ella no me compensa. Lo que sí estoy barajando es la posibilidad de buscar algún trabajo *online* de esos que puedes adaptar a tus horarios. Lo iré investigando cuando regrese.

—Por un momento te he visto trabajando en el cuidado de las niñas en mi casa. —Se le escapó una risilla y a mí otra muy grande.

—¿Te imaginas de interna en tu casa con mi niña y cuidando de las

dos? —negaba, sin dejar de reír con solo pensarlo.

—Perfectamente, pero conociéndome te diría cada día que te quedaras en la cama durmiendo, que yo les daba el desayuno y las llevaba a la escuela antes de entrar.

—Me voy a tener que replantear convencerte de que me contrates. Y encima no pago alojamiento.

—Ni comida. —Carraspeó.

—Quiero ese empleo. —Choqué mi copa contra la suya muy lentamente. A estas alturas iba ya ralentizada.

—No deberías beber más.

—Me lo dices tú que hablas trabándote.

—¿¡Yo!?

—¿Hay alguien más aquí?

—Las nenas. —Arqueó la ceja.

—No cuentan, están en la habitación y no están bebiendo.

—No lo había pensado. ¡Qué tonto!

—Segunda vez que supero al señor notario —me dije a mi misma causándole una risilla.

—Estoy seguro de que lo haces en muchas cuestiones. —Le dio un pellizquito a mi mejilla y sentí un cosquilleo en el estómago.

—Pocas, pocas, tienes un cerebro demasiado intelectual. —Miré a continuación hacia fuera y me quedé sorprendida con ese manto de nieve que caía con intensidad dejando un paisaje más blanco si cabía.

—Verás que nos quedamos aquí encerrados.

—¿Cómo que encerrados? Tu coche está preparado para la nieve.

—Sí, pero no vuela y esas cosas… —dijo provocándome una carcajada.

—Pues el problema lo tendrías tú que tienes que trabajar —me reí—, para mí serían más días de vacaciones en este mágico lugar.

—Yo hasta el día treinta no tengo ninguna firma… Lo dejé todo replanteado para esta semana estar mucho tiempo con mi hija. —Me hizo un guiño.

—Ojalá nos quedemos atrapados. —Choqué mi copa de nuevo contra la suya y le di otro trago.

—Y si no, hacemos un confinamiento obligado —contestó con una sonrisa de oreja a oreja. Se notaba que estaba igual de a gusto que yo y no solo hablaba del estado en el que nos tenía las copas.

—Acepto. —Estiré la mano para apretarla con la de él, pero este me la agarró, tiró de mí y me besó la mejilla.

Cada vez lo veía más cercano, más suelto, no estaba tan distante como

antes, no es que lo estuviera total, pero sí que había como un muro infranqueable que ahora estaba derrumbado y lo dejaba ser más natural y espontáneo. Y a mí me encantaba. Tenía algo que me parecía de lo más seductor e interesante. Guapo era un rato, todo había que decirlo. Y un repaso también lo tenía.

—¿En qué piensas?

—Nada, tenía la mente en blanco —mentí.

—No me lo creo. —Le dio un toque a la punta de mi nariz. Estábamos sentados en el sofá, de lado, mirándonos.

—¿Y en qué crees que estaba pensando?

—En algo en lo que yo tengo que ver…

—Directo no eres, que va —me reí.

—Presentimiento. —Puso un mechón de mi pelo detrás de la oreja—. Debo reconocer que desde que ella se marchó jamás estuve tan cerca de una mujer como ahora. Me caes muy bien, se ve que eres muy buena persona.

—¿Solo eso? —No podía dejar de reírme.

—Es evidente que eres preciosa, todo un dulce de lo más apetecible.

—Señor notario —carraspeé—, creo que el vino le está jugando una mala pasada.

—O me está llevando a sacarme de la casilla en la que estoy encasillado desde hace ya bastante tiempo.

—¿Otro vinito?

—No veo mejor opción. —Serví las copas esta vez yo.

La puse en su mano y brindamos sin decir nada, creo que tuvimos telepatía y pedimos cada uno de forma individual y en silencio un deseo. Sentí que así era. Es que parecía que le podía leer la mirada.

Había atracción entre los dos, dado que se iba notando con el paso de los minutos, todo iba intensificándose, sobre todo las miradas que cada vez se tornaban más descaradas.

Agarró mi mano y la acarició. Me sonrojé por completo.

—Pide un deseo en voz alta —murmuró sin dejar de acariciarla.

—¿De corazón?

—De lo contrario no sería un deseo, sería una ambición.

—Que mañana nos quedemos incomunicados y pasado no podamos irnos.

—Creo que se lo has puesto muy fácil a Papá Noel. —Miró hacia la ventana y cada vez había más densidad de nieve.

—Te toca, pide uno.

—Que se te cumpla el deseo. A mí también me gustaría quedarme más tiempo aquí con vosotras. Creo que necesitamos algunos momentos más para seguir conociéndonos —murmuró llevando sus dedos a mi mejilla y me la acarició poniéndome de nuevo toda la piel de gallina.

—Algo me dice que hasta ahora no te has querido dar ninguna oportunidad.

—Siento que le fallaría.

—No, te estás fallando a ti mismo. A ella la has respetado hasta el último día de su vida. La amas con todo tu corazón, pero eres muy joven y tú te has quedado aquí con responsabilidades que eran de los dos y que asumes con todo tu corazón porque es lo que te pertenece y te hace feliz. Pero la vida sigue para ti y no puedes vivirla aferrado a algo que ya no está, que te gustaría con todo tu corazón volver a tener, pero sabes que es imposible. No puedes perder las oportunidades que la vida pondrá en tu camino y que te pueden apetecer por seguir enganchado a algo que ya no existe de manera real.

—Tienes razón. —Se acercó hasta mí y me besó los labios entrelazándonos en un largo beso. Nos separamos sonriendo—. Me apetecía… —Apoyó sus manos en mis hombros y me los apretó mientras me miraba fijamente—. Hasta ahora no me llamó la atención nadie.

—Y ahora no sé qué decir… —murmuré con timidez y sintiendo las mejillas rojas como tomates.

—No digas nada y abrázame fuerte. —Me agarró y tiró de mí para que me pusiera entre sus piernas que había subido al sofá.

Miré a la chimenea y sonreí sintiendo que después de los momentos malos, siempre la vida nos tiene preparado otros momentos que nos hacen levantar un poco la moral y disfrutar de otros buenos que nos suceden cuando menos lo esperamos. Que nada es eterno y menos esto, ya que éramos dos personas de dos mundos muy diferentes, pero con una atracción muy fuerte predestinada a vivir estos momentos.

—Te recuerdo que vamos a peor y tenemos que poner los regalitos —le dije rodeando sus manos, esas que me abrazaban a mí.

—Es verdad. ¿Otra mientras lo preparamos?

—Venga —me reí.

Los dos teníamos los regalos envueltos, pusimos a un lado los de su niña y al otro los de la mía. Me hizo gracia cuando colocó algunos en el lado de la mía y yo le respondí de la misma manera. No fue solo eso, colocó otros en medio y yo de igual manera dejándolo un poco escamado. Ambos habíamos hecho lo mismo, acordarnos de tener un detalle con los otros. Nos abrazamos entre besos riéndonos en el sofá después de tener todo muy bonito decorado con sus caramelos, chocolatinas y bombones.

Capítulo 9



Escuchaba a las pequeñas chismorrear como si estuvieran a mi lado. Me costaba moverme y abrir los ojos de lo a gusto que me sentía. Pero claro, ¿por qué me sentía así?

Abrí un ojo y me vi envuelta en los brazos de Eric y pensé, que, si estaba escuchando a las nenas, ellas nos estaban viendo…

No me acordaba de haberme quedado dormida, a su vez que me daba cuenta de que seguíamos en el mismo sofá en el que estuvimos besándonos la noche anterior.

—Buenos días, Paula —murmuró sonriendo mientras me abrazaba más fuerte.

—Las niñas nos están viendo.

—Les dije que estás malita con la garganta y te estoy cuidando —murmuró en mi oído consiguiendo que se me escapara una carcajada y noté cómo las dos se me tiraban encima.

Sonreí y las abracé cuando Eric me dio lugar a moverme un poco. Nos levantamos a preparar el desayuno mientras las niñas nos miraban un poco pillinas. A saber, qué podían pensar a esa edad.

Se sentaron al lado de los regalos sobre un cojín en el suelo esperando que pusiéramos el desayuno sobre la mesa para descubrir sus regalos.

No me podía creer cómo estaba el exterior de nieve y lo que seguía cayendo. Sonreí mirando tal estampa.

—Tranquila, nuestro deseo está cumplido… —murmuró en mi oído.

—¿Han cortado las carreteras?

—No —sonrió—, pero he escrito al del alojamiento y nos quedamos hasta el día veintinueve.

—¿Sí? —pregunté emocionada.

—Sí. Mañana iremos a por víveres. —Me besó en la mejilla abrazándome desde atrás.

Esas palabras sonaron como la mejor de las melodías que puedes escuchar en un momento en el que los sentimientos están a flor de piel y que sabes que es el clavo al que necesitas agarrarte por un tiempo para comenzar a respirar más fluidamente.

Preparamos la mesa con un montón de cositas para desayunar y a las niñas se les caía la baba mientras lo miraban a ya que se habían levantado con un hambre atroz. No dejaban de observar hacia el lado de la chimenea que cogía todo ese trozo de pared con los regalos puestos.

—Bueno, ahora podéis ir cada una y coger uno de los regalos de vuestro montón —les dijo Eric mientras ellas tomaban la leche con

galletas e involucrándose en este momento al que días atrás no se les pasaba por la cabeza. Ambas corrieron al árbol y cogieron el más grande. Cosa que era de esperar porque por alguna razón siempre llama la atención lo más abultado.

Mía le dio un tirón al papel que dejó al descubierto en un segundo su regalo, que era la muñeca de La Sirenita, esa que había causado mucha controversia pero que mi pequeña adoraba y tenía desde meses atrás. Elena aplaudía al ver a su amiga feliz y luego prosiguió a descubrir el suyo.

Elena se puso de lo más contenta cuando vio que su regalo era una muñeca también que a ella le encantaba y veía en la tele y siempre la señalaba.

Poquito a poco fueron descubriendo sus regalos. Eric le había comprado a mi niña un teléfono de dibujitos que también le había caído a la suya, además de un pijama y una sudadera de La Sirenita que la pusieron muy contenta. Para ver a las dos con esos móviles que emitían canciones de todos los dibujitos más populares. Yo le había comprado a Mía unas libretas de dibujar con sus lápices y un rompecabezas de madera.

—Esto es para ti —dijo cogiendo dos de los regalos que había al lado de la chimenea.

—Eric, gracias, no deberías haberte molestado, pero yo también tengo algo para ti. —Le di un par de paquetes.

—Estamos compenetrados. —Me besó la mejilla ante la mirada de las niñas que estaban puestas entre sus juguetes, el desayuno y nosotros.

Se me dibujó una sonrisa al descubrir una preciosa cadena de oro con

un ángel como colgante. Era una preciosa joya que me dejó sin palabras y me hizo sentirme de lo más sensible. No dudó en cogerla de mis manos y colocarla en mi cuello.

—Es preciosa, Eric, es un regalo que cuidaré siempre.

—Me alegro mucho. No sabía si había acertado.

—Totalmente. —Abrí el otro y descubrí que era una bufanda en tonos rosas y grises. Preciosa, con un tacto increíble. Lo abracé por esos detalles tan bonitos que estaba teniendo conmigo.

Eric abrió su primer regalo y se sorprendió al ver que era un bolígrafo, uno muy fino de una firma muy conocida. No vi mejor sorpresa para él que algo que le definía tanto por su puesto de trabajo.

—¿Sabes que colecciono bolígrafos?

—¿Sí? —sonreí sorprendida.

—Muchos notarios usan plumas, pero yo no puedo con ellas. Soy de los que prefiere llevar siempre un elegante bolígrafo. Este se convertirá en uno de mis preferidos. Tienes muy buen gusto. —Me abrazó besando mi mejilla antes de descubrir el otro que le sacó una sonrisa—. Es muy bonita. —Me miraba sosteniendo la corbata en sus manos.

—La vi y pensé que te quedaría genial esos tonos celestes y grises.

—Parece como si conocieras mis gustos. —Me acarició la mejilla.

Después de los regalos y el desayuno, nos fuimos duchando por turnos

para ponernos los pijamas limpios y pasar el día de lo más cómodos. Mandamos a las niñas a jugar en el sofá y nosotros nos metimos en la cocina a tomar otro café y fumarnos un cigarrillo.

Eric y yo estábamos en ese momento en el que provocábamos que nuestros labios se encontrasen constantemente, estábamos sedientos el uno del otro.

Nos tiramos toda la mañana en la cocina para que no nos viesen, obviamente asomándonos mil veces por el salón y ellas también venían a enseñarnos cualquier cosa o pedir algo, pero era como si estuviéramos en un punto en el que nos provocábamos constantemente y se palpaba una tensión que iba a terminar estallando en cualquier momento.

A la hora de la comida preparamos unas hamburguesas riquísimas con queso derretido a las que le freímos al lado unas patatas. Sí, que era Navidad, pero ¿qué de malo tenía comernos ese capricho cuando la noche anterior nos habíamos deleitado con una cena especial? Además, las niñas pedían a gritos hamburguesas y él había comprado en la plaza para tenerlas para cualquier momento.

La tarde la pasamos con las mantitas en las piernas, ellas en un sofá y nosotros en otro con nuestras manos entrelazadas por debajo de la manta y haciéndonos infinidad de caricias en las que nos expresábamos acorde a este momento que estábamos viviendo.

Adoraba a un Eric que sabía que en poco tiempo se esfumaría de mi vida, pero del que quería seguir disfrutando hasta el último momento si tenía la oportunidad. Me quedaban muchos días por delante ya que vine con intención de pasar todas las fiestas aquí incluido el día de Reyes, con lo cual hasta el día siete de enero no regresaba.

Vimos dos películas de dibujitos en francés, idioma que hablaba en todo momento con Eric, aunque el que más usaba frecuentemente, según me contó, era el alemán que era el primero que se hablaba en su zona. Mía estaba aprendiendo las palabras en esos dos idiomas, aunque con Elena había aprendido a decir agua y hambre, cosa que me parecía de lo más divertido cuando la escuchaba pronunciarlo a su manera.

La cena fue un poco de todo lo que había sobrado el día anterior. Además, viendo a Papá Noel aparecer tras los cristales en el cielo y dejándonos a todos sonrientes y emocionados. Era magia lo que se respiraba en este entorno que parecía sacado de un cuento, cosa que el pueblo también me lo pareció, pero esto superaba todas las expectativas.

No tardaron en quedarse dormidas mientras recogíamos la mesa. Eric las acostó en la misma habitación y nos quedamos un rato frente a la chimenea abrazados y besándonos de forma constante.

—Esta noche no dormimos en el sofá —murmuró mientras me besaba.

—Vale —sonreí emocionada. Con tal de seguir a su lado dormiría hasta en el suelo, pero sabía que lo decía por irnos a la habitación juntos.

—Jamás imaginé los días que estaban por venir. Creo que la vida nos tenía preparado este regalo para de alguna manera compensar el dolor.

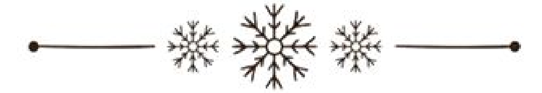
—Sí, yo pienso exactamente igual. Estas cosas son las que maneja el destino. —Besé su mano que estaba dejada caer sobre mi hombro.

Después de un rato en el sofá nos fuimos a la cama donde nos

abrazamos para quedarnos bien pegados y desearnos unas muy buenas noches que sonaron acompañadas de infinidad de besos. Nuestros labios eran imanes que se atraían constantemente.

Recordé a mi amiga e imaginaba que, si me estaba viendo, debía estar con una sonrisa de oreja a oreja. La quería hasta el infinito y esperaba que eso nunca se le olvidara a pesar de estar en otra dimensión.

Capítulo 10



Antes de abrir los ojos sonreí como una tonta al sentir el calor los brazos de Eric y su cuerpo pegado al mío. Los abrí lentamente y me quedé prendada de sus facciones adormecidas a corta distancia y del brillo que desprendía su mirada a medio abrir.

—Buenos días —murmuré y tuve como regalo el roce de sus labios, los que recibí de buena gana.

—Ahora sí que son buenos días, preciosa.

Me acurruqué entre sus brazos, satisfecha por las sensaciones que me transmitía, queriendo traspasárselas para que notara hasta qué punto me estaba haciendo feliz.

—¿Qué hora es? —Me estiré un poco.

—A ver. —Se separó buscando el reloj en la mesita de noche—. Joder, sí que hemos dormido —dijo sorprendido.

—¿Es muy tarde? —Me incorporé de golpe, llevándome el nórdico conmigo aferrado al pecho.

—Qué manera de echarme de la cama, que hace frío —dijo divertido.

—Ay, lo siento. —Solté una risilla echándome hacia atrás otra vez.

—Son las nueve y media.

—Oh, las niñas. —Volví a levantarme propulsada, haciéndolo reír.

—Anda, vamos, que hay demasiado silencio y ya tienen que estar despiertas. —Volvió a besarme, esa vez tomándose un poco más de tiempo, y se incorporó rápido haciéndome un guiño.

Lo seguí con la mirada mientras cogía la ropa y salía hacia el baño para vestirse. Me quedé con la mirada fija en el hueco de la puerta, soltando un suspiro mientras no podía dejar de sonreír.

Lo imité levantándome, pero en mi caso volviendo al calor del nórdico con la ropa para vestirme dentro, demasiado cambio de temperatura de buenas a primeras ya que al no tener el calor de la chimenea todo estaba congelado. Después de algunas contorsiones ya estaba lista para salir de debajo, lo que no tardé en hacer saliendo bien abrigada para asearme.

—¿Elena? ¿Mía? —dije en alto al mirar en la habitación y no encontrarlas.

Lo que sí vi fue un montón de papel del baño tirado por el suelo, rollos y rollos, lo que me hizo pensar que habían echado mano a todo el que había y me pregunté qué habían estado haciendo para dejarlo todo de esa manera.

Caminé hasta el salón y me puse las manos en las caderas al ver que la cabaña estaba completamente vacía y en silencio, hasta que distinguí

el murmullo de las voces en el exterior. Me abrigué más para poder salir directamente hacia la nieve y abrí la puerta principal.

—Pero bueno, ¿qué hacéis? —Me sorprendí al ver a las dos pequeñas junto a Eric en medio de la nieve, haciendo un muñeco de nieve.

—Tata —dijo emocionada y aplaudiendo Elena, acercándose, corriendo hacia mí.

Montaron una fiesta cuando llegué a ellos, con la sonrisa divertida de Eric.

—No hay nada mejor para despertarse, ¿eh? —Rio por la mueca que puse.

—¿Qué habéis hecho con el papel del baño? —Miré a las jovencitas.

Se miraron entre ellas, con varios codazos hablándose con los gestos y sonrieron de oreja a oreja pensado que se me olvidaría lo que habían hecho. Eric soltó una carcajada y me giré hacia él.

—Estas señoritas estaban intentando hacer un muñeco de nieve —dijo sin poder para de reír.

—¿Con el papel? —Me sorprendí.

—Cuando he entrado en la habitación a Mía solo se le veían los ojos mientras Elena la dejaba bonita, como ha dicho nada más verme. La había envuelto con el papel queriendo hacer un muñeco de nieve, estaban más que felices por ello.

—¡No! —Agrandé los ojos.

—Ahora ya sabes por qué estamos aquí de buena mañana y sin ni siquiera haberme tomado un café —negó.

—Vale, pues vamos a hacerlo rápido —solté un suspiro ajustándome la bufanda que me regaló Eric al cuello y acomodándome mejor el gorro.

Las risas no faltaron, las manos enrojecidas tampoco, pero no por ello dejamos de hacer nuestra obra maestra que muy maestra no quedó, la verdad. Cuando terminamos de montar el muñeco de nieve, Eric y yo nos miramos intentando no reír porque tenía pinta de todo lo que podáis imaginar menos de un muñeco de nieve.

La cabeza no iba acorde con el tamaño del cuerpo, los brazos apuntaban a cualquier dirección y no de buena manera, la que habían decidido las niñas una por cada lado. La zanahoria que le habían puesto entre las dos parecía que se la estaba comiendo en vez de estar en el lugar que le pertenecía y casi traspasando toda la bola de la cabeza. Hasta pestañas le habían puesto con pequeñas piedrecitas que Eric consiguió de algún lado, las que se habían ido cayendo y no quedaban uniformes. Como remate le habíamos puesto una bufanda que Mía había elegido.

¡Qué más daba cómo había quedado! Lo que nos importó fue ver la felicidad de las pequeñas moviéndose alrededor de él emocionadas.

—Bueno, ya está —les habló Eric—. Vamos adentro a calentarnos y a desayunar.

—Pero no podemos dejarlo —balbuceó Elena—. A mami gustaría.

Tragué saliva al oírla, intentando controlar las emociones que me

provocaron sus palabras. Eric me cogió de la mano, apretándomela al ser consciente de cómo me sentí. Lo miré agradecida y asentí mientras con una de sus manos retiraba unas lágrimas que se escaparon de mis ojos.

—Cariño, tiene que quedarse aquí —dije cuando reaccioné, cogiéndola en brazos, apretándola contra mí, como hizo Eric con Mía—. Si lo metemos en casa no durará mucho, no hace el frío suficiente.

Después de varias miradas entre ellas asintieron y respiré tranquila al ver la sonrisa en la carita de Elena. Entramos corriendo y riendo dentro de la cabaña, lo que agradecí yendo hacia el baño para meter las manos debajo del agua caliente mientras las pequeñas corrían a su habitación con la orden de recoger el papel que habían desordenado, hasta que las avisáramos para el desayuno.

—¿Mejor? —Escuché a Eric y me giré hacia él, viéndolo apoyado en el marco de la puerta.

—Sí —solté un suspiro haciéndolo sonreír—. Me dolían. —Reí nerviosa.

—Tendríamos que habernos puesto los guantes —negó divertido—. Pero no me refería al frío.

—Lo sé. —Dejé la vista fija en las manos—. Todo está bien, Elena no se ha puesto triste.

—Sois unas valientes. —Se puso a mi espalda y me abrazó, apoyando la barbilla encima de mi cabeza.

—No ha quedado tan mal, ¿no? Ha valido la pena —sonreí de medio

lado.

—Somos unos artistas, nos podemos ganar la vida haciendo manualidades —dijo serio y soltamos una carcajada a la vez—. Así quiero verte. —Se inclinó cerca de mi oído, susurrándome.

Me mordí el labio al estar mirándolo a través del espejo, viendo nuestra imagen en él. Aparte de lo que sentí por su cercanía, me emocioné al vernos de esa manera, pareciéndome mentira lo que estaba sucediendo y apartando de mi cabeza el momento en el que tuviera que separarme de él.

—¿Todo está bien? —Buscó mi mirada en el espejo.

—Sí —dije con un suspiro—, mejor que bien —sonreí emocionada.

—Tenemos que ponerle remedio a esto. —Se pegó más a mí.

—¿A qué exactamente? —Me mordí el labio, el que soltó él con sus dedos, acariciándomelos.

—No me tientes que soy capaz de resolverlo ahora mismo dándoles más papel a las niñas —dijo serio y solté una carcajada de la que se contagió.

Salimos del baño de esa manera, riendo y pegada a él mientras me rodeaba por los hombros con un brazo. Antes de ir hacia la cocina nos asomamos a la habitación de las pequeñas sin hacernos notar y sonreímos al verlas coordinadas y sentadas una enfrente a la otra, mientras intentaban enrollar el papel del baño.

Dudaba que lo consiguieran de la manera que lo estaban haciendo,

pero fuera de la manera que fuera, tenían que recogerlo para que les quedara claro que esas cosas no se hacían.

Nos dirigimos a la cocina y empezamos a preparar el desayuno, uno bien completo por el frío que habíamos cogido. Eric no se paró a encender la chimenea porque teníamos la intención de ir al pueblo a pasar el día o parte de él.

—Chicas, a desayunar. —Las llamó en alto asomándose al pasillo mientras yo me sentaba en la mesa de la cocina ya que no buscamos el calor de la chimenea.

—Hambre. —Entraron corriendo las dos.

—¿Las manos están limpias? —pregunté y se miraron entre sí, haciéndose las despistadas.

—Venga señoritas, al baño. —Dio varias palmadas Eric desde atrás y pegaron un bote saliendo de allí entre risas.

No tardamos en estar los cuatro sentados en la mesa, disfrutando del desayuno. Les explicamos a las niñas lo que teníamos pensado hacer, lo que las ilusionó y emocionó dándose prisa para salir corriendo hacia la habitación cuando acabaron.

Cómo no, cuando dijimos de irnos, salieron preparadas y con una sonrisa idéntica al llevar sus móviles nuevos entre las manos, los que les había regalado Papá Noel y que se habían vuelto indispensables para ellas.

Hicimos todo el camino en coche escuchando los diferentes sonidos de los aparatos, intentando no reír al verlas llevárselos a las orejas

mientras mantenían una conversación entre ellas, lo que al final no conseguimos y terminamos dejándonos llevar, contagiándolas sin que fueran conscientes de lo que nos reíamos.

Miré de reojo a Eric, me sentía tan bien que temía el momento de la despedida. Había sido todo tan inesperado, en un momento crucial de nuestras vidas, que no pude evitar preguntarme qué nos depararía el futuro mientras me centraba en la ventanilla observando el paisaje.

Un nudo se formó en mi garganta, pero intenté por todos los medios que desapareciera para enfrentar el día de la mejor manera y en la mejor compañía.

Capítulo 11



—*Fío* —dijeron Mía y Elena, cada una en su idioma.

Al menos eso interpreté, que era lo mismo cuando se agarraron cada una a nuestras piernas buscando un poco de calor. Las cogimos en brazos para trasmitirles un poco más y caminamos hacia la última parada que íbamos a hacer antes de volver a la cabaña y resguardarnos de la temperatura al calor del fuego de la chimenea.

—¿Un chocolate? —propuso Eric, sabiendo de antemano la respuesta.

Las dos levantaron la cabeza de golpe al haberlas escondido en el hueco de nuestros hombros y solo necesitamos ver las expresiones pícaras que pusieron para saber la respuesta que no pronunciaron, las que nos hicieron reír.

—Oh, qué maravilla —solté un suspiro cuando entramos y el calorcito nos envolvió.

—Ha valido la pena, ¿no? —sonrió Eric mientras ocupábamos una mesa.

—Sí, es todo precioso. —Le devolví el gesto.

—Me alegro de que te haya gustado —asintió contento.

—*Ocoate* —dijo Elena dando varias palmas a lo que se unió Mía, haciéndonos sonreír.

—Marchando —dijo Eric levantando la mano para que el camarero se acercara.

Poco tardamos en tener las tazas delante, con las que las niñas se relamieron y yo me uní a ellas ante la delicia que nos trajeron. Con una buena cantidad de nata por encima y con cacao espolvoreado en ella, el chocolate tenía una pinta y olía de una manera que abría el apetito a pesar de que no hacía mucho que habíamos comido.

Para acompañarlo nos trajeron unos dulces típicos que no se quedaban atrás del chocolate y que no tardé en probar, dándole el visto bueno con un jadeo que hizo reír a Eric, al vernos a las tres con las bocas blancas por el azúcar glas que los cubrían.

—Esto es pecado. —Hice una mueca.

—El chocolate de aquí es una delicia. Es especial y lo trabajan de manera diferente dándole un sabor único. No puedes venir a Suiza y no probarlo —sonrió.

—Me he enamorado —solté un suspiro relamiéndome, haciéndolo reír —. ¿Puedo llevarme? —Señalé la taza.

—Claro, en muchos lugares tienen para venderlo. Ahora se lo pedimos al camarero —asintió.

Las pequeñas estaban entretenidas y ni se las escuchaba. Tenían

chocolate por todos los lados imaginables, pero las dejamos disfrutar a su manera, guiándolas un poco y ayudándolas cuando la situación se complicaba.

Veinte minutos después íbamos directos a buscar el coche cargados con varias bolsas de chocolate para hacer a la taza y algunas tabletas que se me habían antojado. En cuanto nos montamos y Eric empezó a circular, Mía y Elena se quedaron adormecidas por el vaivén, por lo cansadas que estaban y lo saciadas que se habían quedado.

Agradecí cuando la calefacción empezó a calentar, poniendo las manos directamente en la salida del aire. A esas horas, en las que el sol ya había perdido fuerza, era difícil estar al aire libre por lo que solo pensaba en llegar a la cabaña y sentarme en el sofá delante de la chimenea encendida, el dato más importante en ese instante al no sentir las manos ni los pies.

Nada más llegar a la cabaña Eric encendió el fuego de la chimenea y cuando se empezó a caldear bañamos a las niñas por turnos, dejándolas con sus pijamas y preparadas para cenar mientras nos tocaba el turno a nosotros. Aunque dudaba que tuvieran ganas de nada ya que se habían puesto las botas con el chocolate y los dulces. Terminamos de calentarnos bajo el agua y nos pusimos cómodos, volviendo frente al fuego cubriéndonos con una manta mientras Mía y Elena jugaban enfrente de nosotros con sus juguetes.

Y fue tal y como imaginé, cuando pasado un rato les dijimos que era hora de cenar. Arrugaron la nariz mirándose entre ellas y salieron huyendo de nosotros y del salón para meterse en la habitación entre risas. Las seguimos divertidos y las acostamos, tapándolas y dándoles el beso de buenas noches.

—Tú sí quieres cenar, ¿no? —me preguntó Eric volviendo al salón.

—La verdad es que no tengo mucha hambre tampoco —reí—, pero te acompaño si tú tienes. Algo picaré cuando lo tenga delante.

—Venga, vamos a hacernos algo rápido y ligero. Ya verás como se te abre el estómago. —Me cogió de la mano.

Por cada muestra de cariño, por cada acercamiento que tenía hacia mí, me quedaba cada vez más prendada de él. Una amplia sonrisa apareció en mi cara y de esa manera continué mientras preparábamos una sopa y unas tortillas de queso, con las que nos sentamos en la mesa del salón buscando el calor.

—¿Te lo has pasado bien hoy? —Quiso saber mientras me rellenaba la copa de vino.

—Mucho, con vosotros siempre nos lo pasamos bien —sonreí levantando la copa, en una especie de brindis.

—Me alegro mucho, es igual por nuestra parte. —Igualó mi gesto y bebimos sin dejar de mirarnos a los ojos.

Me removí un poco inquieta, al sentir la intensidad con la que lo hizo, provocando que sus labios se movieran un poco al ver mi reacción. No lo podía evitar, me ponía nerviosa y a la vez deseaba con todas mis fuerzas lo que sucedía entre los dos. Quería más, era inevitable que a esas alturas no sintiera el deseo por su cercanía.

Cuando se levantó de la mesa cogiendo la copa, se acercó a mí ofreciéndome la mano libre, la que cogí dejándome llevar hasta el sofá.

—Ya lo recogeremos más tarde, o mañana —dijo haciendo referencia a la mesa en la que solo quedaban los platos del postre.

Sí, al final me lo había comido todo y hasta el postre había caído sin dejar nada en el plato ya que Eric había preparado unos flanes con nata y algunos frutos secos con mucho mimo. Saciada estaba, de eso no cabía duda y lo dejé claro cuando me senté en el sofá, por el gesto que hice y el suspiro que solté.

—Ven aquí. —Me acercó más a él dejando la copa en el suelo, lo mismo que hice yo.

Me recosté en su hombro al levantar el brazo, con el que me rodeó abrazándome.

—No quiero que se acaben estos días —susurré dejado la vista fija en el balanceo de las llamas.

—Aún queda para que se acaben —dijo dándome un beso en la cabeza.

—Ya —murmuré pensativa.

Un poquito de bajón me dio porque esperaba algo, ¿el qué? No lo sabía o sí, claro que lo hacía. Pero me callé respetándolo y aceptando la realidad de que cuando fuera el último sería el final.

Las caricias en mi espalda por encima del pijama me hicieron suspirar acomodando la postura, acurrucándome más en él. Me pilló por sorpresa su siguiente movimiento, cuando me cogió con los brazos y me dejó sentada encima de sus piernas, de lado.

—Mucho mejor así para lo que estoy deseando hacer —susurró llevando las manos a mi pelo, acariciándomelo.

—¿Qué es? —Ladeé la cabeza.

Sin responderme, sonrió poniendo una mano en mi nuca, acercándome hacia él para que me quedara claro. Al sentir el roce de sus labios solté otro suspiro, el que se bebió intensificando el beso. Eran muchas las ganas acumuladas y no solo por mi parte, como me hizo saber mientras colaba las manos por debajo de la camiseta del pijama y me acariciaba la piel sin dejar de hacer presión en mi cabeza para separarnos lo mínimo.

La dureza de su cuerpo se clavó en mí, por lo que me removí inquieta sintiéndome cada vez más excitada, lo que se incrementó cuando sus manos se aventuraron hacia arriba por debajo del pijama y llegó a uno de mis pechos que estaba libre de obstáculos para lo que hizo.

Solté un jadeo cuando agarró el pezón entre sus dedos, frotándolo y excitándolo mientras nuestro beso se intensificaba más y nuestras lenguas se buscaban transmitiéndonos la necesidad que nos provocábamos.

—¿Has visto cómo me pones? —Levantó la cadera separándose de mis labios, mirándome con fuego y deseo contenido.

Así me lo transmitió mientras hacía presión contra mí para sentir un poco de alivio en su miembro, el que sentí perfectamente duro y preparado para entrar en acción.

—Y no sabes lo que me gusta. —Le lamí los labios, y apresó los míos desesperado mientras me rodeaba el pecho por completo con la mano y lo acariciaba haciendo presión en él.

Me mordí el labio cuando me separé, sonriendo mientras me frotaba encima de él intensificando los movimientos en la parte baja, buscando su contacto cada vez más necesitada.

—Hasta aquí hemos llegado. —Se levantó de golpe llevándome con él.

—¿No quieres seguir? —pregunté tímida y descolocada al ver su reacción.

—Lo que quiero —me atrajo hacia él, juntando nuestros labios en un beso fuerte y duro que me dejó aún más temblando de lo que estaba —, es que no haya ningún obstáculo entre los dos y ahora mismo, la ropa lo es.

Asentí ruborizada y lo ayudé a bloquear la chimenea dejando que las brasas que quedaban siguieran calentando un poco más la cabaña hasta que se consumieran. Cuando terminamos, me agarró de la mano y caminamos hacia la habitación sin dejar de mirarnos con una sonrisa, por la anticipación de lo que iba a suceder entre los dos.

Antes de entrar comprobamos que las pequeñas dormían plácidamente, y así era mientras dejábamos la puerta entornada por si se despertaban en algún momento de la noche. Lo mismo hizo Eric con la de nuestra habitación cuando entramos.

—Estaba deseando que llegara este momento —dijo caminando hacia mí.

—Y yo —suspiré.

—Sí, ¿eh? —Le salió una sonrisa pícara—. Pues vamos a ponerle

solución ahora mismo.

La primera prenda que desapareció fue la parte de arriba de su pijama, zona en la que dejé la vista fija admirando su pecho fibrado, con los músculos perfectamente puestos en su lugar. Me mordí el labio cuando llevó las manos a la cinturilla del pantalón, bajándolo y dejándolo caer delante de mí hasta los pies. No tardó en deshacerse de él de una patada.

Se quedó desnudo delante de mí, con su miembro duro y erecto, y me di cuenta de que no había llevado ropa interior desde que se había duchado y puesto el pijama.

—No me he puesto el bóxer a propósito, para lo que me iba a durar en el sitio —dijo con voz ronca.

—Has pensado como yo —dije llevando las manos a la cintura del pantalón, acariciándola con las manos, tentándolo.

—¿Estás desnuda debajo? —Apretó la mandíbula.

Sonreí como respuesta y colé una mano dentro, tocándome directamente. Sus ojos se incendiaron más al ver mis movimientos mientras mi mano se movía dentro de la ropa. Me mordí el labio arrastrando la humedad, que me había provocado y porque la situación aceleró que aumentara, mientras sus ojos no se apartaban de lo que estaba haciendo.

—Joder —siseó en tensión—. Quiero verlo. —Levantó la cabeza de golpe, buscando mis ojos—. Quiero que sigas haciéndolo, pero bien a la vista.

—¿Quieres que me toque para ti? —Ladeé la cabeza.

—Sí. —Apretó la mandíbula dando un paso hacia mí, haciendo un gesto con la cabeza para que lo hiciera.

Nerviosa, pero no por el momento sino por la intensidad que me llegaba de él, dejé de tocarme y deslicé el pantalón hacia abajo, el que resbaló hasta mis pies. De sus labios salió un jadeo al ver esa parte desnuda, dejando los ojos fijos en ella.

Con ganas de continuar con lo que había empezado al sentir, la tensión en mi propio cuerpo, me deshice de la parte de arriba, quedándonos igual, desnudos por completo.

—Eres preciosa —susurró quedando a pocos centímetros de mí.

Me besó con intensidad, con fuerza, convirtiendo mis piernas aún más en gelatina de lo que eran. Sus manos rozaron cada parte de mi cuerpo, desde los hombros, pasando por la clavícula hasta llegar a los pechos, los que cubrió con sus manos acariciándolos. Cuando nuestros labios se separaron se inclinó hacia abajo y solté un jadeo cuando uno de mis pezones desapareció dentro de su boca, absorbiéndolo, lamiéndolo, apresándolo entre los dientes, lo que fue mi perdición teniendo que agarrarme a él para no perder las pocas fuerzas que me quedaban.

Pasando de uno a otro, dándoles las mismas atenciones, una de sus manos se coló por el interior de mis piernas. Cerré los ojos con fuerza, mordiéndome el labio para no hacer mucho ruido, mientras las abría para que tuviera mejor acceso, pero el contacto de su mano y dedos, recorriendo y descubriendo mi zona íntima, me lo puso muy difícil para contenerme sintiendo cómo arrastraba mi humedad y se afanaba frotando cada rincón que encontró, dándole más atención al clítoris

donde se quedó mientras su boca no dejaba de buscar mis pechos, cada vez más desesperado.

—Tienes trabajo que hacer para mí. —Se separó dejándome con la respiración alterada.

Sin dejar de mirarlo caminé hacia atrás, hacia la cama, y me dejé caer en ella ante su atenta mirada. La intensidad de sus ojos me traspasaba y más lo hicieron cuando doblé las piernas y separé los pies, dándole una perfecta visión de la zona que quería ver y que me tocara.

—Hazlo —me pidió con voz ronca y miré excitada cómo se agarraba él mismo con fuerza, haciendo presión en su miembro y jugaba con él delante de mí.

—Eric. —Eché la cabeza un poco hacia atrás por el calambre que sentí recorrer cuando llevé mi mano al clítoris.

—No pares hasta correrte, quiero verte —dijo apretando la mandíbula mientras el movimiento de su mano tomaba intensidad a lo largo de su miembro.

Solté un jadeo al ver la situación. Era excitante verlo masturbarse delante de mí, era excitante ver su excitación salir de la punta de su miembro mientras lo arrastraba e intensificaba los movimientos con el cuerpo cada vez más en tensión.

Desesperada lo imité, sintiendo cómo la humedad en mí se había multiplicado, la que me ayudó a resbalar, casi sin problema, dándome el placer que necesitaba. Desmadejada encima de la cama, mi pelvis se movió al compás de mis caricias mientras no dejaba de observarlo.

—Me corro —dije intentando que fuera un susurro, con varios jadeos amortiguados antes de dejarme llevar.

Ni tiempo tuve para recomponerme cuando se lanzó encima de mí, absorbiendo toda mi esencia y apropiándose de toda mi zona con su boca con movimientos tan intensos que me produjeron más escalofríos. Me removí histérica encima de la cama, sintiendo como su lengua arrastraba todo y terminaba centrándose en mi clítoris inflamado.

—No puedo. —Me removí en la cama viendo próximo el orgasmo, agarrando el nórdico con las manos, con fuerza.

No paró hasta que volví a dejarme llevar con tanta intensidad que mi cuerpo se tensó de una manera muy diferente por el motivo por el que me había hecho correrme, provocado directamente por él.

—Y tanto que puedes, esto es solo el principio. No sabes cómo me ha puesto verte masturbarte, no sabes lo que me ha recorrido por todo el cuerpo viéndote darte placer, tan necesitada, tan excitada… tu cara y tu cuerpo… joder.

De un movimiento me arrastró hacia el final de la cama y se posicionó entrando directamente en mí. Soltamos un jadeo al mismo tiempo y cerré los ojos ante la sensación de sentirlo dentro de mí.

A partir de ahí volvió la locura mientras nuestros cuerpos se buscaban y chocaban buscando ampliar el placer entre los dos. Un tercer orgasmo me dejó sin fuerzas mientras él manejaba mi cuerpo como quería hasta quedar saciado y salir en el momento exacto en el que se corrió.

Sin poder dejar de mirarnos nos mantuvimos la mirada, intentando

controlar la respiración.

Capítulo 12



Me removí entre las sábanas. Me sentía cansada y mis labios sonrieron aún sin abrir los ojos, pensando en el motivo de mi cansancio.

Después de nuestro primer encuentro que para mí fue por triplicado, hubo varios más durante la noche. Habíamos abierto la veda y así me lo dejó claro Eric sin poder dejar de rozarme, de tocarme, de acariciarme y de besarme por cada rincón de mi cuerpo.

Y no fue solo para él porque yo también se lo dejé claro por mi parte al primer contacto de la lengua sobre su miembro y cuando lo hice desaparecer en ella. Nos había cundido la noche de una manera que quería que se repitiera.

Dejé de pensar que era un nuevo día y solo nos quedaba hasta el siguiente para irnos de la cabaña y poner fin a lo que estábamos viviendo. Él no había hecho ningún comentario para que pudiera hacerme ilusiones cuando llegara el momento y yo, había retenido por todos los medios el sacar el tema.

Entendía su situación, ni yo misma podría haber imaginado cómo se daría todo al principio y con lo desolada que estaba tampoco me lo planteé. Pero había sucedido y me daba miedo que llegara el día siguiente porque no me quería separar de él, pero sería lo que sucedería si él no decía lo contrario. No quería agobiarlo, demasiado

había habido entre nosotros.

De mis labios se escapó un suspiro al sentir cómo se movía debajo del nórdico, acercándose a mí. Suspiro que se me atragantó en el momento en el que se resbaló hacia abajo y me abrió las piernas dejándolas extendidas.

—Buenos —una pasada de su lengua recorriendo toda mi zona íntima provocándome un jadeo— días. —Terminó lamiendo y acariciando mi clítoris.

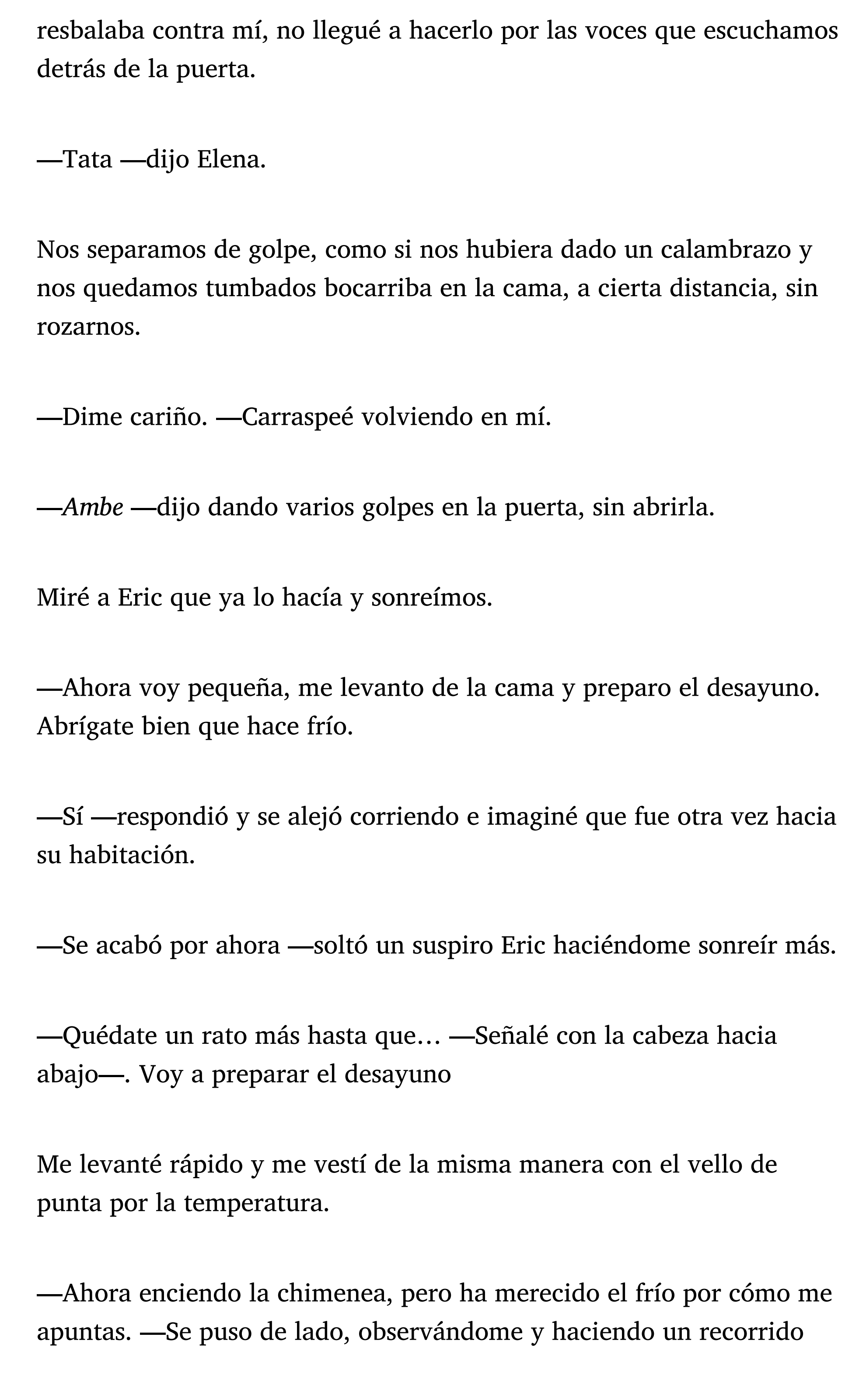
—Buenos días. —Tragué saliva agarrándome a la almohada intentando controlar mis reacciones cuando después de él soltar una risilla, su boca y lengua empezaron a jugar con esa parte de mi cuerpo.

Sus manos hicieron fuerza en mis muslos para que no los cerrara, haciendo que lo sintiera por todas partes mientras desesperada me mordía la lengua echando la cabeza hacia atrás, sintiendo el placer y la desesperación recorrerme.

Levanté la cadera hacia él, hacia su boca, movimiento que aprovechó para agarrarme del trasero y hacer fuerza en él mientras bebía de mí desesperado. Hasta que no tardé en correrme para él. El último toque de su lengua en mi clítoris lo hizo abriendo los labios inferiores con los dedos.

—Este es el mejor desayuno de todos. —Subió sobre mi cuerpo, buscando mis labios.

Me besó con intensidad mientras mis brazos le rodeaban apretándolo contra mí. Su miembro excitado se clavó en mi abdomen y a punto de echar mano a él sabiendo lo necesitado que estaba mientras se



resbalaba contra mí, no llegué a hacerlo por las voces que escuchamos detrás de la puerta.

—Tata —dijo Elena.

Nos separamos de golpe, como si nos hubiera dado un calambrazo y nos quedamos tumbados bocarriba en la cama, a cierta distancia, sin rozarnos.

—Dime cariño. —Carraspeé volviendo en mí.

—*Ambe* —dijo dando varios golpes en la puerta, sin abrirla.

Miré a Eric que ya lo hacía y sonreímos.

—Ahora voy pequeña, me levanto de la cama y preparo el desayuno. Abrígate bien que hace frío.

—Sí —respondió y se alejó corriendo e imaginé que fue otra vez hacia su habitación.

—Se acabó por ahora —soltó un suspiro Eric haciéndome sonreír más.

—Quédate un rato más hasta que… —Señalé con la cabeza hacia abajo—. Voy a preparar el desayuno

Me levanté rápido y me vestí de la misma manera con el vello de punta por la temperatura.

—Ahora enciendo la chimenea, pero ha merecido el frío por cómo me apuntas. —Se puso de lado, observándome y haciendo un recorrido

por todo mi cuerpo mientras me movía rápido, vistiéndome.

—Al menos he salido yo primero, porque si lo hubieras hecho tú, me hubiera llevado una decepción al caer en picado lo que tienes al calor del nórdico por todo lo alto —reí contagiándolo.

—Esta noche ajustaremos cuentas —sonrió—. Por ahora voy a ponerle solución a esto.

No hizo falta que aclarara nada, el movimiento del nórdico dejó la evidencia de que se había agarrado el miembro y de su balanceo, despuntando hacia arriba.

Me mordí el labio por la imagen que me dio y salí casi corriendo de la habitación para no caer en la tentación ya que en ese instante no podía. Cuando salí al pasillo fui hacia la habitación de las pequeñas y sonreí al verlas abrigadas, sentadas encima de la cama.

—Hora de desayunar, señoritas —dije sin entrar.

Pegaron un salto y llegaron hasta mí, agarrándome cada una de una mano. Me hacía gracia ver lo sincronizadas que estaban, era increíble cómo, casi sin entenderse, desde el primer momento conectaron de una manera que lo hacían sin necesidad de saber el idioma.

Un poco de tristeza cubrió mi cara al pensar en el momento en el que las tuviéramos que separar, el que cada vez estaba más próximo. No quería ver la tristeza en la carita de Elena, no podía soportarlo y con la nueva amistad que había hecho con Mía, esa expresión había desaparecido.

Sin querer darle muchas vueltas llegamos a la cocina y les pedí que se

sentaran. No tardé en ponerles el desayuno y en acompañarlas con un café para empezar, esperando el momento en el que Eric terminara y apareciera para comer algo más.

Me removí en la silla, inquieta, ante el pensamiento de lo que estaba haciendo debajo del nórdico y cerré los ojos por unos segundos atesorando la sensación que tenía y sentía.

—*Tata, ugar* —sonreí.

—Sí, ya habéis acabado. —Las animé para que se fueran a jugar que era lo que querían las dos y las miré con nostalgia cuando salieron corriendo de la cocina.

—Hola, preciosa. —No tardo en aparecer Eric.

—Hola —sonreí levantándome.

—Ya lo preparo yo, quédate sentada —me pidió encendiendo la cafetera.

—¿Quieres hacer algo especial hoy? —pregunté.

—No sé, ¿a ti qué te apetece? —Giró la cabeza para mirarme.

—Me da igual, tampoco conozco el lugar para decantarme por algo. —Me encogí de hombros.

—Hay varios pueblos bonitos que te encantaría ver —dijo centrándose en preparar el café y unas tostadas.

Me levanté para coger la mantequilla y la mermelada, dejándolas en la mesa.

—No estaría mal —dije a su lado.

—Aunque si quieres, yo opto por otra opción, no hay color…

—¿Cuál?

—Podemos sacar a las niñas afuera, se entretendrán con la nieve y nosotros podemos dar rienda suelta para repetir lo de esta noche.

Lo dijo tan serio y convencido que agrandé los ojos tomándomelo en serio. Un suspiro de alivio solté cuando soltó una carcajada.

—Hay algunas veces que no te pillo. —Le di varios golpes en el brazo.

—Ya lo harás. —Hizo un guiño.

—Sí —sonreí, pero no fue como siempre y lo notó.

—¿Todo bien? —Levantó una ceja.

—Perfecto —asentí—. Las cosas no podrían ir mejor. —Lo abracé y me rodeó con un brazo mientras esperaba a que saltaran del tostador las últimas tostadas.

—Y entonces a qué ha venido esa cara. —Me apretó contra él.

—No sé qué cara he puesto —negué queriendo desviar el tema.

—Paula —dijo en modo de advertencia.

—Todo está bien, de verdad. Soy muy feliz, a pesar de la pena —murmuré.

—Ven —me pidió que lo acompañara hasta la mesa y cogí las tazas de café para ayudarlo.

—Tengo hambre. —Cogí la primera tostada y empecé a untarle la mantequilla.

—Normal, te he hecho gastar muchas energías —sonrió pícaro.

—Me ha sentado de lujo —respondí con la boca llena, haciéndolo reír.

—¿De verdad no tengo de qué preocuparme? —insistió.

—No, es solo que…

—¿Qué?

—Que me da pena que esto se acabe. —Nos señalé.

—¿Y quién te ha dicho que eso va a suceder? —Levantó una ceja y me quedé cortada.

—Eh, bueno, no sé, yo. —Empecé a hablar sin decir nada.

—No te adelantes a los acontecimientos, vamos a disfrutar de lo que ha empezado entre nosotros y de los dos días que nos quedan.

—Dos —susurré y lamenté el que mis labios lo pronunciaran y no se hubiera quedado en mis pensamientos.

—Eso he dicho.

Al notar el tono divertido que utilizó lo miré a los ojos, y sí, su expresión acompañaba, dejándome claro cómo estaba. Me callé porque la conversación no iba como quería y el nudo en la garganta me impedía desayunar bien.

El tema quedó olvidado, con mis nervios cada vez peor. Hice un esfuerzo para que no se me notara, aunque no era muy buena ocultando mis sentimientos y emociones y por la sonrisa de Eric cada vez que me hacía volver a donde me iba, pensando, tuve claro que no lo conseguí mucho. Para apartar del todo lo que sentía me centré en querer planificar lo que haríamos ese día. No tardamos en prepararnos y estar montados en el coche en dirección a otro pueblo para visitarlo, con las pequeñas emocionadas.

Capítulo 13



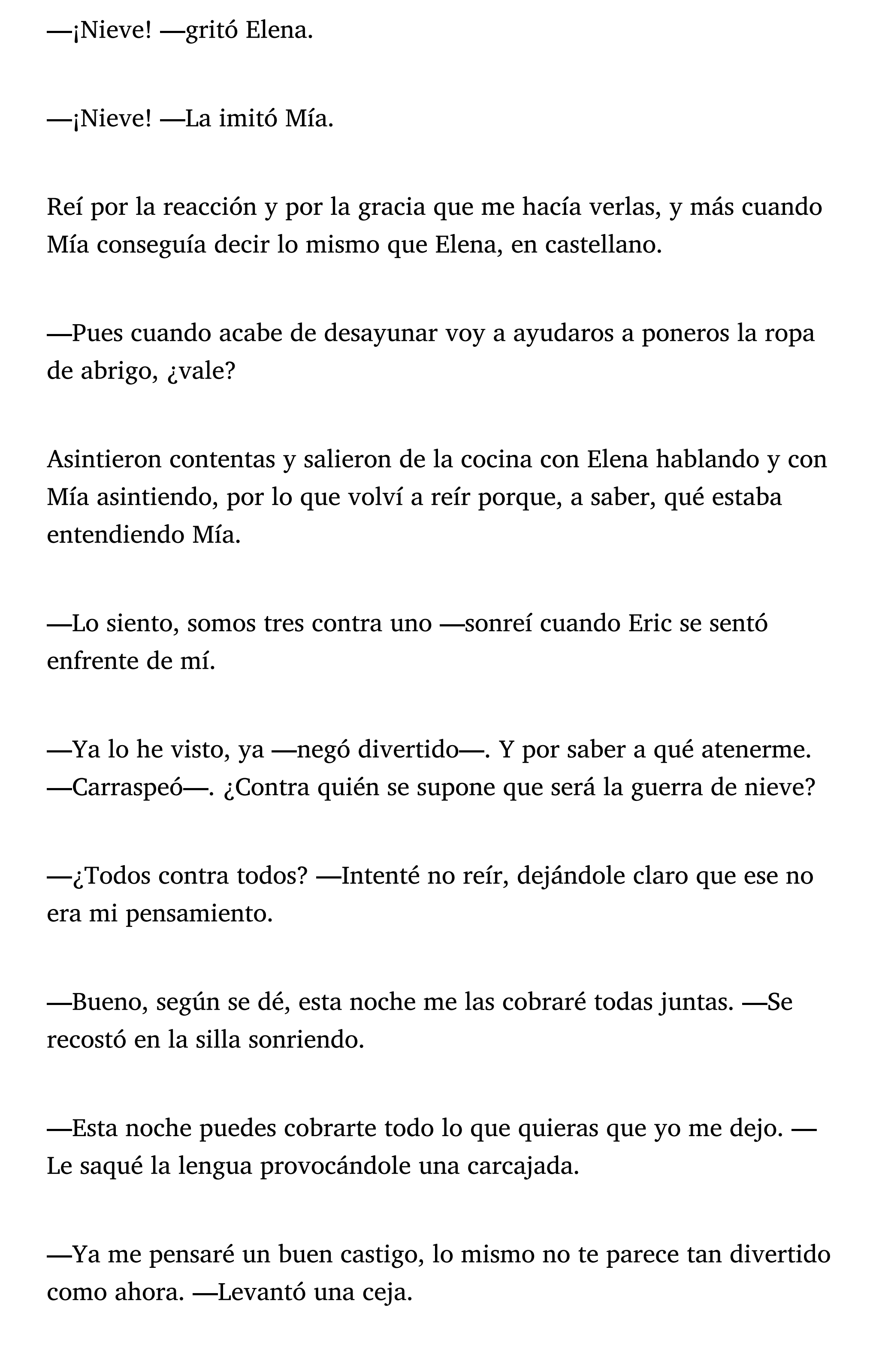
Veintiocho de diciembre, solté un suspiro mirando la fecha en el móvil. Hacía poco que me había despertado después de una noche igual o más intensa que las anteriores. Había necesitado un baño, el que me había sentado genial, aunque no había conseguido quitarme la sensación que se había acrecentado al ser el último día en la cabaña.

—No pasa nada, nos hemos ayudado mutuamente —dije mirándome en el espejo.

Y así había sido, en mejor momento Eric y Mía no habían podido aparecer en nuestras vidas, y solo esperaba que ellos tuvieran la misma sensación. Me animé a mí misma para pasar el último día divirtiéndonos y de esa manera salí montando una fiesta en mi cabeza hacia la cocina para desayunar.

Me acerqué a las pequeñas dándoles un sonoro beso que las hizo reír e hice lo mismo con Eric, pero en la mejilla provocándole una sonrisa. Me preparé un café con leche y me senté en la mesa, justo en el momento en el que las niñas se levantaban al haber terminado ya.

—Chicas. —Las llamé y se giraron—. ¿Qué os parece hacer una guerra de nieve? —sonreí de medio lado mirando de reojo a Eric.



—¡Nieve! —gritó Elena.

—¡Nieve! —La imitó Mía.

Reí por la reacción y por la gracia que me hacía verlas, y más cuando Mía conseguía decir lo mismo que Elena, en castellano.

—Pues cuando acabe de desayunar voy a ayudaros a poneros la ropa de abrigo, ¿vale?

Asintieron contentas y salieron de la cocina con Elena hablando y con Mía asintiendo, por lo que volví a reír porque, a saber, qué estaba entendiendo Mía.

—Lo siento, somos tres contra uno —sonreí cuando Eric se sentó enfrente de mí.

—Ya lo he visto, ya —negó divertido—. Y por saber a qué atenerme. —Carraspeó—. ¿Contra quién se supone que será la guerra de nieve?

—¿Todos contra todos? —Intenté no reír, dejándole claro que ese no era mi pensamiento.

—Bueno, según se dé, esta noche me las cobraré todas juntas. —Se recostó en la silla sonriendo.

—Esta noche puedes cobrarte todo lo que quieras que yo me dejo. —Le saqué la lengua provocándole una carcajada.

—Ya me pensaré un buen castigo, lo mismo no te parece tan divertido como ahora. —Levantó una ceja.

—Yo puedo. —Levanté el brazo sacando bola.

Reímos y me acompañó un poco mientras desayunaba, él ya lo había hecho. Al poco se levantó diciéndome que iba a preparar a las niñas para la guerra, lo que me hizo reír mientras iba al encuentro de las dos.

—Prepárate tú también, que eres más grande y alto y te llevarás la peor parte —grité escuchando su risa.

Terminé de desayunar y salí de la cocina dejándolo todo recogido, directa hacia la habitación para equiparme bien. El día estaba soleado y se agradecería aprovechar las horas de más calor, por decirlo de alguna manera. No tenía duda de que las pequeñas acabarían agotadas, pero tampoco de que lo disfrutarían al máximo.

Qué mejor que para cerrar esos días que un poco de diversión compartida entre todos.

—Tenemos que hacer bolas de nieve, así —dije arrodillada en ella enseñándoles a Elena y Mía lo que acababa de hacer.

Asintieron concentradas, a la vez, y sonreí pidiéndoles que hicieran una cada una.

—Perfecto —aplaudí emocionada y me quedé quieta de golpe cuando las bolas que habían hecho me dieron en el pecho.

Eric, que estaba un poco apartado, soltó una carcajada por la cara que se me quedó y lo señalé como diciéndole que iba a por él y sería el próximo. Más se rio y yo aproveché para coger a Mía al vuelo antes de que empezara a correr siguiendo a Elena, huyendo de mí.

Cosquillas, risas, besos y un poco de nieve por la cabeza, y el juego empezó corriendo cada uno hacia una zona mientras nos agachábamos formando las bolas de nieve, las que no tardaban en desaparecer de nuestras manos entre risas.

A Mía y a Elena les podía la risa al ver las bolas impactar con los cuerpos y más de una vez se fueron al suelo al perder las fuerzas. Otras tantas las cogimos al vuelo cuando las teníamos cerca al fallarles los pies por el esfuerzo de caminar sobre la nieve. Y el resto, acabaron bien rebozadas en ella sin poder parar de reír.

Cuando ya llevábamos un tiempo jugando, les hice un gesto a las pequeñas para que me imitaran, señalando disimuladamente a Eric. Después de varias risillas se agacharon concentradas en conseguir la mejor bola de nieve y se las lanzamos a la vez a Eric, que se quedó parado sin haberlas visto venir, o eso quiso hacer entender.

Elena se tapó la boca riendo, Mía la imitó al verla y yo solté una carcajada. Las de las niñas habían impactado con menos velocidad en la parte baja de su cuerpo, pero la mía lo había hecho con más fuerza y directa en la frente.

—Ha sido coincidencia —dije en alto, retrocediendo unos pasos hacia atrás, divertida, al ver su expresión.

—Coincidencia —repitió mientras se apartaba la nieve que le había quedado en la cara.

Solté un jadeo nervioso cuando lo vi empezar a correr en mi dirección, lo mismo hice yo empezando a dar vueltas sin poder parar de reír. Intenté controlarme para no perder fuerza en la carrera sobre la nieve, pero no lo conseguí riendo cada vez más mientras miraba hacia atrás.

No era la única que estaba así, Eric tampoco podía dejar de reír y las niñas alternaban las risas con un intento de animarme para que corriera más rápido.

Poco pude hacer cuando Eric se abalanzó sobre mí por la espalda y caí sobre la nieve, rodando con su cuerpo para quedar él abajo. Nos quedamos abrazados, sonriendo sin poder dejar de mirarnos.

—Gracias —susurró de repente

—¿Por qué? ¿Por dar en la diana? —Intenté no reír.

—Por hacerme reír, por hacerme feliz. —Se acercó a mis labios y los besó.

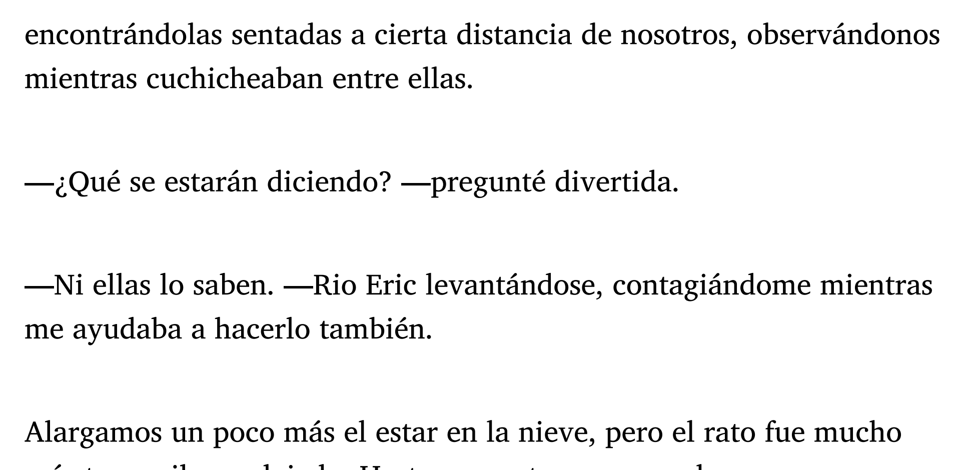
—Eric…

—Me has devuelto la ilusión, Paula. —Me retiró con caricias el pelo de la cara.

—Tú también. —Tragué saliva—. Yo no sé cómo agradecer que aparecieras en nuestras vidas en un momento tan…

—Schhh… —dijo poniendo un dedo sobre mis labios— todo estará bien y seréis felices. Tu amiga y mamá de Elena ahora mismo está sonriendo desde arriba por la suerte de tenerte y por cómo llevas la situación enfrentándola por Elena. —Varias lágrimas se escaparon de mis ojos, las que retiró con los guantes mientras asentía.

Se incorporó llevándome con él, dejándome sentada encima de sus piernas. Cuando nos recompusimos, buscamos con la vista a las niñas,



encontrándolas sentadas a cierta distancia de nosotros, observándonos mientras cuchicheaban entre ellas.

—¿Qué se estarán diciendo? —pregunté divertida.

—Ni ellas lo saben. —Rio Eric levantándose, contagiándome mientras me ayudaba a hacerlo también.

Alargamos un poco más el estar en la nieve, pero el rato fue mucho más tranquilo y relajado. Hasta que entramos cuando empezamos a sentir el frío con más intensidad, resguardándonos en la cabaña. Estuvimos delante del fuego el tiempo necesario para entrar en calor ya que Eric había dejado la chimenea encendida.

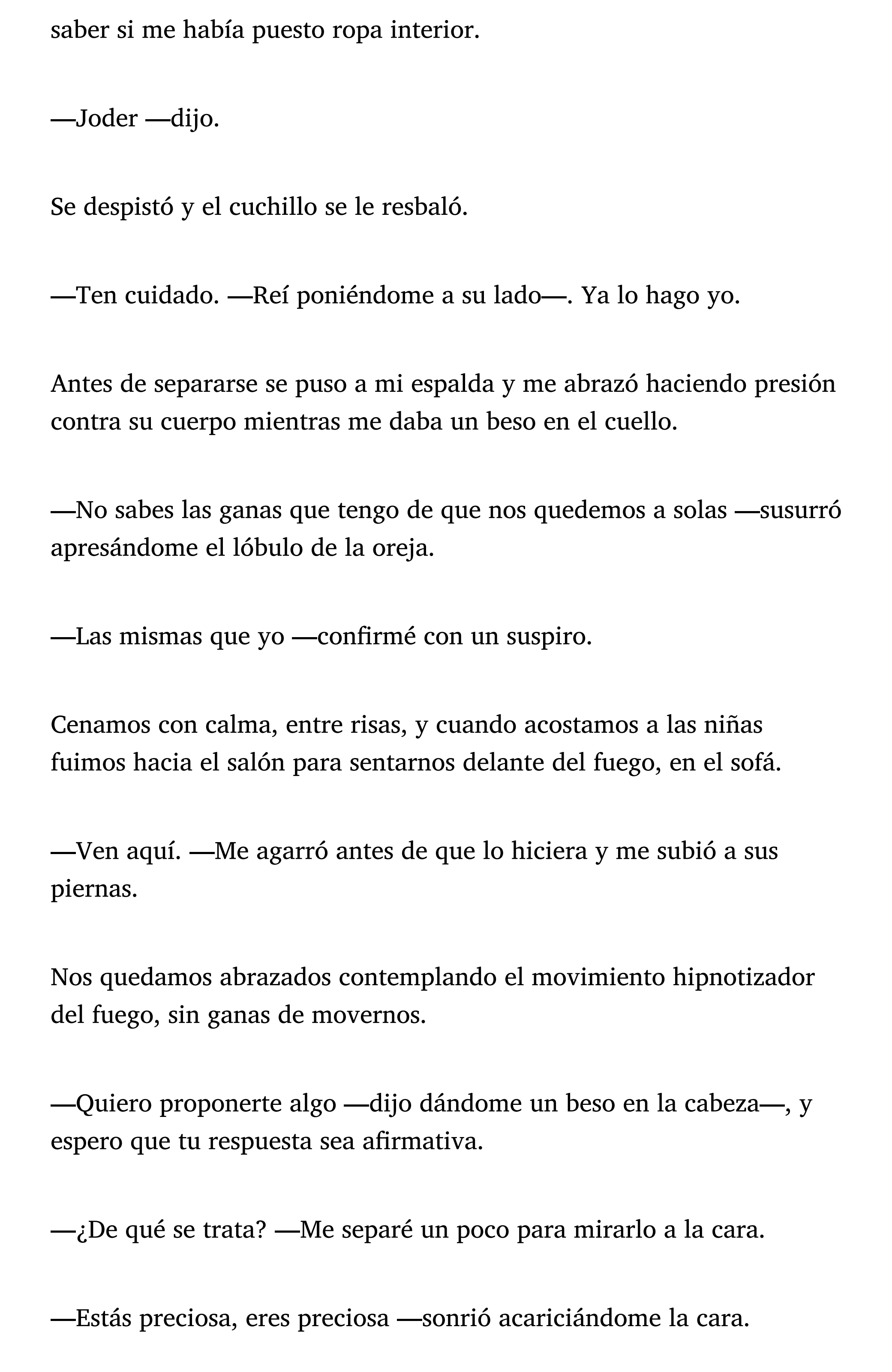
El resto del día lo pasamos relajados, nosotros viendo la televisión frente al fuego, las pequeñas jugando entre la habitación y el salón.

La noche llegó y mis nervios con ella también, a los que les di una patada para pasar lo mejor posible las últimas horas junto a todos. Salí del baño después de darme una ducha, con el pijama calentito y un polar porque a pesar de que la cabaña mantenía buena temperatura y el fuego había estado encendido todo el día, notaba que yo no conseguía entrar en calor como necesitaba.

Lo destemplada que estaba por los nervios, me dije soltando un suspiro. Sonreí al entrar en la cocina, donde estaba Eric preparando la cena.

—¿Bien la ducha? —preguntó mirándome.

—Perfecta —sonreí y me fijé hacia dónde miraba, por lo que reí—. Estás imaginando bien. —Hice referencia a que estaba intentando


saber si me había puesto ropa interior.

—Joder —dijo.

Se despistó y el cuchillo se le resbaló.

—Ten cuidado. —Reí poniéndome a su lado—. Ya lo hago yo.

Antes de separarse se puso a mi espalda y me abrazó haciendo presión contra su cuerpo mientras me daba un beso en el cuello.

—No sabes las ganas que tengo de que nos quedemos a solas —susurró apresándome el lóbulo de la oreja.

—Las mismas que yo —confirmé con un suspiro.

Cenamos con calma, entre risas, y cuando acostamos a las niñas fuimos hacia el salón para sentarnos delante del fuego, en el sofá.

—Ven aquí. —Me agarró antes de que lo hiciera y me subió a sus piernas.

Nos quedamos abrazados contemplando el movimiento hipnotizador del fuego, sin ganas de movernos.

—Quiero proponerte algo —dijo dándome un beso en la cabeza—, y espero que tu respuesta sea afirmativa.

—¿De qué se trata? —Me separé un poco para mirarlo a la cara.

—Estás preciosa, eres preciosa —sonrió acariciándome la cara.

—Normalita —sonreí avergonzada.

—Para mí —se acercó a mis labios—, eres todo eso y más, muy especial. —Me besó.

—Dices cosas muy bonitas. —Me ruboricé rodeándole el cuello con los brazos.

—La verdad, eso es lo que digo. —Me dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Qué ibas a decir?

—Hoy es el último día, solo queda la noche y nos iremos de aquí.

—Sí, lo sé de sobra —asentí.

—Pues no quiero que sea el último. —Me miró con intensidad.

En ese instante sentí una sensación que no podría explicar. Mi corazón empezó a bombear con más intensidad, los nervios me recorrieron entera mientras varios escalofríos hacían lo mismo sin poder dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Quiero pasar el resto de las fiestas con vosotras. —Me puso un dedo sobre los labios para que no lo interrumpiera—. Quiero que cuando salgamos de aquí mañana, vayamos al hotel para que cojáis vuestras cosas y volver a la mía. No concibo separarme de vosotras —negó.

—Eric… —dije emocionada con los ojos humedecidos.

—Lo quiero de verdad, Paula. —Me acarició las mejillas—. Nunca pensé que llegara este momento, nunca imaginé que después de lo que he vivido pudiera abrir las puertas de mi casa a otra mujer, en el sentido que tú representas para mí.

»Pero es lo que quiero, es lo que necesito y no quiero privarme de ello, de ser feliz. Eso es lo que provocas en mí. No puedo pensar en perder la segunda oportunidad que la vida me ha brindado y me ha puesto por delante.

»Necesito seguir disfrutando lo que hemos vivido estos días, necesito seguir sintiendo todas las emociones y sentimientos que me provocas, provocáis, porque solo vosotras sois las responsables de ello.

»Ver la alegría y felicidad en Mía me llena aún más el corazón, al igual que lo hacéis vosotras. Si necesitas pensarlo hasta mañana, hazlo, pero no me des una respuesta precipitada si tienes que meditarlo. Lo entenderé y soñaré con la respuesta que necesito tener.

—No —murmuré.

Su expresión cambió mientras asentía decaído. Me acerqué a él y le acaricié la cara y el pelo, mientras me acercaba a sus labios, rozándoselos.

—He dicho que no porque no tengo que pensar nada —hablé sobre ellos—. Mi respuesta es sí, un sí rotundo desde ya.

Lo besé con ganas, emocionada, beso que no tardó en corresponderme de la misma manera mientras los ojos se nos humedecían a los dos. Esa noche, después de dejarnos llevar entre las sábanas en un encuentro que fue calmado y lleno de amor, donde los mimos y atenciones tomaron el control haciéndose los protagonistas, nos



quedamos dormidos abrazados, piel contra piel.

Capítulo 14



Íbamos de regreso para el pueblo después de haber pasado los días más bonitos que jamás podría haber imaginado. Todo había salido tan bien que hasta podía sentir que mi corazón estaba un poquito más lleno.

Me daba pena dejar atrás un lugar como la cabaña y todo el entorno que la rodeaba, pero, sabía que me quedaban unos días muy bonitos por delante junto a estas dos personas que parecían que ya formaban parte de nuestras vidas.

Las niñas iban sentadas atrás con sus manos unidas y viendo unos dibujitos en la pantalla del techo que tenía el coche. Sonreí mirándolas tan felices y compenetradas.

Eric me miró un segundo y me hizo un guiño. Le acaricié el brazo. Se le veía a un hombre muy diferente al que conocí, mucho más divertido y fluido, sin esa barrera que casi lo separaba del mundo.

Paramos a comer por el camino ya que se nos echaba la hora encima y las pequeñas exigían que se les llenara el estómago.

Llegamos al apartamento y recogimos nuestras cosas antes de entregarle al chico las llaves. Nos penalizó con una noche, pero me

devolvió el resto de dinero de los días que no íbamos a usar ya de la reserva. La verdad es que se portó genial en ese aspecto cuando yo ya daba por perdido todo.

Su casa tenía justo al lado una puerta de garaje por la que accedimos a la casa desde el interior una vez que aparcamos el coche. Tenía dos accesos, la puerta principal y esta. Estaba genial porque los días de frío no tenías que salir para entrar por el otro lado.

La casa era de revista, de diseño por completo, no le faltaba un detalle y había dos cuadros de él con su mujer y la niña. Era preciosa, se le veía una mirada limpia y una sonrisa muy bonita. Me estremecí al recordar que había corrido la misma suerte que mi amiga Diana.

—Es muy guapa —murmuré cuando él se acercó a mí.

—Sí, y era muy buena persona. Un poco sargento, pero todo lo hacía por llevar bien nuestras vidas —sonrió con tristeza.

—Seguro que allá donde esté tiene la paz que se merece.

—Quería comentarte que nos vamos a acomodar en un dormitorio de invitados que está sin estrenar y tiene cama de matrimonio. Me da cosa meternos en la misma…

—No me des explicaciones, lo entiendo a la perfección. —Le acaricié la barbilla—. Yo tampoco metería en la misma cama a otra persona.

Las pequeñas se habían ido ya a la habitación de Mía que se la enseñaba y señalaba dónde iba a dormir ya que era una cama nido que se abría y había otra más. Tenía un dormitorio precioso, no le faltaban juegos de madera que me parecían de lo más bonitos y

didácticos.

Fuimos a la habitación donde nos íbamos a alojar que era inmensa. Tenía su propio baño y unos armarios de película.

Me terminó de enseñar la casa, cada habitáculo más bonito que el anterior. Su dormitorio de matrimonio era una pasada, al que no le faltaba ni el más mínimo detalle. Tuvieron mucho gusto con cada diseño.

Duché a las pequeñas mientras él preparaba la merienda. Les secaba el pelo a las dos a la vez que pedían el aire del secador a forma de juego. Parecían mellizas, si es que habían formado un vínculo del que les iba a costar separarse cuando llegase el día. Aunque a mí también me pasaría lo mismo con Eric. Era consciente que luego me esperaría una época triste ya que lo echaría de menos, pero por ahora, y como me decía a mí misma, había que vivir el momento.

Las niñas merendaron a la velocidad de la luz con tal de regresar a la habitación a jugar con la infinidad de juguetes que tenía Mía y que compartía con Elena gustosamente.

Me contó que en Suiza el día de Reyes también era una fecha igual que en España, incluso tenían la Rosca. Hablamos de comprar regalos a las nenas para ese día, al igual de que íbamos a celebrar el día de fin de año como lo hicimos en Nochebuena con una mesa especial.

Veía en su rostro que cuando hablábamos de planear a él se le dibujaba una sonrisa en los labios y se involucraba por completo. Se ponía a dar infinidad de ideas que a mí me parecían geniales.

Llamaron a la puerta y él salió a abrir y escuché la voz de una señora mayor pero que no entendía lo que le estaba diciendo. Eric entró y me

dijo que iba a ayudar un segundo a la vecina de la casa de al lado que se le había fundido la luz del salón y no tenía a quién avisar para cambiarla.

Cuando regresó sirvió un licor de plátano con hielo que le habían regalado unos clientes de un viaje a Canarias. Me hizo gracia. Estaba riquísimo y entraba solo.

Nos pasamos toda la tarde en el salón. Eric había quitado la foto de su mujer, no por un acto de hacerla desaparecer, sino para sentirse más cómodo y no estar visualizándola para no sentirse de algún modo como si estuviera haciendo algo malo. Lo entendía por completo.

Para la cena pidió que nos trajeran unas *pizzas* hechas en horno de leña que tenían una pinta increíble. Finas y crujientes como a mí me gustaban.

Las niñas estaban cenando y cayéndose de sueño, aunque habían dormido a ratos en el coche, durante la tarde no se habían echado la siesta por jugar y ahora estaban rendidas.

Las acostamos y nos quedamos un rato en el sofá antes de irnos a la cama donde nuestros labios siguieron buscándose. Terminamos desnudos y haciéndolo para intentar frenar un poco esos deseos que nos acechaban continuamente. De que nos deseábamos, nos deseábamos, de eso no había la menor duda.

Nos quedamos dormidos desnudos en esa cama que estrenábamos por primera vez y en la que antes nadie había dormido. Parecía que estaba ahí para nosotros, esperándonos.

A la mañana siguiente nos levantamos a la vez ya que tenía que irse a una firma. Ya lo habíamos hablado y yo me quedaría con las nenas y

las sacaría más tarde a dar una vuelta por la plaza donde él nos daría el encuentro cuando terminase.

Tomamos el café mientras yo sonreía de verlo tan guapo, con un traje que le quedaba a la perfección y que le hacía de lo más elegante y sexy. Tenía muchísima clase.

—Estás irresistible. —Hice como si me fuera a golpear la cabeza con la encimera—. No puedo verte así. —Me estaban dando ganas de tirarlo sobre la mesa y caer encima de él—. ¿Cómo puedes ser tan perfecto?

—No soy perfecto. Eres tú quien me mira de esa manera.

—Yo, y todas las que se te crucen por el camino. Por Dios. —Lo señalé recorriendo su cuerpo con mi mano en señal de que mejor que eso, imposible.

—Luego nos veremos las caras. —Tenía la risilla suelta mientras agarraba mi cara y me besaba—. Me voy, sobre la una os doy el encuentro.

—Vale. Contaré los minutos —dije sonrojándome a la vez.

—Yo también, no pienses que eres tú sola.

Se marchó dejándome aquí con una sonrisa tonta que no conseguía quitar de mi cara. Las pequeñas aparecieron pidiendo su desayuno mientras me rodeaban cada una, por un lado.

Les di el desayuno a las niñas y luego las vestí bien abrigadas y me las llevé a la calle en el carrito de Mía que tenía para ir una sentada y otra de pie en un peldaño que tenía especial para ir así agarrada al

manillar del carrito del que yo empujaba. Las iría turnando.

Me llamó la atención una tienda que era lo más dulce que había visto en mi vida. Las tonalidades eran una pasada que hacía que la decoración luciera más llamativa para captar la atención de los clientes, y vaya si lo conseguían.

Me llamaron la atención dos velas cuadradas blancas con purpurina color dorada y rosa, el mismo tono que el lazo que la rodeaba para dejar como parte delantera unas preciosas moñas que tenían en el centro un mini piña de madera. Cogí las dos para ponerlas al día siguiente en la cena. Hasta cogí unas servilletas de papel de la misma gama. Con la emoción de poner una mesa de fin de año en condiciones, terminé comprando hasta unas copas a juego y un mantel. Metí la bolsa con las cosas debajo del coche que tenía una buena cesta ya que era alto.

Y ya que estaba por esa zona de tiendas, con toda esa decoración que llamaba la atención, decidí comprar algunos adornos navideños para decorar el salón de la casa.

No es que fuera a poner un árbol de Navidad enorme ni nada de eso, pero al menos unas guirnaldas de luces, unos calcetines para cada uno donde poner chuches la noche que los Reyes dejaran los regalos, y algunas de esas bolas de nieve con muñecos que me encantaban.

Coloqué a Elena en el carrito sentada y bien abrigada mientras que Mía iba de pie. Aquel angelito rubio me miraba de vez en cuando con una sonrisa de esas que a mí me hacían emocionarme. Le di un beso en la frente y seguimos con nuestro momento de chicas en busca de los adornos navideños adecuados para sorprender a su padre.

Paré en una pastelería y compré un dulce para cada una, más que

nada porque al pasar por delante, las niñas se quedaron mirando con la boca abierta, casi podría jurar que se les caía la baba.

—Gracias —dijeron ambas sonriendo cuando les dio su bollito.

—De nada —contestó la mujer con una amplia sonrisa—. Tienes unas hijas preciosas —me dijo.

—Sí que lo son, sí. —No la saqué de su error, no por nada, sino porque yo misma sentía a esas dos chiquitillas como si fueran mías, a pesar de no serlo—. Que tenga un buen día. —Me despedí al salir.

—Muchas gracias, querida, igualmente. Que sigáis disfrutando del día.

Fuimos de tienda en tienda y le iba preguntando a las niñas qué les gustaba para comprarlo.

Si no llevaba cuatro bolsas con adornos de lo más variados en la cesta de la parte baja del carrito, no llevaba ninguna.

Pero ¿y lo bien que lo habíamos pasado las tres escogiéndolos?

Otro escaparate llamó mi atención y es que parecía que estaba puesto para mí. Un reno blanco con una bufanda en los tonos de lo que había comprado me llamaba pidiendo a gritos que lo llevara con nosotras. Era una preciosidad que quedaría muy dulce en el salón como adorno grande. No sabía si debía o no atreverme a decorar su casa, pero ¿qué de malo tenía poner ahí un adorable reno para que nos hiciera compañía durante estos días que quedaban de fiesta? Además, ni cagaba, ni comía, ¿qué de malo iba a tener?

Lo compré y me di la vuelta para regresar a la casa y dejarlo todo allí.

Al llegar a la casa y como teníamos algo de tiempo, lo primero que hicimos fue quitarnos los abrigos y puse el mío a secar, había estado nevando un poquito cuando ya nos veníamos, y estaba algo mojado.

Nos sentamos en el sofá con todas las bolsas y fuimos seleccionando los adornos y echando un vistazo a ver dónde podíamos ponerlos.

En cuanto decidimos el lugar de cada uno, fuimos colocándolos todos, e incluso encendimos las luces de las guirnaldas que habíamos colocado en las ventanas por fuerza.

Coloqué el reno a un lado de la chimenea, y las niñas quedaron la mar de encantadas al verle allí puesto, desde luego que ese reno estaba hecho para ese salón. Dejé el resto de las cosas en las bolsas puesto que era para adornar la mesa al día siguiente.

—Ahora sí que tenemos un ambiente navideño aquí, niñas —dije mientras tenía a ambas cogidas de mi mano.

—Mami —murmuró Elena mirándome.

—Sí, mi niña, a tu mami le habría gustado.

—Sí —sonrió y la besé en la cabeza.

Nos quedamos en silencio mirando por la ventana contemplando las luces encendidas, Elena me rodeaba con sus bracitos por las piernas y tenía la cabeza apoyada en una de ellas, mientras que Mía sonreía sin soltarme de la mano.

Aquella estaba siendo la Navidad más difícil para mi niña, la más triste, pero dentro de eso, del dolor y del desconsuelo, los ratitos en

los que la veía feliz, sonriente e incluso riendo a carcajadas, esos eran los que me daban a mí la vida.

Eran el motor que ponía en marcha mis días, procurando que cada uno que pasaba fuera mejor que el anterior.

Sí, nos faltaba su mamá, y no podía hacer nada para que regresara con nosotras, pero sí que podía darle a Elena las navidades más inolvidables de su vida.

—¿Zumo? —preguntó Mía.

—¿Queréis un zumo? —ambas asintieron— Pues vamos a por un zumo y después salimos para ir a ver a tu papá.

—¿Trabajando?

—Sí, cariño —reí—, tu papá está trabajando, pero seguro que te echa de menos y quiere verte.

Les di un zumo a cada una que no tardaron apenas nada en tomarse, les volví a poner los abrigos, ya había dejado de nevar así que, al menos, haber hecho algo de tiempo nos vino bien.

Acomodé a las niñas en el carrito, se despidieron del reno con la manita, y esta vez fuimos directas a la plaza donde un rato después apareció Eric tan guapo que deslumbraba. Le quedaba el abrigo de paño de infarto, ese que me iba a dar a mí en el día de hoy, al verlo tan impecable para trabajar.

Comimos en un restaurante cercano y luego nos fuimos hacia la casa ya que la nieve no daba tregua y hacía un frío cada vez más intenso.

Estaban bajando las temperaturas mucho en tan poco tiempo.

Cuando Eric vio el reno y el resto de decoración, se echó a reír, pero tomándoselo de lo mejor. Me acarició la nuca mirándome con un brillo que lo hacía mucho más especial de lo que ya lo era. Decía que toda la mañana tuvo el presentimiento de que se iba a encontrar con que yo había hecho una de las mías para que su casa se vistiera un poco de esta festividad. Acertó por completo, me iba conociendo.

Pasamos toda la tarde relajados en el sofá con las niñas que iban y venían de la habitación. Luego nos metimos en la cocina a preparar unos sándwiches al estilo de Eric, como él decía.

Ese día le tenía muchas ganas a Eric por lo mal que lo había pasado viéndolo así vestido. Nunca me habían llamado la atención los hombres en traje, pero lo de Eric era pecado. No solo tenía planta, también tenía estilo y lo llevaba perfectamente a su cuerpo, cosa que era lo que no sabían hacer muchos hombres.

Y toda esa tensión la fuimos soltando tal y como traspasamos la puerta de la habitación y comenzamos a desnudarnos a toda prisa como si el tiempo jugara en nuestra contra.

Nos comíamos a besos, bocados, nos tocábamos incesantemente, nos deseábamos tanto que parecía que necesitásemos traspasarnos el uno al otro. Terminamos en el suelo, con sonrisas que se escapaban tras unos jadeos que no dejaban de cesar. Juntos éramos dos leones luchando por hacer del otro una presa. Jamás tuve esa sensación de deseo tan grande en mi vida ni disfruté como lo hacía con él. Me dejaba agotada por completo y con las piernas temblando por un buen rato.

Me abracé a él una vez en la cama y besé su pecho, ese que era suave

como toda su piel. Me encantaba sentirla con mis labios que deslizaba por su torso firme y fibrado. Estaba bebiendo de las mieles de la vida, esas que tenía los días contados pero que yo quería vivir a cada segundo.

Capítulo 15



Último día del año y amanecía entre los brazos de un Eric que me miraba con una sonrisa de oreja a oreja y me daba unos buenos días que sonaban a la más dulce melodía.

Las niñas entraron armando un escándalo de gritos y risas mientras exigían su desayuno. Las cogimos a la vez y las metimos en el centro de la cama para hacerles cosquillas. Ahora sí que chillaban tipo opera. Lo que nos reímos no estaba pagado. Creo que nos pidieron que parásemos hasta en chino. Salía de todo por sus bocas.

Me hacía gracia que hasta entre ellas estaban usando palabras de la otra, estaban mezclando los idiomas y aprendiendo a la vez. Elena ya no decía agua, lo decía en francés, «*eau*». Yo me moría con ellas.

Les dimos el desayuno antes de irnos a la calle a hacer algunas compras para la comida y sobre todo para la cena. Llevamos los dos carritos y nos dirigimos a la otra parte del pueblo donde estaba el mercado para comprar la verdura, carne y pescado fresco.

Al final nos decantamos por unos langostinos para hacer a la plancha y un pescado tipo dorada muy grande para hacerla al horno para todos. De carne decidimos coger medio cochinillo para hacerlo al día siguiente al horno y freír unas patatas para acompañarlo.

Compramos pan de leña en un obrador, donde además adquirimos unos dulces tipo bollos rellenos que estaban de lo más esponjosos. Para las niñas cogimos dos huevos grandes de chocolate con premio dentro, tipo los Kinder Sorpresa. Le pusimos uno a cada una en sus manos y lo llevaban como un tesoro que debían guardar hasta la merienda. Con esa condición se lo habíamos comprado.

Luego le pedí a Eric que nos dirigiésemos a una tienda de pijamas que había muy bonita. Quería comprar cuatro iguales con tonos rojos para esta noche tan especial. Encontramos unos muy bonitos y Eric me hizo el tres cuarenta y los pagó también él. No me dejó ni la más mínima posibilidad de hacerlo, se aprovechó de que lo conocían y le tenían mucho respeto, así que, si él decía que le cobraran a él, cogían su tarjeta y no la mía. Salí hacia fuera un tanto enfadada.

—Era mi regalo para todos —protesté una vez fuera.

—Lo tomamos como tal, no te enfades.

—Pero me da rabia, quería pagarlo yo —dije con tristeza y a él se le cambió la cara.

—Vale, disculpa. ¿Qué tal si entras y compras las zapatillas que había a conjunto?

—Sí —sonreí feliz y es que al salir las había visto. Antes no me había dado cuenta.

Entré y las compré. Eric me esperó fuera con las niñas. Yo quería que tuvieran esa noche un regalo mío y me había dado rabia de que se metiera por medio, pero ahora, todo solucionado ya que no solo llevaba las zapatillas, aproveché y cogí otros conjuntos de pijamas para el día siguiente que era fiesta y lo pasaríamos en la casa. El

karma para Eric, pensé mientras salía hacia fuera feliz por la jugada que no me había salido del todo mal. Cuando se lo enseñé en la misma puerta de la tienda negó riéndose.

—Ya te has quedado tranquila —murmuró echando su brazo por encima de mi hombro.

—Muchísimo. La próxima vez no me la juegues o haré a partir de ahora eso, comprar el doble.

—Te puedo arruinar.

—No creo, tampoco soy tonta —me reí—. Y miro mucho por el dinero. Lo que pasa es que hay momentos que no hay mejor inversión que gastarlo en las personas que te regalan su tiempo y te abren su vida.

—Eso te quedó muy bonito. —Me apretó contra él y con la otra mano llevaba el cochecito.

Regresamos a la casa para ponernos cómodos y hacer la comida. Escuché una risa de mi niña que era del tono de cuando estaba haciendo una de las suyas, y eso que no solía ser a menudo. Me asomé y me eché a reír viéndolas montadas en lo alto del reno que lo habían pegado al sofá para poder subirse. Eric les tiró una foto sin dejar de reírse.

—Tenemos aquí una banda organizada en cuanto a trastadas se refiere —dije muerta de risa al ver que las dos se bajaban del sofá para colocar el reno en su sitio.

—Eso parece, son como Thelma y Louise.

—Les falta Brad Pitt. —Volví a reír.

—Si con dos nos sorprendemos por lo que hacen, con tres no daríamos a basto.

Razón no le faltaba, porque esas dos niñas eran dos pequeños terremotillos que te sorprendían con alguna cuando menos lo esperabas.

Después de comer las niñas se echaron a dormir en un sofá y nosotros nos pusimos en el otro a ver una película de suspense. Creo que no vi los cinco primeros minutos cuando ya estaba con los ojos cerrados.

Nos despertamos a las cinco de la tarde, momento en que Eric nos dejó a las tres tapaditas en los sofás y se fue a prepararnos la merienda. Trajo la bandeja de dulces que compramos en el obrador y las niñas abrieron sus huevos de chocolate a los que les tenían tantas ganas.

Las niñas estaban desatadas, parecían que las habían poseído durante la siesta. No dejaban de moverse, hablar a su modo porque lo querían decir todo y no se les entendía nada, pero ellas no dejaban de reír y hacer pedorretas con la lengua y reírse de ellas mismas. Eric y yo las mirábamos con la risilla suelta viendo la revolución que tenían.

A las dos les tocó lo mismo dentro del huevo. Un cofre con moneditas en miniatura de color oro. Hasta donde las entendimos, tenían un tesoro para comprar un castillo. Eso después de intentar descifrar ese juego de palabras que se traían. Tenía unas ganas enormes de que Elena comenzara a hablar de forma fluida, aunque reconozco que también era bonito ver cómo, poco a poco, iba avanzando en tener más vocabulario.

Después de la merienda dejamos a las niñas en el sofá, rodeadas de cojines y alguno más por el suelo no se fueran a dormir y darnos otro susto, y fuimos a preparar todo para esa última cena del año.

Cocinamos la mar de compenetrados, bebiendo vino y robándonos algún que otro beso cuando nos encontrábamos, por no hablar de esos roces de manos o sus caricias cada vez que tenía oportunidad.

—Voy a bañar a las pequeñas para ponerles el pijama —dije cuando teníamos todo listo y la carne aún en el horno.

Eric me cogió por la cintura atrayéndome hacia él, grité mientras me reía en el proceso y cuando vi el calor en sus ojos, sentí un escalofrió que me atravesó de pies a cabeza.

Cuando posó sus labios en los míos, cerré los ojos rodeándole con ambos brazos por el cuello.

Eran esos momentos de espontaneidad los que me tenían loca, porque sin esperar que lo hiciera, conseguía prender esa llama que me encendía hasta que ambos nos echábamos a arder en la habitación.

—Cuando acabes de ducharlas, me quedo con ellas y te duchas tú —dijo y asentí.

—Perfecto, y luego será tu turno —sonreí y le di un beso en la mejilla antes de ir a por las niñas—. Hora del baño, princesitas.

—¿Pijamas? —preguntó Elena con su sonrisilla.

—Sí, cariño, y os pongo los pijamas nuevos.

Las dos me cogieron de la mano y fueron parloteando hasta el cuarto de baño, duché a Mía y después a Elena, les puse los pijamas y cuando tenían el pelo seco, salieron corriendo y gritando, llamando a Eric.

Me eché a reír mientras cogía mi ropa, me di una ducha rápida y en cuanto estuve lista y cómoda, preparada para despedir el año y recibir el nuevo, fui hacia la cocina donde encontré a las dos niñas colocando Lacasitos en un plato para cada una.

—¿Y esto? —reí.

—Uvas —contestó Elena volteando los ojos como si yo fuera tonta y no me diera cuenta.

—Sus doce uvas —dijo Eric sonriendo.

—Pues voy a preparar las nuestras también.

Coloqué en un platito las doce uvas para Eric y para mí, y cuando estaban listas, empecé a preparar la mesa con todo lo que había comprado para esa noche, mientras él se duchaba y ponía el pijama.

Cuando Eric apareció con la bandeja de pan, se quedó mirando la mesa y sonrió.

—¿Te gusta?

—Está preciosa. —Me dio un beso en la frente y terminamos de poner toda la comida en la mesa.

Las niñas se sentaron y al igual que nosotros, disfrutaron de aquellos

platos que su padre y yo habíamos preparado con tanto amor e ilusión para una noche mágica como esta.

Después de la cena y de recoger todo, las dos estaban de lo más nerviosas preguntando cuándo podrían comerse sus uvas. Que no iban a ir coordinadas con cada campanada, de eso estaba segura, pero que las dos eran unas golosas de cuidado y lo que querían era hincarle el diente al chocolate.

—¡Vamos, que empiezan! —dije llamando a Eric, que había ido a por el champán para nosotros y el zumo para ellas.

—¡Papá! —gritaron al unísono, y me eché a reír al igual que él cuando entró en el salón.

Una a una, nos tomamos las doce uvas y en cuanto llegué a la última, me puse en pie para gritar.

—¡Feliz año nuevo!

—¡Año Nuevo! —gritaron ellas levantando las manos y Eric y yo nos echamos a reír.

Eric me cogió por la cintura y me dio un beso en la comisura de los labios, le rodeé con ambos brazos por el cuello y cerré los ojos mientras inhalaba ese perfume que sabía que echaría tanto de menos en unos días.

—Feliz año nuevo, preciosa mía.

—Feliz año nuevo, Eric. —Nos miramos fijamente y pude ver que él pensaba en eso mismo que yo, que la cuenta atrás acababa de

comenzar con la llegada del uno de enero.

Brindamos con las niñas, bailamos con ellas y comimos dulces navideños, hasta que a ambas comenzaron a cerrárseles los ojos y las llevamos a la cama.

—Están rendidas —reí al volver al salón, donde empezamos a recoger todo mientras nos tomábamos una copa de champán.

—Y tú ¿cómo estás? —preguntó abrazándome desde atrás.

—Bien, bien —sonreí mordiéndome el labio.

—¿No estás cansada?

—No.

—¿Ni un poquito?

—Ni una pizquita.

—Pues no te preocupes, que ya hago yo que te canses —murmuró cogiéndome en brazos.

Me eché a reír y no tardó en callarme con un beso mientras me llevaba a nuestra habitación.

Fue entrar y dejarme en la cama, y comenzamos a desnudarnos el uno al otro con esa urgencia que sentíamos.

No cesaron los besos como tampoco lo hicieron las caricias, nuestras

manos recorrían el cuerpo del otro por cada rincón y el mío se estremecía a cada centímetro que las yemas de sus dedos avanzaban.

Llevó una mano entre mis piernas, gemí al sentirlo deslizando el dedo entre la humedad de mis labios vaginales, y cuando comenzó a penetrarme al tiempo que con la lengua lamía un pezón y después el otro.

Volvió a besarme y tiré de su cabello atrayéndole más a mi boca, llevando aquel beso a un nivel superior de lujuria y pasión.

Besar a Eric se había convertido en mi momento favorito del día, ese en el que bien podría parecer que estaba degustando mi dulce favorito. Y a todas luces lo era.

Siguió penetrándome con el dedo al mismo tiempo que su pulgar jugaba sobre mi clítoris, llevándome a ese precipicio del que acabaría cayendo enloquecida por el orgasmo.

Pero no me dejó acabar en ese momento, sino que, con un camino de besos, lento y de lo más tortuoso, llegó hasta mi sexo dejando un beso en cada zona interior de mis muslos, y deslizó la lengua por toda mi zona haciéndome gritar de placer.

Siguió con aquella dulce tortura que me llevó hasta el orgasmo, ese que liberé gritando y con la espalda arqueada, hasta que el último retazo desapareció y Eric dejó de pasar la lengua por mi sensibilizada zona.

Me hizo arrodillarme en la cama, se colocó a mi espalda y fue así como se unió a mí, entrando y saliendo cada vez más rápido y fuerte, llenando mi ser de su masculinidad y haciéndome gemir y gritar su nombre.

Minutos después volvió a recostarme en la cama, y la fogosidad quedó en un segundo plano mientras en ese momento me hacía el amor de la manera más tierna y dulce que podía imaginar.

Eric me miraba a los ojos, me acariciaba la mejilla, el cabello, me besaba con ternura y me abrazaba mientras se unía a mí en ese instante de conexión.

Sentí que me hacía rodar por la cama y acabé a horcajadas sobre él, momento en el que me dejé llevar por lo que necesitaba y sentía, y comencé a moverme arriba y abajo, contoneando las caderas, y llevando a Eric al borde de la locura como él me llevaba a mí.

Se incorporó, abrazándome con fuerza mientras me besaba con esa urgencia que ya conocía, y no tardó en llevar ambas manos a mis caderas para moverme al mismo tiempo que yo lo hacía, agarrada a sus hombros mientras mis gemidos morían en sus labios.

Estaba cerca, podía sentirlo, y él también lo notaba.

Era tal la conexión que teníamos que cuando llegaba el momento, los dos lo sabíamos y nos preparábamos para ello.

Rompimos el beso, me incliné con la frente apoyada en su hombro y él la suya en mi pecho, y gritamos liberando el clímax que habíamos alcanzado en ese instante.

Recuperamos el aliento mientras permanecimos así, sentados y abrazados en la cama, nos besamos y tras una de esas miradas que lo decían todo, nos recostamos en la cama abrazados para dormir en esa primera noche del año nuevo que habíamos recibido juntos con nuestras dos pequeñas.

Capítulo 16



Me desperté un tanto triste ya que el tiempo corría en mi contra y los días desde fin de año habían pasado en un visto y no visto.

Teníamos los regalos de Reyes preparados en el salón para cuando las niñas se despertaran. Durante estos días nos habíamos encargado de comprar todo sin que ellas se dieran cuenta.

Abracé a Eric que me miraba con media sonrisa y podía ver la tristeza en sus ojos. Al día siguiente nos separaríamos y daríamos por concluida una historia que habíamos vivido de lo más bonita.

No hablamos del tema en estos días porque en cierto modo a los dos nos producía tristeza saber que nuestros caminos se bifurcarían e iba a ser un *shock* no solo para nosotros, sino también para las niñas que no se habían separado ni un solo momento.

Veinticuatro horas para de nuevo perder a dos personas con las que habíamos pasado unas fiestas que se quedarían en nuestros corazones para toda la vida.

—Buenos días, preciosa. ¿Vemos si los Reyes se acordaron de nosotros? —Echó un mechón de pelo hacia atrás y me besó los labios.

—Buenos días, sí —murmuré con un nudo en la garganta que no pude evitar que sonara de los más triste. Me abrazó fuerte y tuve que reprimir las lágrimas.

Escuchamos a las niñas chillar desde el salón y sabíamos que habían descubierto sus regalos. Nos levantamos y fuimos hasta allí. Saltaban sobre el sofá tocando las palmas y felices mirando cuántos regalos tenían ante ellas. No les habíamos envuelto nada, todo se lo dejamos colocado para que los vieran nada más entrar en el salón. A ambas les habíamos comprado exactamente lo mismo.

Nos habían esperado antes de tocar nada, pero lo habían visto todo y de ahí esos nervios que tenían. Les pusimos el desayuno y las dejamos en el salón con su felicidad, para nosotros tomar un café con un cigarrillo en la cocina. Mientras él los preparaba fui a la habitación a coger algo que tenía para él.

—Toma —le dije a Eric poniéndole un regalo en sus manos.

—Gracias, Paula. —Me acarició la mejilla y me dio un beso en los labios. Se le notaba tan triste como me sentía yo.

La abrió y no pudo emocionarse más, se le saltaron las lágrimas y miró hacia la calle por la ventana de la cocina. Le había regalado un marco con una foto que nos hicimos preciosa en la cabaña. En la parte de atrás del marco le había puesto de mi puño y letra una pequeña dedicatoria.

«Gracias por haber hecho de estos días unos de los más especiales de mi vida. Siempre te llevaré en mi corazón. Te quiero»

—Ahora vengo. —Salió de la cocina con los ojos brillantes y a punto de llorar.

Me quedé con la taza en las manos y con un nudo en la garganta cada vez más grande. No quería estar así todo el día, ya que eran unos momentos mágicos para las pequeñas, esas que no eran conscientes de que estaban llegando a un final que las llevaría a separarse para siempre.

Escuché a Eric que llamó a las pequeñas y luego estas aparecieron por la cocina con una caja de maderita que me pusieron en las manos, la que acepté de lo más emocionada, y a continuación vi cómo Eric les hizo una señal a las niñas y los tres salieron, dejándome sola en la cocina.

Dentro, escrito en una tarjeta con su preciosa letra, había una tarjeta en la que ponía que primero leyera el contenido del sobre antes de abrir el regalo. Estaba temblando cuando saqué una carta del interior escrita de su puño y letra.

«Querida y amada, Paula.

No sabía cómo hacerlo y si llegado el momento me saldrían las palabras. Así que decidí escribirte esta carta y poder reflejar lo mejor posible todo lo que quiero transmitirte.

Lo primero, es darte las gracias en mi nombre y en el de mi hija que, sin ella ser consciente, os debe el haber pasado las mejores fiestas del mundo cuando todo estaba predestinado a que iban a pasar sin la menor importancia. Por no hablar de mí, que te debo mucho más de lo que imaginas. Me has sacado de un pozo sin fondo al que no le veía final.

Pensé que nunca podría volver a desear ni amar a nadie cuando de repente apareciste tú y sin darte cuenta llenaste mi vida de unos sentimientos que se fueron agrandando con el paso de los momentos que hemos ido viviendo

juntos. Reconozco que desde que nos vimos por primera vez algo cambió dentro de mí y no sabía lo que era. Ahora soy capaz de definirlo y es que es un amor tan grande y puro que traspasa todas las barreras del corazón.

Sé que tú también tienes unos sentimientos muy bonitos hacia nosotros. No solo conmigo, sino también con mi hija a la que tratas con tanto amor y cariño que me enternece con cada detalle que veo de ti hacia ella.

Estos días fui experimentando cosas que pensé que jamás me volverían a suceder y que no podría amar a nadie más con tanta fuerza. Me equivoqué, me di cuenta de que no mandamos sobre nuestras vidas y que es el corazón el que marca el camino de nuestros sentimientos.

Si no fuera notario te puedo garantizar que hoy mismo estaría haciendo las maletas y dejando mi vida aquí para irme contigo a comenzar una nueva vida junto a nuestras niñas, pero mi profesión me tiene atado a algo que no puedo dejar y que me liga a quedarme aquí el resto de los años que me queden hasta jubilarme. Muchísimos…

No puedo dejar atrás todo lo que tantos años de esfuerzo me costó alcanzar, pero sí me voy a atrever a pedirte que pienses en la posibilidad de agarrar fuerte mi mano y que comencéis una nueva vida aquí, junto a nosotros. Prometo hacer todo lo posible porque la felicidad sea algo que no os falte cada día en vuestras vidas. Prometo que sé cuidar de las personas que amo.

No me puedo imaginar una vida sin vosotras en la que comenzar de cero de nuevo me puede llevar a la locura, por no hablar del daño que vamos a ocasionar a las pequeñas separándolas.

Quiero ser esa persona que te ame y te cuide todos los días de nuestras vidas. Que no se pierda ni un abrazo ni un beso de esos que a mí me llenan el corazón por completo.

Soy consciente de que sois vosotras las que tenéis que cambiar vuestras vidas y no sé si estarás dispuesta a hacerlo. Son los sentimientos los que tienen que hablar por ti y yo solo esperar, con todo mi corazón, que la magia de estos días sirva para poner el último ingrediente que falta.

Tengo miedo a perder de nuevo en el amor, lo reconozco. No estoy preparado para asumir otra pérdida, ya que lo sería de algún modo. Pero llevaré con resignación cualquier decisión que tomes al respecto.

No te lo comenté, pero a la entrada de la otra zona del pueblo me compré una casita este verano de una nueva construcción que me entregan en un mes, ya las están acabando y dejando listas para la entrega. Es una nueva urbanización de cinco chalets que ya están todos vendidos.

Lo compré con intención de comenzar una nueva vida porque en esta casa se me caía el techo encima y todos los recuerdos rondaban alrededor de ella.

Podría ser nuestro hogar en el que comenzar de cero los cuatro como una preciosa familia que podemos formar donde el amor sabes que se palpa entre todos nosotros.

Si decides quedarte, prometo ayudarte con todo el traslado e ir contigo a España a recoger todas vuestras cosas. De lo contrario, si decides que no quieres cambiar tu vida, lo aceptaré con todo el dolor de mi corazón y soñaré con que algún día nuestros caminos vuelvan a unirse de alguna forma.

Pensé que jamás lo iba a decir, pero te amo con todo mi corazón. Eric»

Lloraba como una Magdalena con el corazón lleno de alegría y amor. Era el mayor regalo que me hacían en mi vida, sin duda. Yo también

amaba a Eric de una manera tan desmesurada que me creaba mil heridas con solo pensar que no lo volvería a ver más, y que me perdería todos esos abrazos que me servían como el mejor de los refugios.

Abrí el regalito que contenía la caja y me encontré con una sortija preciosa de oro blanco y un brillantito. Me quedaba perfecto en el dedo.

Me sequé las lágrimas y me dirigí a la habitación donde me encontré a Eric sentado en el filo de la cama con los ojos vidriosos. Lo primero que miró fue mi mano que ya lucía con el anillo.

Nos abrazamos llorando y era incapaz de mediar palabra, me llevó un rato hacerlo.

—¿Y entonces qué hago ahora? —le pregunté entre sollozos.

—No cojas ese vuelo y ya vamos en unos días a por todo —me contestó casi implorando.

—Yo me quedo al lado del amor. Te amo, Eric. —Lloré abrazada a él y él no pudo contener un llanto de lo más desgarrador.

—Gracias, Paula, gracias por quedaros en nuestras vidas. Quiero un mundo con vosotras, mis tres mujercitas. Os amo con todo mi corazón.

Como broche a ese día de Reyes, después de comer decidimos salir de la casa y dar un paseo por el mercado navideño.

A las niñas les encantaba ir por allí y dado que en breve dejaríamos de

tenerlo, lo mejor era despedirnos de aquel lugar en el que, sin aun saberlo, comenzó nuestra historia de amor.

Y a ambas les apeteció un chocolate caliente, ese que no dudé en pedir para todos y cuando las niñas lo cogieron, le dieron las gracias a la mujer que sonrió amablemente.

—Estas niñas son mis clientas favoritas —dijo mirándonos a Eric y a mí.

—Les encanta el chocolate —reí—, y no es para menos, es que está buenísimo, el mejor que he probado en mi vida.

—Me alegra saberlo, querida. Que tengáis una bonita tarde. —Se despidió y las niñas le dijeron adiós con la manita.

—¿Vamos a la zona de carpas? —propuso Eric— Allí estarán la mar de a gusto.

—Claro, y lo tomamos tranquilamente.

Llevamos a las peques a aquel rincón donde se estaba calentito y después de tomarse el chocolate, se fueron a jugar con la nieve.
El móvil de Eric empezó a sonar y se disculpó, tenía que atender la llamada.

—Tranquilo, ve, yo me quedo vigilando a las niñas —sonreí y él asintió antes de salir.

Las niñas reían sin parar, y a mí me salía esa sonrisa de mamá feliz, bueno, de madrina feliz porque Elena tenía una mamá y nunca se me ocurriría ocupar ese puesto.

Me uní a ellas y ambas me acogieron encantadas.

Parloteaban sin parar y a su modo se entendían a la perfección, lo que dejaba más que claro que el idioma bebé era universal fuera cual fuera el que hablara el otro.

—Pau, quiero galletas —dijo Elena.

—Ahora vamos a comprarlas, cariño, pero tenemos que esperar a que vuelva Eric.

—Papá, teléfono —contestó Mía, y sonreí porque al igual que Elena, con esa lengua de trapo y sus jeroglíficos, en ese momento me recordó a E.T., solo le faltó levantar el dedo y que se le encendiera como una bombilla.

—Sí, cielo, ha salido a hablar por teléfono.

Me quedé allí con ellas y no se les ocurrió otra cosa que comenzar a lanzarme nieve, muerta de risa caí de espaldas y acabaron las dos tiradas sobre mí haciéndome cosquillas.

Cuando Eric regresó escuché que se reía con una sonora carcajada. Mía se levantó corriendo para ir hacia él, que la cogió en brazos.

—Pero ¿qué le habéis hecho a Paula, hija?

—Jugamos —contestó ella toda inocente encogiéndose de hombros.

—¿Estás bien, Paula? —me preguntó.

—Sí, sí, es que en mi tiempo libre me gusta ser una croqueta de nieve —dije levantándome para sacudirme la ropa.

—Vamos a tomar un café, anda —dijo, y asentí.

Cogimos a las niñas y fuimos a la cafetería en la que estuvimos el día que nos conocimos, donde pedimos café para nosotros, leche y galletas con formas navideñas para ellas.

En cuanto terminamos el café acomodamos a las niñas en sus cochecitos bien abrigadas, y continuamos con aquel paseo que hacíamos ya como una familia.

Las niñas pidieron chuches y chocolatinas y Eric no dudó en comprarles una bolsita para cada una.

Sonriendo y más felices que una perdiz, metieron mano a aquellas chuches mientras yo reía y negaba porque algo me decía que esas dos niñas iban a hacer lo que quisieran con él.

No sería de extrañar que se convirtiera en el genio de la lámpara para ellas y que, todo lo que le pidieran, él se lo diera.

Nos topamos con una figura enorme de Papá Noel junto a un muñeco de nieve, varios renos y cajas de regalos, Mía y Elena se quedaron con la boca abierta al verlo, las bajamos del carrito y fueron corriendo hacia ellos para que les hiciéramos fotos. Eric sacó el móvil y empezó a hacerlas.

Acabamos haciéndonos fotos los cuatro. Ellas dos juntas, yo con ellas, Eric con las dos, incluso tiramos de selfis cogiendo a las niñas en

brazos para salir los cuatro juntos en algunas con el muñeco de nieve y con Papá Noel.

—¿Cenamos por aquí? —preguntó Eric viendo que casi se nos echaba la hora encima.

—Dejé hecha una tortilla de patatas y unos filetes de pollo empanados. A Elena le encantan y seguro que a Mía mi tortilla le va a gustar mucho.

—Pues yo también quiero probarla, a ver qué tal se te da preparar comida típica española. —Me dio un beso en la mejilla y caminamos de vuelta a casa.

Entramos al calor del hogar, ya que habíamos dejado la chimenea encendida, y tras quitarnos todas esas capas de abrigo, las niñas se fueron al sofá a ver dibujos en la Tablet que mi pequeña manejaba mejor que yo casi.

Eric me ayudó a preparar la mesa, freí los filetes, calenté un poco la tortilla y corté pan que llevé a la mesa.

En cuanto Mía dio el primer bocado a la tortilla, dijo que estaba muy rica, y a su padre también le gustó.

De postre saqué unas natillas caseras que había hecho para varios días con galletas, y vi que Mía era como Elena, no ponía pegas a nada de lo que le daban de comer, todo lo contrario, que se lo comía casi sin parpadear.

Les puse un vaso de leche calentita a ellas y un café para Eric y para mí, y después de la cena llegó la hora del baño.

Dicho y hecho, bañé a mis preciosos angelitos, que no pararon de parlotear diciéndome lo mucho que se habían divertido ese día, de la cantidad de regalos que habían recibido y de lo mucho que me querían, era para comérselas a las dos a besos, y eso hice mientras las secaba el pelo.

Cuando fui a meterlas en la cama llegó Eric, las niñas le abrazaron y besaron dándole las buenas noches, y él sonrió encantado de tener a ese par de mellizas que, sin serlo, se habían vuelto inseparables.

Me recordaban a Diana y a mí, esa conexión que tuvimos un década atrás desde el primer momento.

Le di un beso a Elena en la frente después de arroparla y ella sonrió y se abrazó a sus dos peluches, el oso y el reno, que había pasado a ser el otro favorito.

Cuando salimos de la habitación, Eric me abrazó desde atrás apoyando la barbilla en mi hombro.

—¿Imaginaste que serían así las vacaciones, preciosa? —preguntó.

—No —sonreí—, y mucho menos teniendo en cuenta que se presentaban de lo más dolorosas y tristes.

—Para mí también, pero vosotras habéis llenado de magia y sonrisas estos días. Gracias.

Me besó el cuello y ahí empezó todo, esa locura que nos envolvía y atrapaba hasta hacernos estallar en gemidos y gritos de puro placer.

Capítulo 17



Ni qué decir que aquella carta del día de Reyes nos cambió la vida de una manera increíble. Perdimos aquel vuelo ya que nos quedamos en el pueblo hasta dos semanas después que él se organizó para coger unos días e ir a España a recoger todo y hacer unas gestiones para venirnos a Suiza de forma definitiva.

Habían pasado dos meses de esos Reyes y ya estábamos instalados en la nueva casa que era una preciosidad, y que habíamos llenado de vida.

Decir que la vida nos había cambiado a los cuatro, era quedarme muy corta, ya que no solo nos cambió, sino que formamos una familia que sentíamos así desde lo más profundo de nuestros corazones.

Las pequeñas iban juntas a la misma escuela y clase. Eran inseparables y se amaban con locura. Siempre tenían gestos bonitos la una con la otra y lo más sorprendente era que ni se peleaban ni enojaban en ningún momento.

Y lo de que las confundieran con mellizas en más de una ocasión, era algo que a Eric y a mí nos causaba gracia.

No era para menos, puesto que muchas eran las veces que querían ir

vestidas iguales y tanto uno como otro les dábamos el gusto.

Pensar que para ellas todo empezó de una manera tan inocente y que eso las había llevado a ser como hermanas, era algo que a nosotros nos tenía de lo más emocionados.

Mi niña sonreía cada día, se acordaba de su mami como era lógico y yo le enseñaba algunas de las fotos que nos trajimos de España.
Mía también las veía y sonreía señalando a Diana al tiempo que decía «mami, Elena».

Me tenían enamorada esas dos pequeñas que tanto amor tenían para darnos a Eric y a mí, yo es que me las comía cuando se lanzaban a mis brazos para hacerme cosquillas y me abrazan y besaban con esos besos sonoros en las mejillas que acompañaban de un «mua» cuando se separaban de mí.

Las adoraba, a las dos por igual.

A los papás de Eric les costó bastante aceptar nuestra nueva situación, al menos por la parte que le tocaba al hijo, pero fueron comprendiendo que la vida para él no se tenía que parar con la muerte de su mujer y quedarse guardando luto para siempre.

Él fue el primero en pensar que aquello que estaba sintiendo no debía ser normal, apenas si habían pasado unos meses de la pérdida de su esposa y el amor llamaba de nuevo a su puerta.

Pero ¿quién podría medir el tiempo que debe pasar desde que una pérdida tan grande nos golpeaba hasta que el amor llegaba de nuevo a nuestras vidas?

No por el hecho de que nos enamorásemos de nuevo eso quería decir que no habíamos sentido nada por la persona que habíamos perdido.

Y no me refería a una pérdida como la que había sufrido Eric.

Una simple ruptura con nuestra pareja de unos meses o algunos años podía dejarnos tan devastados que la pena nos engullera, pero podía aparecer ese alguien capaz de hacernos sonreír, de demostrarnos lo mucho que valíamos, de decirnos cuán importante éramos en su vida y que el amor creciera poco a poco, sin prisa, pero sin pausa, en cuestión de unos días o semanas.

Así había sido para Eric, quien no pensó en abrir su corazón de nuevo, no al menos en tan poco tiempo, pero el destino quiso que nuestros caminos se encontraran y los dos teníamos claro que esos caminos no iban a volver a separarse.

Me encargaba cada día de llevar y traer a las pequeñas, aunque eran muchas las mañanas que él se las llevaba para que yo no tuviera que salir de la casa. Era la persona más atenta y preocupada por nosotras que jamás hubiera imaginado. Ni qué decir con la igualdad que trataba a esas dos niñas que no solo lo adoraban a él, conmigo tenían devoción.

Cocinaba y me encargaba de la casa, no quería que pagara a nadie por mucho que me lo ofreció, pero no necesitaba ayuda ya que mi vida era muy cómoda. He de decir que él también colaboraba mucho en los quehaceres de la casa. Era ese hombre capaz de facilitarme la vida de un modo que me hacía sentir la mujer más afortunada del mundo.

Mía y Elena no consintieron tener una habitación para cada una, motivo por el que estuvieron juntas en el mismo cuarto y felices de que fuera así.

El pueblo me estaba envolviendo de tal manera que me sentía una más de los habitantes que allí vivían y muchos ya me reconocían como la pareja del notario y me trataban con mucho cariño y respeto.

Eric acababa de llegar del trabajo y se sentó en la mesa después de darnos un cálido beso a cada una.

—Tengo una sorpresa para las tres —murmuró sonriente y dejando entrever que algo grande tenía preparado.

Le explicó a las niñas que en unos días salíamos de viaje para Disneyland París. A las pequeñas las emocionó de tal forma que daban saltos sobre la silla y a mí, casi me da un infarto de la emoción. Nos íbamos a Disney, algo que siempre había sido mi sueño y encima lo hacía junto a ese hombre que sin duda se había convertido en el amor de mi vida.

—¿La Sirenita? —preguntó Elena con los ojos muy abiertos.

—Sí mi niña, allí vamos a ver a La Sirenita y las demás princesas. Al ratón Mickey, a Minnie, al pato Donal y la patita Daisy.

—¡Disney! —gritaron las dos al unísono con los brazos en alto.

Emocionadas era poco, estaban eufóricas las dos, y deseando hacer ese viaje de ensueño.

Todo iba viento en popa y a toda vela como diría Diana, esa amiga que fue para mí como una hermana y que debía estar aplaudiendo feliz desde el cielo al ver que habíamos conseguido crear una estabilidad emocional y familiar a nuestro alrededor. Estaba segura de

que me sonreía desde aquel lugar en el que debía de encontrarse.

Desde ese momento imaginad la locura que había en la casa, que todo giraba en torno a un viaje que nos tenía de lo más entusiasmadas y nerviosas. Era algo tan bonito lo que había preparado que me sentía como la propia protagonista de un cuento que solo había acabado de empezar.

Las pequeñas se refugiaban mucho en mí, pero he de decir que la pasión que sentían por Eric era infinita ya que se lo ganaba con la infinidad de muestras de amor que les regalaba, y no hablo de regalos materiales, sino de esos que le salían de lo más profundo de su corazón. Ambos nos esforzábamos mucho en tratar a ambas estrictamente en igualdad y nunca fue necesario hablarlo, eso salía de nosotros mismos que, como en tantas cosas, actuábamos desde la afinidad que había por ambos lados.

Había conseguido a través del gestor alquilar nuestro piso en España y fui dejando la parte de la niña en una cuenta, ya que eso era de ella para el día de mañana, y la otra mitad la metía para Mía ya que yo vivía muy bien gracias a su padre, este que no aceptaba que hiciera eso, pero como yo dije, la igualdad sería hasta el final.

Tenía en el banco unos buenos ahorros y los doscientos cincuenta mil euros de la venta del local, pero es que Eric ni me dejaba tocarlos. Yo quería aportar y no había forma. Él decía que eso era mío y lo utilizara como quisiera pero que de la unidad familiar se encargaba él. Así nos denominaba.

A la mañana siguiente de darnos la sorpresa de que nos iríamos a Disney, me levanté para llevar a las niñas al cole y al regreso me encontré con un chico que me entregaba un precioso ramo de flores con una carta dentro.

«Querida Paula.

Espero que te gusten estas flores y adornen un poco más tu vida, esa que me has entregado a cambio de nada, no solo a mí, sino a mi hija, esa que veo como tuya desde el minuto número uno que aceptaste comenzar una vida junto a nosotros.

Debo reconocer que tanto tú como la pequeña Elena, sois parte de mi vida y lucharé por vosotras hasta el fin de mis días.

Este ramo solo era la excusa para expresarte con palabras todo lo que llevo sintiendo desde que entrasteis en nuestras vidas. Nos habéis cambiado por completo y las sonrisas son el motor que mueven el día a día en nuestra casa, la vuestra, la de los cuatro. Un hogar lleno de infinitos sentimientos bonitos.

Es extraña la sensación cuando estoy en el trabajo y mi mente me lleva a ti, no consigo sacarte de mi cabeza ni, aunque esté liado con las escrituras de las que doy fe, pensando que en lo único que la puedo dar es en lo que siente mi corazón.

Muchas veces me da miedo pensar que no puedo llegar a transmitirte todo lo que siento y no quiero lo dejar en el aire porque te has convertido en ese amor infinito que, solo alguien que lo siente como yo, puede saber cuánto alberga.

Te amo desde lo más profundo de mi corazón y quiero hacerte la mujer más feliz del mundo cada día de nuestras vidas. Quiero que nunca dejes de sentir lo importante que eres para mí.

Gracias por haberme sacado de ese pozo en el que estaba y que no veía una vida más allá que la que se quedó aquel trágico día en que me

arrancaron el alma de golpe, ese que tú te has encargado de reconstruir para que hoy vuelva a ver brillar mi vida con más intensidad de lo que jamás pude imaginar.

No hay día en que no recuerde esos momentos en la cabaña en los que comenzaron a fluir un montón de sentimientos que se iban engrandeciendo por momentos. ¿Sabes el huracán de amor que has traído a nuestras vidas?

Te amo, solo quería decirte que te amo hasta la saciedad y que mi mundo está en tus manos. Puedes pedirme lo que quieras, puedes contar conmigo para todo lo que necesites en tu vida, solo te pido que no sueltes mi mano, esa que agarraré siempre con fuerza, porque no quiero imaginarme una vida sin vosotras. Te quiero, os quiero con todo mi corazón»

Olí las flores mientras lloraba a mares. Dejé el ramo sobre la mesa de la cocina para buscar algo dónde meterlo en agua. La carta me había dejado con el corazón en un puño y emocionada a más no poder.

¿Era consciente de todo lo que él me hacía sentir a mí? De ese amor que yo le tenía y que tanto bien me hacía.

Eran mi todo, él y su pequeña, junto a Elena, eran mi mundo, esa familia que poco a poco estábamos construyendo y que me tendría siempre a su lado.

Al igual que a ellas, a nosotros muchas veces nos bastaba una simple mirada para saber lo que el otro pensaba, quería o necesitaba.

Bien cierto era eso de que una mirada valía más que mil palabras, pues nosotros de eso entendíamos mucho, de mirarnos y hablarnos con los ojos, esos que brillaban al sentir un profundo e inmenso amor hacia la persona que lo contemplaba.

Le amaba, le amaba con el corazón y el alma, con mi mente y mi cuerpo, con cada poro de mi piel.

Infinito, como Eric decía, así era y siempre sería mi amor por él.

Y en pocos días comenzábamos un viaje a Disney en el que no solo íbamos a disfrutar de la magia de ese lugar, sino de la magia de sentir que los cuatro nos habíamos convertido en el mejor de los cuentos de Navidad que se podían haber escrito porque las oportunidades llegaban y no había mejor momento que en el que nos había llegado a nosotros.

Como dije, el destino hizo su parte en unirnos aquella mañana en el mercado navideño, bueno, el destino, el chocolate, y dos pequeños ángeles que nada más verse y sin expresar palabra alguna, supieron que querían estar juntas para siempre.

A la hora de recoger a las niñas me encontré a Eric en la puerta que había salido antes y venía a acompañarme. Nos abrazamos y nos comimos a besos, esos que hacían que nos engrandeciésemos como personas y como pareja. Había un amor tan grande que daba miedo pensar que pudiera pasar algo y todo se desmoronase por completo.

—Has recibido las flores, por lo que veo —dijo con esa sonrisa que tanto me gustaba.

—¿Flores? ¿Qué flores? —Fruncí el ceño haciéndome la despistada.

—¿No te han entregado mis flores?

—¿Me has mandado flores? Qué mono —dije llevándome la mano al pecho—. Pues igual no estaba en casa cuando las han llevado.

—Me habrían avisado. —Sacó el móvil del bolsillo del abrigo para mirar los mensajes, y me reí con disimulo, pero me pilló—. Vale, te las han dado, ¿verdad?

—Sí, y son preciosas. —Le di un beso en los labios—. Yo también siento todo lo que pone en esa carta, Eric. Sois mi vida, los tres. Si tuviera que volver atrás en el tiempo y decidir el destino de nuestro viaje para pasar las Navidades lejos del dolor y la pérdida de Diana, sin duda alguna volvería a fijarme en este pueblo. Llámalo magia, casualidad o destino, pero de entre todos los que vi, este fue el que me llamaba más a venir.

—Pues que vivan la magia, la casualidad y el destino que os trajeron a nuestras vidas.

Las niñas salieron del colegio corriendo hacia nosotros con un folio en la mano. Habían dibujado una familia cada una y en ella estábamos los cuatro de la mano. Se me saltaron las lágrimas ya que estaba de lo más sensible después de la carta que me había escrito Eric.

Fuimos a la casa donde tenía ya la comida preparada y, además, era viernes, por lo cual lo pasaríamos de lo más relajado tomando ese tiempo para nosotros que nos brindaban los fines de semana y que a todos nos encantaban.

El amor había llegado en todas sus formas, dando fe a una relación que se forjó a fuego lento y en el que todos ganamos en felicidad. Ahora tocaba disfrutar de la magia de unos días en Disney donde estaba segura de que viviríamos momentos para sumar a nuestras vidas, esas que se habían encadenado con el mayor de los candados para no soltarnos jamás.

Capítulo 18



Sentada en aquel avión camino de Disney con ellos tres, no me podía creer que mi vida hubiese dado semejante vuelco en tan solo tres meses…

Quién me lo iba a decir a mí pocas semanas atrás… Quién me iba a decir al oído que estaría allí, de la mano de ese hombre que no me soltaba ni un solo momento, y que pondríamos rumbo a uno de los lugares más mágicos del planeta con esa alegría desbordante y esa sonrisa que no se borraba de nuestros rostros.

Todos nosotros habíamos pasado por situaciones complicadas y, de pronto, resultaba que la vida nos quería recompensar de golpe, que estaba dispuesta a llevarse de un plumazo todo el sufrimiento y a demostrarnos que el amor, si es verdadero, siempre triunfa.

A las niñas realmente era para verlas puesto que, debajo de esos abriguitos que ambas llevaban primorosamente colocados sobre sus falditas (que para eso se imitaban en todo), lucían unos preciosos vestidos de Cenicienta que les habíamos regalado para la ocasión y que no querían quitarse ni para… ni para ducharse, puesto que ambas iban ideales y lo habían escogido a su gusto.

Desde el mismo momento en el que supieron que íbamos a viajar al parque mágico, como ellas lo llamaban, su mirada se iluminó de un

modo que nunca les habíamos visto.

—¿No piensas que Disney tiene el poder de hacer magia incluso antes de llegar a él? —me preguntó Eric, quien no me quitaba la vista de encima, como si pudiera escuchar mis pensamientos.

—Pues claro que sí, van a ser tres días absolutamente mágicos, solo hay que verles las caritas —le respondí porque podría pasarme horas y horas observando esas caritas de felicidad y nunca, jamás, me cansaría.

Ambas nos miraban y exhibían esas preciosas sonrisas sincronizadas. De haber sido hermanas de verdad, no podrían llevarse mejor. También iban siempre por la vida de la mano, como Eric y yo, incluso a veces cerraba los ojos y podía imaginarlas de mayores, compartiendo confidencias, con una complicidad a tope.

La vida a veces da tal cantidad de giros que te deja boquiabierta. Eso me había pasado a mí, quien todavía me pellizcaba en más de una ocasión para comprobar que todo aquello era cierto, aunque la cercanía del aeropuerto de París me decía que estábamos próximos a desembarcar y que cuanto estábamos viviendo era tan real como maravilloso.

Por fin aterrizamos y tuvimos que hacer malabares para sujetarlas, ya que pretendían bajarse del avión incluso antes de que nos dieran permiso para desabrocharnos los cinturones.

—Ay, madre, qué prisas, me las como a las dos por los pies —le decía a Eric, tan orgullosa como estaba de nuestras niñas.

—Es que por los pies sí que están para comérselas —me indicó por eso de que llevaban los zapatitos de imitación de cristal de la Cenicienta,

unos que no eran precisamente cómodos, pero sí muy cuquis. Habíamos quedado en que se los podían poner para el viaje y para las fotos, aunque para andar por el parque deberían llevar sus zapatillas, a bien que los zapatos solo se les veían cuando se levantaban el largo y romántico vestido de princesa Disney, el tradicional en azul bebé con detalles en blanco y con las mangas abullonadas y guantes, hasta la diadema llevaban en su precioso pelo.

Por fin nos dieron permiso para bajar y las dos, sin más, salieron pitando camino de las escaleras.

—Eric, ¡que se nos escapan!

—Y eso que todavía no tienen edad de irse de discotecas, ¡ya verás lo que será eso! —chilló él, quien no podía tener más gracia en el sentido de que parecía serio, pero cuando abría la boca me hacía tirarme al suelo.

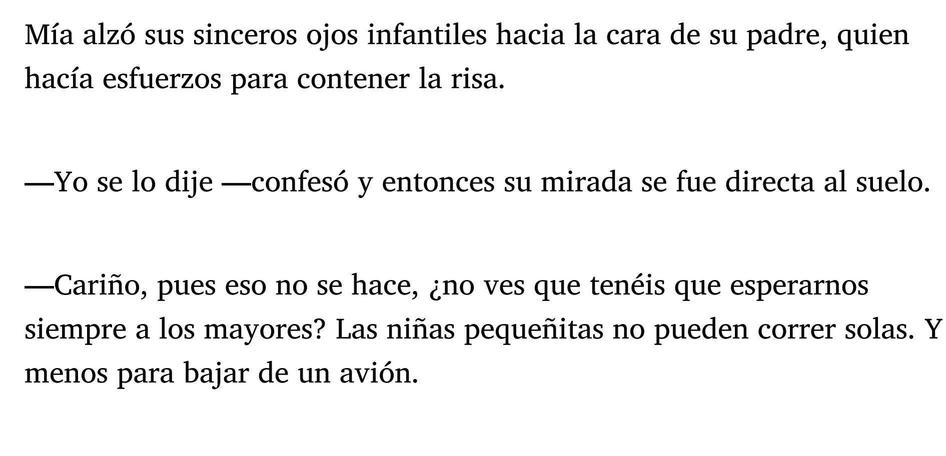
De un salto, como si de un resorte se tratara, se fue hacia aquellas dos pequeñajas a las que las azafatas ya habían cogido por los brazos, mientras ellas les indicaban nerviosas que tenían que bajar.

—Muchas gracias, de verdad. Es que están un poco atacadas —les comentó él.

—Les pasa a todos los críos, es la magia de Disney, que atrapa.

De vuelta a los asientos, para ir saliendo por turnos, él las reprendió un poco.

—A ver, ¿de quién ha sido la idea?



Mía alzó sus sinceros ojos infantiles hacia la cara de su padre, quien hacía esfuerzos para contener la risa.

—Yo se lo dije —confesó y entonces su mirada se fue directa al suelo.

—Cariño, pues eso no se hace, ¿no ves que tenéis que esperarnos siempre a los mayores? Las niñas pequeñitas no pueden correr solas. Y menos para bajar de un avión.

No hizo falta que les dijese nada más, porque eran sumamente sensibles, de manera que Mía arrancó a llorar y yo ya estaba viendo el gesto compungido de Elena, quien no tardó ni cinco segundos en hacerle compañía.

Solo os diré que las bajamos del avión llorando a mares y a dúo… Eran lo más tierno del mundo.

—Hombre, es que te has puesto como una furia —bromeé para picar a Eric, quien siempre se dirigía a ambas con todo el cariño del mundo.

—¿Yo? ¿De veras crees que me he pasado? Pues no ha sido mi intención, lo prometo.

—Y yo doy fe, notario, doy fe. —Le guiñé un ojo—. Que no, hombre, que no, que a mí me hubieran escuchado mucho más, ¿pues no sabes que si voy yo las paro en seco? Ven aquí, ¡que te como! —le decía mientras él las bajaba en brazos, a cada una de uno.

No podía ponerme más cuando lo veía en aquel plan padrazo que exhibía en todo momento. Hay hombres que parecen haber nacido para desempeñar ese papel, y el notario de mis amores era uno de ellos. Yo me sentía enamorada de él hasta el tuétano, y encima

estábamos a punto de pasar unos de los días más fantásticos de nuestras vidas. Quienes dicen que cuando aparece el amor auténtico es como si viniese entre señales luminosas no miente, puesto que a mí se me había aparecido y con luces de neón y todo.

Llegamos al hotel y ahí es que ya a las niñas se les cayó la baba, imposible olvidar sus saltitos de alegría, ¡y eso que los zapatitos de cristal tenían un pequeño tacón! Pues más saltaban, ya se les había olvidado la reprimenda.

Nada de lo que cuente es de extrañar, puesto que poner los pies en ese magnífico hotel rosa que te dan ganas de degustar de un bocado, ya que parece un dulce, es mágico incluso para los adultos, no digamos ya para los críos. Su imponente ambiente te atrapaba desde el minuto uno, inspirado como está en los cuentos Disney.

No pudimos entrar con mejor pie, ya que justo al entrar en él nos encontramos con la primera sorpresa: una improvisada representación teatral de la *Royal Disney Troupe*, acompañada de varios personajes Disney. Y sí, nuestras niñas se quedaron boquiabiertas y con los ojos a punto de salirse de sus cuencas, cuando vieron que entre los que acompañaban a esa representación se encontraba Minnie, por la que sentían verdadera adoración.

Por cierto, que como eran tan pequeñitas, con sus zapatitos de tacón y todo, ambas salieron flechadas hacia la ratoncita. Menos mal que les habíamos advertido que no se las podía tocar. Menos mal, sí, porque Elena corría que se las pelaba y quiso darle un abrazo, con tan mala suerte que justo en ese instante tropezó y tiró a la asombrada Minnie de espaldas, cayendo la cría encima de ella y, a continuación, también Mía, a quien no le dio tiempo de frenar. Pero no solo eso, sino que se produjo un efecto dominó y Minnie cayó sobre Mickey, el cual fue directo de boca sobre un crío de unos seis añitos, al cual se le pusieron los ojos como platos y no puedo esquivar al ratón más famoso del

mundo.

—¡Mi diente, mi diente! —chilló el niño en ese momento y yo me eché las manos a la boca. Y no, no porque también hubiese perdido uno… De aquella podía salir de allí esposada, lo mismo que Eric, pero no mellada, eso no, por favor.

—Dime que no es verdad, dime que no es verdad —le pedí mientras él iba en auxilio del crío, al cual le salía aire a borbotones por el incisivo que le faltaba.

—Hombre, pues igual va a ser que sí —me contó volviéndose, tras rescatar al niño de debajo del magullado Mickey, a quien habríamos pagado por verle su verdadera cara, debajo del enorme cabezón. O mejor no, porque debía dar miedo.

—Lo siento muchísimo —me dirigí a su madre, quien no hacía más que reírse. Eso es tomarse las cosas con deportividad y lo demás son tonterías.

—Qué va, qué va, si yo estoy encantada… Tú no sabes el miedo que le tenía a ir al dentista, porque la dichosa paleta no se le terminaba de caer. Y ahora, mira, su primera mella —me decía mientras las niñas se ponían bien sus vestiditos, levantándose como si no hubiese pasado nada.

Capítulo 19



Tras haber descansado de maravilla la noche anterior, en la que apenas nos dio tiempo a instalarnos, cenar y poco más, nos disponíamos a vivir nuestro primer y mágico día en Disney.

—¿Las llevan? Las deportivas, digo —le pregunté a Eric antes de salir, que de las chiquitinas no me fiaba un pelo.

—Sí, sí, dicen que se las han puesto.

Del dicho al hecho… Nada más salir a la calle, me di cuenta de que no era así.

—Levántales los vestidos que o están baldadas de la caída de ayer o llevan los zapatitos de tacón —le aseguré.

—¿Tú crees?

—Como que eres el hombre más guapo del mundo, como eso —le respondí risueña y él, no hacía falta decirlo, se derritió. No podía ser más bonito ni más ideal con todas nosotras.

Las niñas, a sabiendas de que tenían mucho que esconder, quisieron taparse la una a la otra, como si no hubiesen roto un plato y, dado que

bastó que Eric les subiera un poco la falda para ver que nos la pretendían dar con queso, volaron a darnos coba.

—Lo siento, mamá —me largó en su lengua de trapo Elena y yo lo que sentí en ese momento fue como una punzada fuerte en el corazón, pero no una punzada de esas que pueden llevarte al otro barrio en un momentito, sino una punzada de amor que Eric enseguida adivinó en mis ojos.

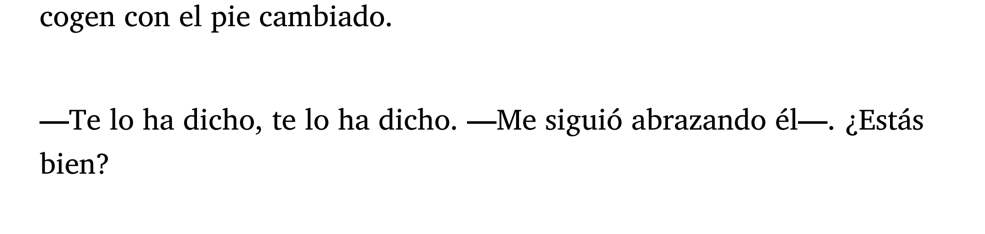
—Elena te ha dicho mamá. —Me abrazó fuerte —. Te lo ha dicho claro, yo también lo he escuchado…

—Me lo ha dicho, sí, me ha dicho mamá —le contestaba yo tratando de deshacer el enorme nudo que se me formó en la garganta… No podía gustarme más escucharle esa palabra que, a pesar de ser cortita y simple, se convierte en la más maravillosa del mundo cuando la pronuncian los labios de los que quieres escucharla.

Yo nunca me habría planteado ser la mamá de Elena, pero la repentina y dolorosa muerte de su madre así hizo que fuese. Y en ese momento, mi niña me lo decía por primera vez. Ella no podía comprender lo importante que para mí era. Y eso que estaba a punto de recibir otra sorpresa que habría de hacer brincar nuevamente mi corazón.

—Mamá —repitió Mía, por si la que me dio Elena no fue lo suficientemente grande.

—¿Me lo ha dicho? ¿Me lo ha dicho también? —le pregunté a un Eric que tuvo que sujetarme porque sentí hasta mareos. Gracias a Dios, no náuseas, que embarazada no estaba, pero sí unos mareos que pudieron llevarme al suelo, porque todo me daba vueltas y yo aún no me había subido en ninguna de esas atracciones que te hacen ver doble si te


cogen con el pie cambiado.

—Te lo ha dicho, te lo ha dicho. —Me siguió abrazando él—. ¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor en la vida, nunca —le confesé porque era la verdad.

—Papá, papá. —Le cogió entonces por la cinturilla del anorak Mía, no entendiendo muy bien todo lo que estaba sucediendo.

—Papá —balbuceó en ese instante Elena, porque se habían convertido en dos loritos y siempre lo repetían todo.

Eric tuvo que hacer, igualmente, esfuerzos para no llorar. Aquellas dos crías se habían empeñado en hacernos inmensamente felices ese día, aún más que el resto de los días, y todo con el mágico telón de fondo de Disney.

Aventuras nos quedaban por vivir a cascoporro con ellas en las siguientes horas, eso estábamos a punto de comprobarlo. El tiempo se portaba, puesto que, a pesar de que París nos ofrecía su típica imagen nublada, el cielo no amenazaba lluvia y ese fue el siguiente regalo que recibimos.

Mi impresión era que aquella escapada al paraíso de la ilusión colmaría nuestras expectativas, y eso que estaba en las nubes y no tenía ni idea de cuántas sorpresas más me depararían esos días.

No sé si se lo pasaron mejor volando con Dumbo, aterrizando en el «País de Nunca Jamás», subiendo en una mágica alfombra de Aladino o inspeccionado el «Castillo de la Bella Durmiente», en el que las dos

insistían en quedarse a vivir, haciendo que las lágrimas, en esa ocasión de risa, aparecieran en mis ojos y en los de Eric. Mi notario, ese tan educado y formal, se transformaba en el hombre más divertido y risueño del mundo cuando estaba con nosotras.

Entre aventura y aventura, puesto que cada atracción representaba una, las niñas buscaban con perseverancia a Minnie, a la cual vimos correr en más de una ocasión con sus taconcitos, como quien no quiere la cosa, dado que les debía temer más que a un vendaval. Y Mickey no digamos ya, que ese salió peor parado todavía. También nos encontramos en alguna atracción con Pol, el niño que resultó mellado, y tanto Eric como yo tuvimos que contener la risa.

La cena la hicimos ya en el propio hotel, después de un día en el que no pudimos caminar más. Hasta allí las llevó él en brazos, mientras yo arrastraba mi cuerpo.

—¿No te queda algún brazo para mí? —le preguntaba mimosa.

—Ahora mismo está el cupo cubierto, pero deja que se duerman. —Me guiñó el ojo.

Si disfrutábamos de día y con ellas, no digamos ya de noche y a solas. Sus camitas estaban aparte de la nuestra y, en el silencio de la noche, con la oscuridad como testigo, nosotros éramos más que capaces de encender nuestros propios fuegos artificiales.

Todo estaba saliendo a pedir de boca y el entusiasmo de las crías se acrecentaba por horas. Por delante teníamos aún dos días para disfrutar de Disney a los que les sacaríamos el máximo partido, ya que aquella era una de esas escapadas inolvidables y alucinantes; una escapada que tenía a las niñas flipando todo el día y a nosotros no os digo nada, con solo verlas… Sin duda, estábamos viviendo la magia de

Disney en toda su esencia, dando pequeños e intensos sorbos de ella.

Capítulo 20



Ese día, antes de que ellas se despertaran, les escondí a las niñas sus zapatitos de tacón porque se las sabían todas y con ellos era complicado lo de caminar por el parque de atracciones más famoso del mundo, ese en el que estábamos disfrutando de momentos inolvidables.

Con sus zapatillas, perfectamente tapadas por la falda de sus vestidos (los cuales solo se quitaban para dormir y a regañadientes), corrían felices por todo el parque, el cual las tenía enamoradas.

No era para menos, la magia de Disney envolvía a pequeños y mayores desde que entraban hasta que salían, y ya de buena mañana quisieron hacer una parada en el paraíso del dulce, el *Boardwalk Candy Palace*, donde impresionantes cantidades de golosinas de todas las formas, tamaños y colores se exhibían junto con un sinfín de exquisitos chocolates y unas piruletas de caramelo de ensueño. Por cierto, que lamiendo un par de ellas salieron ambas de aquella fantástica tienda cuando vieron de nuevo a Minnie.

Nerviosa, la famosa ratoncita comenzó a dar saltitos, aunque, a decir verdad, más saltaban ellas, a quienes parecía que les habían colocado un par de muelles en los pies.

—Míralas, que les va a dar algo. Es que quieren una foto con ella, que

el primer día no pudo ser.

—El primer día casi se la cargan, de hecho. A la pobre le habrán tenido que hacer un seguro extra —reía Eric—. Mira, mira, anda que no corren nada…

—Ay, mi notario, él siempre tan previsor —suspiré.

Y tanto que corrían, seguro que en esa ocasión no se quejaban de que les hubiese requisado los zapatitos. Ahora, que también os digo que, si ellas corrían, más corría la emblemática ratoncita, que les tenía pavor. Y tanto corrió el personaje, mirando hacia atrás, que no vio un carrito de un crío pequeño que se le cruzó, con su asombrada mami empujándolo, haciendo que todos nos quedásemos mudos.

—¡Dios! —exclamó finalmente Elena.

—¡Dios! —repitió Mía. De vivir juntas iban a salir hablando las dos varios idiomas. De momento se copiaban todas las palabras…

Y «Dios» debió pensar también mentalmente la pobre Minnie, quien antes de aterrizar en el suelo hizo un doble salto mortal con triple pirueta. Y lo de «mortal» le viene como anillo al dedo, porque pudo matarse.

—¡Foto! ¡Foto! —nos pidieron ellas, no muy conscientes de que Minnie debía estar echando hasta espuma por la boca, por mucho que no se le viera a través del disfraz.

—No, niñas, que hay que ayudar a Minnie a que se levante —les advirtió Eric quien, muy galante, fue a darle la mano.

—Cuidado, amor, que debe tener hasta la rabia. Yo de ti no me fiaría.

La rabia no, pero una desconfianza tremenda sí que había pillado y, medio convulsionando, quiso zafarse de nosotros.

—¡Que se va! —chilló Elena, de lo más preocupada.

—Que no, que no —repetía Mía, muy disgustada porque se pudiera marchar. Sin más, no tuvo otra idea que tratar de cogerla por la cola y, viendo que no atinaba, la ensartó con el palo de la piruleta.

Vaya idea, y suerte que la cola no podía dolerle, que para eso no era suya, pero es que a la muchacha le dio un ataque que comenzó a hiperventilar.

—¡Voy yo! —gritó Elena, quien también la imitó y volvió a pincharle la cola con el palo de su piruleta.

Total, que Minnie chillaba igualmente y, al final, logró zafarse y salir corriendo, con las dos piruletas clavadas, haciendo que todo el que se la encontrase grabara un vídeo de esos que prometían ser virales.

Las niñas se quedaron con los ojos como búhos.

—Minnie no nos quiere, no nos quiere —balbuceaban.

—Sí que os quiere, ya hablaré yo con ella… Es solo que os ha cogido un poquitín de miedo, y cómo para no. —Me reía yo lo más grande—. Creo que ahora sí que ha ido a asegurarse la cola, igual que Jennifer López se aseguró el culo.

—Si es que la han ensartado, le han dejado la cola como un colador.

—Reía él también conmigo—. Para verla, y suerte que no le dieron en un ojo o la hubieran dejado tuerta.

En fin, que esa fue la primera anécdota de un día que transcurrió plagado de muchas más…

De entre todas las atracciones que disfrutamos ese día, la de *"It's a small world"* hizo las delicias de las niñas y las nuestras, porque más tierna vuelta al mundo no podía darse… Una atracción icónica e imperdible que te sumergía en un encantador crucero musical en el que todos terminamos cantando ese himno a la paz en el mundo, junto al coro de muñecos más fascinante del globo.

Una mágica travesía que te transportaba a un universo de ilusión por los sietes mares donde un total de casi 300 muñecos, representando a críos de todos los lugares del planeta, te invitaban a disfrutar de una atracción que nos dejó con las patas colgando, como yo decía… Una expresión que cuando le traducía a Eric provocaba sus sonoras risas, esas que también me encantaban.

En su fachada, emblemática y espectacular, llena de color y movimiento, él nos hizo un vídeo a las tres. A mí me gustaba que también apareciera, si bien mi chico era mucho más partidario de hacernos fotos y vídeos a nosotras. Aquel quedó sembrado y nunca mejor dicho, puesto que flores y formas, dando vueltas y vueltas, no faltaban en un llamativo espectáculo de color y movimiento que resultó un mágico telón de fondo.

De nuevo un día para el recuerdo, un día lleno de carreras, saltos, brincos y caras de ilusión, coronado una vez más por ese momento tan especial de la tarde que para ellas suponía la cabalgata Disney. Por cierto, que cuando vieron a Minnie en ella, le hicieron numerosos aspavientos para que las saludara, y a la famosísima ratoncita se le debieron poner todos sus pelos de punta. En fin…

—¿Eres feliz? —me preguntó esa noche, mientras veíamos cómo las crías dormían plácidamente en sus camitas. Daba gusto contemplarlas pues hasta estando fritas se cogían de las manos.

—¿Y tú me lo preguntas? Tengo mucho más de lo que nunca hubiera siquiera llegado a pensar, porque Disney será mágico, pero para magia la que yo estoy viviendo en el día a día con vosotros. Tenemos dos hijas, nos queremos, nos lo pasamos pipa juntos y tú me pones… Caray, no puedo decirte cómo me pones —le comentaba yo.

—Pues anda que tú a mí, preciosa, anda que tú a mí…

De locura, así era cómo nos poníamos el uno al otro. Solo con rozarnos en aquella amplia y confortable cama, ya tomábamos consciencia de que lo nuestro era tan mágico como aquel entorno que tanto saboreábamos, degustando segundo a segundo todo lo que nos pasaba, todo aquello que la vida nos estaba sirviendo en bandeja de plata y que nosotros nos encargaríamos de potenciar al máximo.

Capítulo 21



Aquel era nuestro último día en el parque más fascinante, en ese en el que los sueños de niños y mayores se hacían realidad.

Todo había valido la pena. Nosotros no reparamos en gastos, tirando la casa por la ventana. Por nuestras niñas matábamos y verlas así de ilusionadas era para ambos un sueño hecho realidad.

Almorzamos en el *Auberge de Cendrillon* («Albergue de Cenicienta») y me reí mucho escuchando cómo Elena hacía todo lo habido y por haber por pronunciarlo lo mejor posible, siempre con la inestimable ayuda de Mía, que la corregía con paciencia.

Situado en plena *Fantasyland* («Tierra de Fantasía»), en ese restaurante francés las niñas podrían sentirse más Cenicientas que en ningún otro lugar del parque. Su ambiente era realmente una pasada, te atrapaba desde el primer momento y estaba ubicado en un castillo de cuento de hadas.

En él, ambas, a las que les dejamos sus taconcitos para que fardaran más de *outfit* de Cenicienta total, tuvieron la oportunidad de almorzar con las princesas Disney, las cuales las hicieron sentirse como unas más en ese ambiente tan impresionante y romántico.

En la mítica carroza, fantasearon hasta el punto de hacernos pensar que podrían ser buenas actrices, si bien nosotros ya teníamos claro que aquellas dos granujillas podrían valer para todo aquello que se propusieran en el mundo.

La tarde, tras el almuerzo, volvió a ser maravillosa y plagada de todo tipo de vivencias de esas que atesorar en la memoria, momentos únicos que revivir tantas veces como fueras capaz de recordarlos en el futuro. Y yo aquel día, aún no lo sabía, pero tendría que marcarlo como festivo en mi calendario por los siglos de los siglos.

Todo ocurrió cuando, tras ver la cabalgata, Eric me indicó que me quedase sentada en las cercanías del gran castillo rosa que sirve de eje central del parque, ese emblema encantador de la magia Disney, porque ellos vendrían enseguida.

Para mí que, una vez más, entraría en alguna tienda a comprarme algo a escondidas, algo que me hubiese gustado, pues era mucho de darme ese tipo de sorpresas. Ese y otro que yo aún desconocía, si bien lo iba a conocer enseguida…

Nada pudo hacerme más ilusión que cuando, en un momento dado, me llamaron para que subiera al aludido castillo, en el cual me estaban esperando. Nada más entrar, admirando sus inconfundibles vidrieras, presentí que algo mágico estaba por suceder. Mis niñas, con un nuevo vestido de princesas Disney, en esa ocasión en un inmaculado y premonitorio blanco, me esperaban al lado de Eric, quien me animaba con las manos a que avanzase hacia él, con los ojos más chispeantes que le vi nunca.

No estábamos solos, sino que nos rodeaban todos los personajes Disney (incluso una desconfiada Minnie que, pese a todo, no se lo quiso perder), dándole un toque mucho más de fantasía a lo que iba a ser… Ya os imagináis lo que iba a ser.

Avancé hacia Eric con la barbilla temblándome y las rodillas con la consistencia de la gelatina. La sonrisita de mis dos niñas, que parecían un par de blancos ángeles, vaticinaba lo que estaba a punto de suceder en el entorno más hechizante del mundo. Y más cuando reparé en que Mía portaba una flor y Elena una pequeña cajita.

Conforme yo caminaba hacia Eric, con las lágrimas a flor de piel y todos los personajes Disney expectantes, ambas se iban acercando a mí.

—Cariño, viajar hasta aquí tenía un fin, ya lo estás viendo —comenzó diciendo Eric con la emoción apenas contenida, la cual se dejaba ver en su voz—. Disfrutar de estos días aquí contigo y con las niñas se ha convertido en un regalo preciado, en un regalo que nunca olvidaré, y más si hoy, aquí, me dices que sí a…

En ese instante, se arrodilló delante de mí y Elena, increíblemente sonriente, le entregó la cajita con el anillo. Orgullosa de haber cumplido a la perfección con su cometido, dio un paso atrás, cediéndonos de nuevo el protagonismo.

Yo no sabía dónde mirar… Miraba a Eric, miraba la cajita… Y vuelta a empezar. Entonces él la abrió y el brillo de aquel diamante me deslumbró de la misma forma que lo había hecho su flamante dueño desde que le conocí.

—Amor, ¿esto es un anillo de compromiso? —le pregunté mientras la sonrisita de las niñas evidenciaba que así era.

—De un compromiso eterno, Paula, porque si aceptas casarte conmigo quiero que sea para toda la vida….

«Para toda la vida», esas cuatro palabras resonaron en el interior de mi cabeza, activando mi felicidad, esa que ya salía a raudales desde mis ojos hacia fuera.

No podía sentirme más feliz. Era imposible que pudiera pedirle más a la vida.

—Para toda la vida… ¡Sí, quiero! —le chillé con todas mis ganas mientras me abalanzaba sobre él y entonces nuestras niñas también lo hicieron y los cuatro nos abrazamos, mientras Mía me entregaba ese otro símbolo del compromiso, esa flor blanca como los vestidos de mis ángeles… Sentí subir al cielo con todos ellos en ese instante, y si eso no pude hacerlo, al menos sé que llegué a rozarlo con la punta de mis dedos, poque más feliz no podía mostrarme en un día en el que Disney derrochó toda su magia para nosotros.

Tendría multitud de fotografías y vídeos de ese momento que serían el testigo gráfico de que la felicidad puede llegar a su punto más alto, de que, en determinados instantes de tu vida, crees haber sido tocada por una varita mágica.

Hasta Minnie se acercó a nosotros y aceptó hacerse una foto con las niñas, eso sí, mirando de reojo hacia todos los lados.

Los sueños pueden hacerse realidad de un momento para otro. Cómo iba yo a pensar cuando me decidí a vivir unas Navidades tan distintas que en ellas encontraría al hombre de mi vida y que juntos formaríamos una familia.

Cuando todo hubo terminado y, pese a las reticencias de las niñas abandonamos el castillo, los cuatro juntos y de la mano comenzamos a recorrer el trayecto hasta nuestro hotel, ese tan magnífico que se ubica a la entrada del parque y en el que nos esperaba una impresionante

cena para celebrar que nos habíamos prometido.

Tuvimos que explicarles a las crías que no era posible vivir en el castillo y que, pese a ello, la nuestra era y seguiría siendo una historia de cuento en la que Eric me hacía sentir su reina todos los días, mientras que ellas eran y serían siempre nuestras princesas, por muchos años que pasasen.

Tras la cena y la celebración que hicimos, con carrusel de postres incluido, nos fuimos a la cama. Ellas cayeron a plomo después de un día en el que las emociones las embargaron. No podían estar más bonitas e insistieron en dormir aquella última noche con sus vestidos blancos. Accedimos por darles el gusto a nuestros dos pequeños angelitos, a esos que se compincharon con Eric para darme la gran y romántica sorpresa de mi vida.

—Así que Walt Disney volvió a hacer magia, porque me has dicho que sí. —Me abrazaba él—. Me has dicho que sí —insistía como si todavía no pudiera creérselo.

—¿Y qué otra cosa podía haberte dicho cuando eres el hombre más maravilloso del mundo y cuando tú sí que haces magia de verdad? —le contesté con los ojos vidriosos nuevamente, porque todavía no asimilaba que nos fuéramos a casar, que todo hubiese transcurrido tan feliz y tan pronto, que entre nosotros no hubiera dudas y… ¡que nos hubiésemos comprometido!

Inmensamente alegres, esa noche nos costó conciliar el sueño. Por delante teníamos un mágico panorama y ya lo estábamos disfrutando de antemano.

Nuestra boda, eso ya os lo anticipo, también debería ser de cuento, como lo estaba siendo toda nuestra historia, y en ella tendrían un

papel importante aquel par de adorables protagonistas que dormían a pocos metros de su padre y de mí, porque eso éramos ya Eric y yo.

Capítulo 22



Dicen que a lo largo de nuestra vida deberemos tomar decisiones que cambiarán el curso de esta. Y la mía estaba a punto de cambiar para siempre, y para bien.

Aunque ya había cambiado hacía varios meses, cuando mi mejor amiga falleció dejándome a cargo de su hija.

Jamás olvidaría aquellas navidades, las que empezaron llenas de dolor y acabaron con una de esas historias de amor de las que solo existen en las películas o en las novelas.

Lo nuestro fue un flechazo, de eso no tenía la menor duda, y que tanto su hija como mi ahijada conectaran desde el primer momento en el que se conocieron, con aquel intercambio de chocolates, fue lo que terminó de conectarnos a nosotros.

Y no lo tuve fácil con sus padres, Hans y Erin, quienes al saber que su hijo había vuelto a abrir su corazón a alguien, no lo llevaron muy bien, puesto que hacía relativamente poco tiempo que había perdido a su esposa.

Pero así era el amor, llegaba cuando menos podíamos esperarlo.

Yo tenía otra teoría, y era que, por alguna razón y al ser Navidad, mi amiga Diana y su esposa tal vez tuvieron algo que ver en que nos conociéramos y el amor surgiera entre nosotros.

Estaba nerviosa, y no era para menos, pues aquel era el día de nuestra boda.

Sí, mi boda con Eric, el hombre de mi vida, ese que llegó para sacarme más de una sonrisa durante aquellos días tristes en los que a Elena y a mí nos faltaba esa pieza importante para nosotras, solo cuatro meses después de que me lo pidiera en aquel viaje que hicimos con las pequeñas a París.

—Mamá, estás guapa —me dijo la pequeña sonriendo a mi lado.

Todavía se me hacía raro que me llamara así, al igual que Mía, que también lo hacía, del mismo modo que Elena llamaba papá a Eric.

—Y tú pareces una princesita, cariño. —Le di un abrazo y le salió esa risilla que tenía.

Había escogido un vestido sencillo, entallado hasta la cintura y con caída en la falda, esa de la que salía una cola no muy larga. El escote era de esos con forma de corazón sobre los pechos.

Elena llevaba un vestido blanco con el cinturón rosa y la diadema en el mismo color, al igual que Mía, y es que ambas niñas quisieron vestir igual.

Al verlas juntas parecían mellizas.

—¿Mami? —preguntó señalando la gargantilla que llevaba puesta.

—Sí, mi vida, es la de mami —sonreí mientras la tocaba.

De ella colgaba un pequeño corazón que se abría donde mi mejor amiga puso una foto en la que estábamos las tres juntas. Algún día eso pasaría a ser de Elena, pero en ese momento quería tener a mi amiga, a mi hermana de corazón, cerquita de mí.

Solo me faltaba ella, solo la tuve a ella como familia durante siete años hasta que nació Elena, y no podía faltar en el que iba a ser uno de los días más felices de mi vida.

—¿Está preparada la novia? —Me giré al escuchar la voz de mi suegro, quien sonreía mientras caminaba hacia mí.

Ver a Hans era ver cómo sería Eric con sesenta y cinco años. Alto, fuerte, de hombros anchos, y ese rostro mezcla de seriedad y simpatía con las arrugas de expresión típicas de la edad.

—Estás preciosa, Paula —dijo abrazándome.

—Gracias, Hans —sonreí.

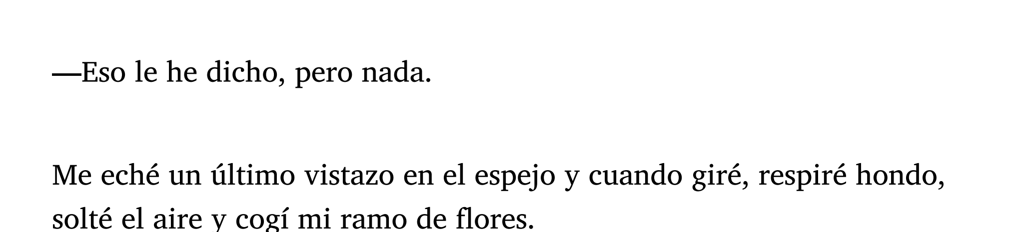
—Y esta niña está guapísima. —Cogió en brazos a Elena que no tardó en darle un beso en la mejilla.

—Tú también eres guapo.

—Pues se agradece el piropo —rio—. Mi hijo está de los nervios, y eso que no es su primera vez.

—Mal vamos entonces —reí—. Yo estoy como un flan, tu hijo no

debería.



—Eso le he dicho, pero nada.

Me eché un último vistazo en el espejo y cuando giré, respiré hondo, solté el aire y cogí mi ramo de flores.

—Estoy lista.

—En ese caso —Hans dejó a Elena en el suelo y, tras darle un azote en el culo, le dijo que bajara corriendo para encontrarse con Erin y Mía, me miró y me ofreció el brazo—, vayamos a que te conviertas en la esposa de mi hijo.

—Hans. —Me colgué de su brazo—. Quería agradecerte que hicieras esto por mí, de verdad, significa mucho. No tengo más familia que Elena, y ahora Eric y Mía, y que Erin y tú me aceptarais…

—Paula, voy a ser sincero contigo. Queríamos a la primera mujer de Eric como a una hija, ella nos dio el mayor tesoro que tenemos, que es nuestra pequeña Mía.

»Eric lo pasó mal durante unos meses tras perderla, se querían mucho, pero tu llegada a su vida le devolvió esas sonrisas que había perdido. Fuiste un regalo para él y la niña, y en este tiempo que he visto cómo cuidas de Mía como si fuera tu hija, te aseguro que no podría haber mejor mujer que tú para criarla junto a mi hijo.

»Y Elena, esa niña le da la vida a mi nieta —sonrió acariciándome la mejilla—. Fuisteis un verdadero regalo para ellos, y soy yo quien te da las gracias por eso.

Me besó en la frente y mientras cerraba los ojos, sentí ese calor que un padre da a sus hijos.

—No hagamos esperar más a Eric, no sea que venga a buscarte.

Me llevó hasta el lugar en el que me esperaba su hijo, y me emocioné tanto al verle con ambas niñas, una a cada lado, que sonreí mientras notaba una lágrima caer por mi mejilla.

La retiré rápido y seguí avanzando acompañada de la marcha nupcial, cogida del brazo de mi suegro acercándome cada vez más al hombre de mi vida.

Eric estaba guapísimo con aquel traje blanco y un pañuelo rosa en el bolsillo de la chaqueta.

No sabía que iba a ir así vestido, fue toda una sorpresa, pero iba haciendo juego con nuestras pequeñas.

—Estás preciosa —me dijo cuando entrelazó nuestras manos.

—Tú también estás muy guapo. Pensé que llevarías un traje negro o azul marino, no blanco —sonreí.

—Cosa de ellas. —Señaló a las niñas al tiempo que se encogía de hombros.

—Dime una cosa, Eric, ¿vas a hacer todo lo que te digan ellas, el resto de tu vida?

—Pinta la cosa mal, ¿verdad? —Arqueó la ceja—. Pero es que no hay quien se resista a esos pucheros ni a sus caras cuando empiezan a decir «porfi, porfi, pooorfiii» —dijo en un tono casi infantil, que me hizo reír.

—Sí, van a hacer contigo lo que quieran —reí.

Comenzó la ceremonia con las niñas a nuestro lado, en primera fila querían estar y cuando les dijimos que sí, que se sentarían con los padres de Eric en las sillas de la primera fila, dijeron que no, que ellas querían estar con nosotros.

Y ahí estaban, escuchando atentamente lo que decíamos nosotros y el oficiante.

—Yo, Eric, te tomo a ti, Paula, como mi legítima esposa, y prometo amarte, respetarte y cuidar de ti y de nuestra familia, todos los días de mi vida. —Me emocioné al escuchar esas dos palabras, nuestra familia, porque a pesar de que Elena no era hija mía, aunque así la sentía, él la aceptaba como si también fuera suya.

—Yo, Paula, te acepto a ti, Eric, como mi legítimo esposo, y prometo amarte, respetarte y cuidar de ti y de nuestra familia, todos los días de mi vida —repetí mientras me caía una lágrima por la mejilla que él retiró con el pulgar mientras me sonreía.

—Eric, Paula, yo os declaro marido y mujer, podéis besaros y sellar así vuestra unión —dijo el oficiante, y Eric no tardó en acercarme a él para posar sus labios sobre los míos en un beso cálido y dulce.

—Ya eres mi esposa —murmuró cuando se apartó.

—Eso parece —reí.

—Papi, a comer —dijo Mía, y tanto Eric como yo nos echamos a reír.

—Sí, hija, vamos a comer no sea que os quedéis Elena y tú sin comida.

Eric le dio la mano a su hija, yo se la di a Elena y pasé el otro brazo en el que llevaba el ramo de flores por el de Eric, de manera que caminamos los cuatro juntos entre los aplausos y felicitaciones de sus amigos y empleados.

Llegamos hasta la zona del jardín donde se serviría el cóctel, y allí tomamos la primera copa de champán como marido y mujer, brindando con nuestros invitados.

Erin se acercó junto con Hans y me dio un abrazo de esos que daría una madre a su hija el día de su boda.

—Cielo, ha sido una ceremonia preciosa —me dijo acariciándome la mejilla—. Sé que harás muy feliz a mi hijo, las dos lo haréis. —Miró a Elena—. Y quiero que sepas que me encanta la idea de tener otra nieta.

—Gracias, Erin.

Pasamos a las mesas donde fueron sirviendo todos los platos del menú que habíamos escogido, besándonos cuando alguien lo pedía, sonriéndonos el uno al otro, cogiéndonos de la mano y posando para todas las fotos que el fotógrafo que habíamos contratado nos pedía solos, con las niñas, con sus padres o los seis juntos.

Me daba pena que mi mejor amiga no fuera a estar en esas fotos, pero la tenía conmigo, estaba en mi corazón y en esa personita que había dejado a mi cargo y me llamaba mamá.

Después del banquete y la tarta, con la que las niñas se pusieron las

botas, llegó el momento de abrir el baile.

Eric me cogió por la cintura, entrelazó nuestras manos y comenzamos a bailar acompañados de una balada de lo más bonita.

—¿Eres feliz, amada esposa? —preguntó mirándome fijamente.

—Absolutamente —sonreí—. ¿Y tú, amado esposo?

—Más de lo que pensé que podría.

—Cuando decidí hacer ese viaje, no se me pasó por la cabeza en ningún momento que conocería al hombre con el que acabaría casándome, y aquí estoy.

—Aquí estás —sonrió y se inclinó para besarme—, casada con el hombre más guapo y sexy del pueblo.

—Modesto, baja, que sube Eric. —Volteé los ojos y se echó a reír.

—¿Quién es Modesto? —preguntó.

—Pues alguien será desde luego, pero eso que he dicho es algo que se dice en España cuando alguien hace como tú, decir que es guapo y sexy.

—¿Estoy mintiendo? —Arqueó la ceja.

—No, no, para nada —reí.

—Eso me parecía —susurró y me besó.

Después de nuestro primer baile, cada uno cogió a una de las niñas para bailar con ellas, después nos las intercambiamos y finalmente él bailó con su madre y yo con su padre.

Cuando paramos tomamos una copa de champán cada uno y compartimos momentos de lo más cómplices, esos que después, a solas y en la intimidad, nos llevarían a perdernos entre las sábanas y amarnos como tantas veces lo habíamos hecho antes.

Capítulo 23



Y allí estábamos de nuevo, después de nuestra boda, con nuestras dos preciosas niñas, subidas en un avión y encantadas camino de Punta Cana, ese paraíso caribeño para disfrutar en familia de una más que bonita luna de miel.

Todo había salido fantástico, con tanto amor como le pusimos, y la luna de miel no concebíamos de otra manera que viviéndola en compañía de nuestras peques.

El tiempo había transcurrido rápido, muy rápido, y ya estábamos casados y camino de deleitarnos con otra serie de días inolvidables que en aquella ocasión llevaban un sello especial, puesto que una luna de miel no se vivía todos los días.

Nuestras niñas estaban más espabiladas y charlatanas por día que pasaba. Nos tenían el coco comido, como se solía decir, y la alegría nos desbordaba.

Elegimos Punta Cana porque, de entre otros muchos destinos caribeños, era uno que podía disfrutarse con mucha intensidad con niños, y esa era nuestra prioridad.

Nada más aterrizar en sus cálidos parajes supimos que no nos

habíamos equivocado y que la decisión tomada nos llevaría a celebrar una luna de miel también de cuento, como fue toda nuestra historia, solo que de un cuento a ritmo de salsa que nada tenía que ver con lo que se cocía en Suiza. Punta Cana era otra historia y desde el principio apuntó maneras.

Nuestras niñas llegaban con las pilas cargadísimas y la idea era que, en aquel hotel totalmente adaptado para los niños, encontraran su espacio en el que hacer mil y una actividades con nosotros, pero también con algunos cuidadores y otros niños, permitiéndonos disfrutar de ciertos momentos de intimidad, que para eso se trataba de un viaje irrepetible.

El resort nos resultó simplemente de cuento y aquel precioso bungaló, en el que nos alojaríamos durante nueve días, era el lugar perfecto para el esparcimiento, con salida directa a una de las piscinas del complejo. En concreto, a una más familiar y privada a la que ambas quisieron tirarse de cabeza, ¡vestidas y todo! A lo justo las pilló Eric, quien ya estaba hecho todo un experto. Viéndole ejercer como el padrazo que era, no me resultó en absoluto extraño que estuviese enamorada de él hasta la médula, que estuviese loquita por ese hombre que ya se había convertido en mi flamante marido.

La piscina en cuestión era la bomba para los más pequeños porque se trataba de un parque acuático en miniatura y los más pequeños daban brincos de alegría en ella.

—Se lo van a pasar bomba —le decía yo mientras las llevaba a cada una debajo de un brazo, riendo y pataleando porque querían volar para el agua.

—Y cuando las dejemos con los cuidadores nos iremos a la más grande, a disfrutar de esa barra incorporada en la que tomar los cócteles más afrodisíacos —me decía él.

—¿Afrodisíacos? Pero si tú vas todo el día como una moto. Solo te falta un cóctel afrodisíaco y entonces seguro que me haces un hijo aquí, directamente —reía yo, tan serio como parecía y cuando las soltaba no me quedaba otra que reírme.

Prometía… Aquella luna de miel prometía y mucho más, en ese otro tipo de escenario de cuento, muy alejado del de Disney, pero igualmente idílico, que amenazaba con poner a funcionar nuestras caderas a ritmo caribeño.

Yo llevaba una gran cantidad de ropa de baño y sabía que con algunos modelitos lo pondría taquicárdico. Esos no eran para disfrutar en la piscina infantil, sino para cuando nos perdiéramos a solas por el resort, para cuando quisiera poner su corazón al límite, porque si algo me gustaba en el mundo era notar ese deseo en sus ojos, un deseo que, lejos de decrecer, crecía más que nunca en sus chispeantes pupilas.

Las crías se colocaron corriendo su ropa de baño y él salió a la carrera con ellas. Su vitalidad era extraordinaria, me resultaba increíblemente loco que pudiera derrochar tanta detrás de esas niñas que ya eran sus hijas por igual, dado que Eric jamás haría ninguna diferencia.

Me quedé colocándolo todo mientras, a través del ventanal que daba a la terraza, situada en la planta baja del edificio, los veía jugar en la piscina. Las dos tiraban de él, simpatiquísimas, y le dieron coba, puesto que Eric no se fijó en que lo llevaban directo hacia un par de calabazas que, situadas estratégicamente más altas que la cabeza de un adulto, de pronto se daban la vuelta y vertían un buen puñado de litros de agua sobre quien estuviese debajo… No pude reírme más, la campanilla se me veía cuando contemplé la cara que se le quedó, y más cuando ellas comenzaron a reír también a carcajadas. Qué divertidas y qué monas eran. Y cuánto se revolucionaban juntas, ya que lo que no se le ocurría a la una se le ocurría a la otra.

Salí a la terraza y él me encontró desternillada, razón por la que corrió hacia mí y, levantándome entre sus brazos, mi notario me llevó corriendo hasta las mismas calabazas. El problema era que yo sí que sabía a qué iba y me resistía con uñas y dientes. Las niñas es que se morían de la risa, no podían estar más saladas.

—¡Que no, que no! ¡Que me vas a ahogar! —le decía, tratando de zafarme de sus fuertes brazos, cosa que no lograba.

—Pues entonces me darás la excusa perfecta para hacerte el boca a boca —me contestaba él sin miramientos, porque yo iba para el agua sí o sí, estaba más que sentenciada.

Entre las palmas y los vítores de sus dos pequeñas compinches, acabé zambulléndome en el agua, porque me tiré de golpe para zafarme de él y de las dichosas calabazas, ¡y lo peor es que seguía vestida!

Para más inri, el vestidito de gasa que llevaba puesto se me pegó a tope al cuerpo, provocando una imagen de lo más sexy.

—¡A las calabazas! ¡A las calabazas! —chillaban las niñas—. Papá, ¿es que te has quedado sordo de repente? —le preguntaban.

Sordo desde luego que no, pero algo bizco sí, porque los ojos se le encontraban el uno con el otro mientras miraba mis peras, ya que él era más de peras que de calabazas, por lo que yo iba viendo.

Total, que ni por esas me libré, porque aquellas dos chiquitillas, que se habían convertido en dos terremotos cuando de divertirse se trataba, le obligaron a llevarme debajo de las calabazas, y eso que mi notario parecía haberse quedado lelo.

—Doy fe de que podrías ganar cualquier concurso de camisetas mojadas —me decía.

—De vestidos mojados, que no es lo mismo, pero vale… Aceptamos pulpo como animal de compañía —le comentaba yo mientras causaba la risa de ambas ratonas, que se mostraban contentísimas con todo lo que estaba sucediendo. Menudos días de jolgorio nos quedaban por delante. En ellos, las risas estaban más que aseguradas, eso ya os lo puedo adelantar también.

A lo justo pude salir de la piscina e irme a poner un bikini. Cuando volví con él, Eric me pidió el relevo.

—Ahora vengo, voy a pedir cubitos de hielo o el resto de los padres me echarán del recinto cuando vean esto —me indicó.

—Me parto, yo es que me parto. Si pareces Pinocho, pero por los bajos —le decía yo, quien tenía que hacer maravillas para mantenerme en pie de la risa. Vaya primera escenita tórrida que acabábamos de vivir y nada más llegar, ¿os avisé ya de que esa luna de miel apuntaba maneras?

Capítulo 24



No contábamos con que las niñas, que se habían pasado toda la tarde jugando en el pulpo gigante que representaba la zona infantil a la que acudían decenas de críos de todo el hotel, quisieran pasar allí la noche.

Esa zona recreativa no tenía nada que ver con la piscina de la que había hablado, sino que era un complejo amplio, situado en otro lado del resort, en la que un gran grupo de cuidadores hacían las delicias de los críos, pero mucho más de los mayores, en el sentido de que se quedaban a su cuidado mientras los padres disfrutábamos de un merecido ratito de esparcimiento.

—Sí, sí —suplicaban con las manitas para que las dejásemos quedarse. Allí habían hecho buenas migas con otros niños y corrían hacia aquellas camitas que, situadas en lo que serían los tentáculos del pulpo, aparecían ante nuestros encandilados ojos cuidadosamente dispuestas.

—¿De verdad? —les preguntábamos porque nos resultaba increíble que se mostraran con tantas ganas de quedarse, más cuando ellas no estaban en absoluto acostumbradas a dormir sin nosotros.

—De verdad, de verdad —nos decían empujándonos para que nos fuéramos. Si algo podíamos quedarnos era tranquilos, porque vaya si

tenían ganas esas dos liantas de perdernos de vista.

—Para ellas es una novedad, deberíamos dejarlas. Estarán muy bien cuidadas. Y entonces yo te daré cuidados y mimitos a ti —me susurró en el oído.

No podía describir con palabras lo que sentía cuando me hablaba así. Era como si una lengua de calor abrasador me recorriera de arriba abajo, aunque para lengua abrasadora la suya, que esa se sabía muy bien un camino que a mí me llevaba a derretirme entre sus llamas. En fin, que me estoy yendo por las ramas y aquello no era la selva, por mucho que quedándose allí las crías hubieran abierto la veda y cierto cazador daría rienda suelta a sus instintos esa noche.

Cielos, seguía hirviendo un rato después cuando, ataviada con un cortito e ibicenco vestido de lo más sexy, y con unas cuñas muy altas, que me hacían cuerpazo, él me cogió al vuelo antes de salir por la puerta a cenar.

—Yo solo digo que me vas a quitar el maquillaje —reí con ganas porque sabía que le daría igual—. Yo solo digo eso —le repetí.

—Y yo solo digo que me da exactamente igual. —Me apretó contra él.

—También te recuerdo que hemos reservado mesa y que tú, cuando te lías, te lías —insistí nerviosa, porque quería salir a disfrutar de la noche, pero, si él se ponía así, me entraban unas irresistibles ganas de quedarme.

—¿Y si te digo que no te quitaré el maquillaje ni tardaré mucho? —murmuró insinuante, revolviendo mi pelo, en un gesto que sabía que me volvía loca, pero que muy loca.

—Pues igual entonces te doy luz verde, notario, ¿tú cómo lo ves? —le pregunté mientras ya me tenía a su merced.

Me resultó morboso, muy morboso, porque le bastó con darme la vuelta y ponerme de cara a la pared, sobre la que yo me acodé. Es cierto que no me desvistió, solo retiró mi tanga, uno que en aquel momento ya estaba empapado para él, mientras yo contenía un suspiro que, finalmente, terminé por dejar escapar.

Eric bajó sin pensárselo dos veces y, mientras fue palpando mi entrepierna, hizo virguerías con su lengua entre mis labios vaginales, los cuales separó, bebiendo de mi esencia y haciendo que, del placer, terminara por darme un golpe en la cabeza contra la pared, al perder el norte.

Mi risa acabó por contagiarle mientras, perdido entre mi falda, hizo por salir y entonces noté cómo se desabrochaba su bermuda de lino y, antes de lo que canta un gallo, me penetraba, sacando un intenso gemido de mi interior.

No sabía a qué agarrarme, lo digo muy en serio… No lo sabía mientras su aliento en mi nuca me excitaba tanto que, poniendo la palma de una de mis manos sobre esa misma pared, utilicé la otra para palpar su trasero… Ese trasero duro y bien formado que tanto me excitaba.

No tardé en tener que dejar de pellizcárselo para que esa mano acudiera al rescate de la otra, puesto que de no ser así perdería la estabilidad sobre mis altas cuñas.

Cielos, cómo me ponía cada vez que me hacía un «aquí te pillo, aquí te mato», y eso que mi recién estrenado marido era más de derrochar pasión a dosis lentas, recreándose en mí, pero también era impresionante cuando me proporcionaba una dosis justa de sexo, tan

certera y fogosa, que hacía que me temblasen las canillas.

Tras esa impresionante manera de comenzar la noche, disfrutamos de una cena romántica a la luz de las velas en la playa, un escenario ideal para derrochar más pasión, pues de esa teníamos nosotros para dar y regalar.

Sus gestos, sus mimos, la forma en la que me acariciaba la mano por encima del mantel y lo bien que me conocía ya… Todos esos gestos hacían de una cena con él, todo un acontecimiento. Y si encima se celebraba en un lugar como aquel, en el que todos los sentidos se potenciaban, aprovechamos para tomarnos unas cuantas copas de vino, que para eso solo se vive una vez, ¡qué caray!

Tras la magnífica cena, nos fuimos a uno de los locales de la playa en el que, totalmente abarrotado, aquel sitio nos indicó por qué Punta Cana es uno de los destinos predilectos del Caribe, un lujoso paraíso vacacional en el que perderte a golpe de merengue y bachata, mientras las caderas hacen de las suyas y, entre copa y copa, sientes que el tiempo se te escapa de las manos porque pasa de una forma tan rápida como intensa.

No sé en qué momento caímos en que, sorbo a sorbo, habíamos cogido una borrachera monumental. Tampoco nos importó porque esa noche estábamos solos y porque, por una vez, teníamos derecho a vivir nuestro amor de la forma más desinhibida y juvenil posible, porque nos lo habíamos ganado.

No entraba en nuestros planes y tampoco hacía falta, dado que las mejores cosas eran aquellas que no se planeaban. Simplemente, yo tropecé e hice la croqueta en la arena, borracha como iba, y a él se le enredaron los pies conmigo y cayó encima. Sobra decir que ni él hizo ademán de levantarse ni yo se lo hubiese permitido. En aquella preciosa playa, una vez más, dimos rienda suelta a nuestro amor, con

el rumor de las olas como sonido de fondo.

El problema lo tendríamos al día siguiente, cuando aquellas pequeñinas demandaran toda nuestra atención y la resaca apretara… Pero esa sería otra historia. De momento, se trataba de disfrutar de una ardiente luna de miel que, a todas luces, nos estaba mostrando su mejor cara y que nos resultaría inolvidable. En la orilla, con el agua acariciando nuestros pies, le ofrecía el sonido de mis gemidos, esos que desbocaron su corazón llevándole al límite, como cada vez que lo hacíamos.

Y horas después, seguíamos allí, con un manto de estrellas sobre nuestras cabezas y con unas incontenibles risas que nos llevaban a descubrir el sentido del humor del otro cuando tienes unas copas de más. Eric cada día me sorprendía más, pareciéndose a ese prototipo de hombre por el que toda mujer pagaría. Y a mí no solo me salió gratis, sino que me llegó como un regalo navideño que cristalizó en nuestra posterior boda, la misma que nos llevó a vivir esa imperdible luna de miel en Punta Cana.

Capítulo 25



Ya llevábamos varios días en Punta Cana cuando aquella luminosa mañana, Eric se propuso despertarnos a las tres haciéndonos cosquillas.

Esa noche había resultado de lo más caótica, y es que a medianoche Elena se despertó gritando de una pesadilla, en la que nos contó que había soñado que el pulpo, donde habían dormido hacía unos días, se la comía, y a Mía, en cuanto la escuchó, se le agrandaron los ojos y las dos comenzaron a chillar y terminaron en nuestra cama, por eso amanecieron en ella. Aunque no era nuestra costumbre ni mucho menos, lo de dormir una noche todos juntos era algo que molaba y que disfrutábamos en familia.

—¡A despertaros, dormilonas! ¡Que hoy nos vamos de excursión!

Él tenía para todas. Las manos de mi notario, esas que me ponían tanto, se convertían en ocasiones en máquinas de hacer cosquillas, máquinas imparables, de modo que, a un gesto mío, ambas crías agarraron los almohadones y entre las tres le dimos la del pulpo, ya que la cosa iba de ese animal.

—Ya, ya, que necesito la cabeza para trabajar. Estudié mucho en su día para que ahora me dejéis tonto y se me olvide todo de golpe. —Se moría él de la risa—. Piedad, piedad…

—¿Piedad? Toma otro, ¡por empollón! —Le arreé un fuerte almohadazo—. ¡Y otro más!

Lo que nos pudimos reír con él, que se puso bizco y con la lengua fuera.

—Me habéis desgraciado, me habéis desgraciado —se lamentaba, burlón.

—De eso nada, que hoy toca ir de excursión, ¿no es eso lo que decías? Pues quita esa cara, que no puedo parar de reírme, y suelta por ese piquito de oro que Dios te ha dado, dónde vamos.

Para ver las caritas de ambas cuando nos subimos en el catamarán para ir a Isla Saona, que fue el destino elegido por su padre para sorprendernos ese día. Desde que habíamos llegado, siempre teníamos cosas divertidas que hacer, ya fuera en el complejo hotelero o fuera de él. Las crías se lo estaban pasando de muerte y nosotros no digamos ya… Habíamos logrado disfrutar de esa luna de miel inigualable en Punta Cana, una que no olvidaríamos jamás, pues la disfrutamos segundo a segundo.

En el catamarán, él, que no se fiaba demasiado de ninguna de las dos, las llevaba agarradas a ambas. Todas las precauciones son pocas con esos locos bajitos que son los niños, y Eric siempre se mostraba muy cauto.

Por delante teníamos un día fantástico, uno en el que ellas disfrutarían lo que no está escrito en el Santuario de Tortugas de la isla, donde escucharon con atención cuanto tenían que decirles sobre la protección de esos animales, que les gustaban muchísimo, como todos, porque nuestras niñas eran animalistas a tope.

Pues bien, en el acogedor pueblecito pesquero de Mano Juan, muy cercano a la laguna de los flamencos, les explicaron desde cómo se produce la puesta de los huevos hasta su posterior seguimiento al completo, algo que escucharon ensimismadas.

—A lo mejor sale un hermanito de un huevo —le dijo Elena a Mía, que cada día tenían la lengua más suelta y comenzaban a charlar por los codos.

—Hombre, de un huevo saldría en cierto modo. O, mejor dicho, de los dos —me soltó su padre en el oído, riendo a más no poder.

—Calla, calla, bobo, que me haces reír…

—Pues eso es lo que pretendo. Hacerte reír es el principal cometido de mi vida.

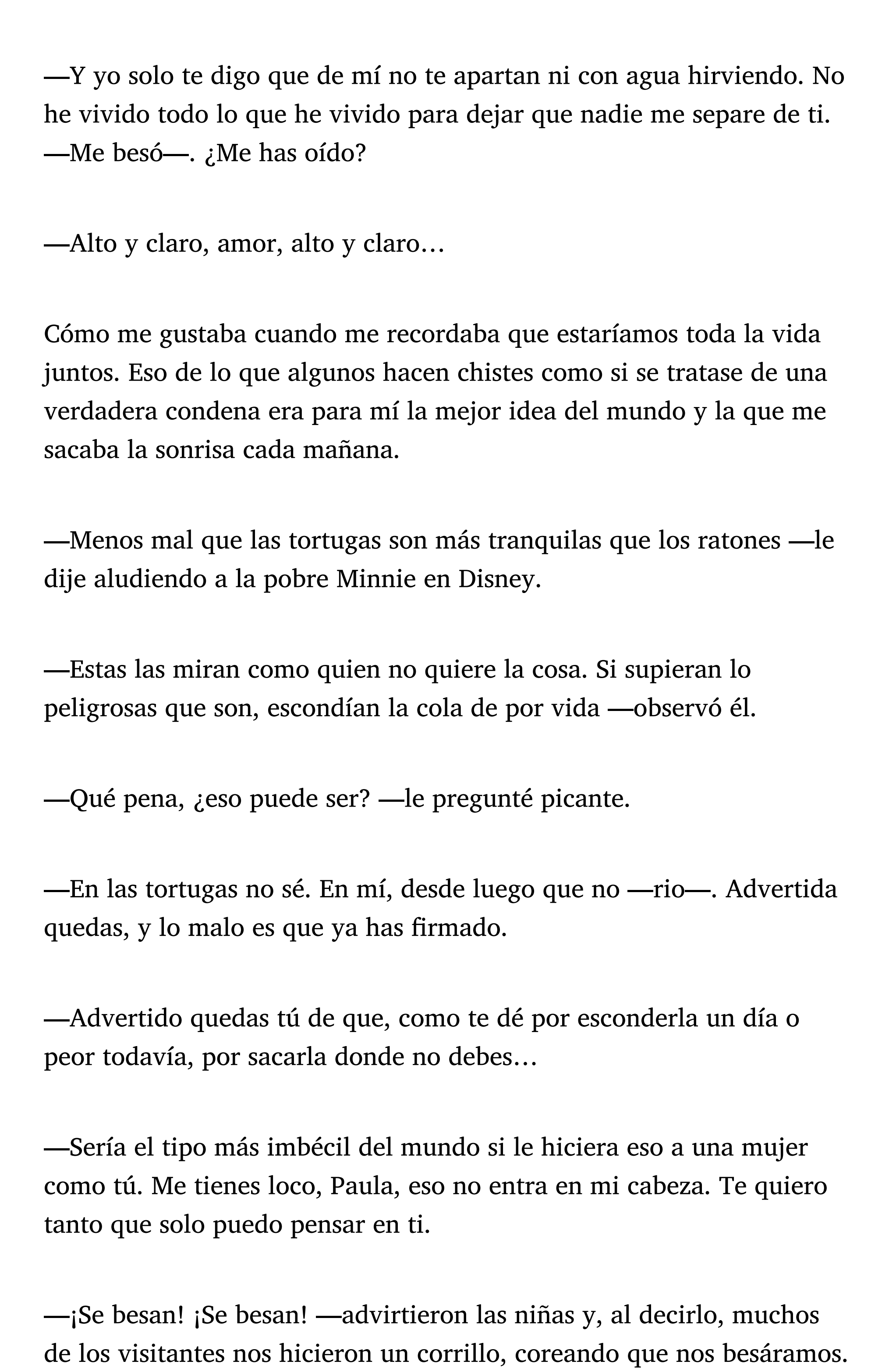
—No me digas, y yo que creí que era dar fe —le contesté con los brazos en jarra.

—Y la doy, la doy de que ese es mi principal cometido —repetía con ojos de enamorado, con esos con los que me miraba siempre.

—¿Y si nos llevamos una? —Le escuchamos decir a Mía, quien no veía mayor peligro en nada.

Miré a Eric y negué con la cabeza.

—Yo solo te digo, que antes de partir para el aeropuerto, les registro a las dos la maleta de arriba abajo, que son un peligro en potencia y no me fío de que hagan que nos detengan —le advertí.



—Y yo solo te digo que de mí no te apartan ni con agua hirviendo. No he vivido todo lo que he vivido para dejar que nadie me separe de ti. —Me besó—. ¿Me has oído?

—Alto y claro, amor, alto y claro…

Cómo me gustaba cuando me recordaba que estaríamos toda la vida juntos. Eso de lo que algunos hacen chistes como si se tratase de una verdadera condena era para mí la mejor idea del mundo y la que me sacaba la sonrisa cada mañana.

—Menos mal que las tortugas son más tranquilas que los ratones —le dije aludiendo a la pobre Minnie en Disney.

—Estas las miran como quien no quiere la cosa. Si supieran lo peligrosas que son, escondían la cola de por vida —observó él.

—Qué pena, ¿eso puede ser? —le pregunté picante.

—En las tortugas no sé. En mí, desde luego que no —rio—. Advertida quedas, y lo malo es que ya has firmado.

—Advertido quedas tú de que, como te dé por esconderla un día o peor todavía, por sacarla donde no debes…

—Sería el tipo más imbécil del mundo si le hiciera eso a una mujer como tú. Me tienes loco, Paula, eso no entra en mi cabeza. Te quiero tanto que solo puedo pensar en ti.

—¡Se besan! ¡Se besan! —advirtieron las niñas y, al decirlo, muchos de los visitantes nos hicieron un corrillo, coreando que nos besáramos.

Y allí estábamos los dos, al otro lado del charco, con las niñas más bonitas del mundo y con un amor que no hacía más que engrandecerse por momentos.

Por la noche, teníamos tertulia en el bungaló.

—No te comerá —le decía Mía a Elena porque ella quería volver a dormir en el pulpo, cosa que no hacían desde el día que llegamos.

—¿Y si me come? —Se encogía ella de hombros, temerosa.

—No te preocupes, yo le morderé más fuerte —insistía.

La idea nos encantaba, porque Elena perdería el miedo mientras que nosotros disfrutaríamos de una nueva y romántica noche a solas, aunque lo más bonito de todo era ver cómo se cuidaban la una a la otra, protegiéndose como verdaderas hermanas.

—¡Es que me las como! —exclamé cuando las vi entrar de la manita a las dos, pues Mía siempre se salía con la suya y Elena terminaba cediendo.

—Yo sí que te pienso comer a ti enterita —me advirtió él cogiéndome en brazos.

—Vale, pero yo te digo por dónde empiezas —le solté mientras también le daba alguna que otra patada, puesto que me hizo cosquillas de nuevo.

—Creo que los dos estamos pensando en lo mismo. Corro…

Y sí que corrió, tanto que creía que la puerta del bungaló estaba

entreabierta y fue que no. Del coscorrón, los dos terminamos sobre el césped de la terraza, muertos de la risa.

—Por verte reír así, me daría una y mil veces con esa puerta —me aseguró.

—Ten cuidado, notario, que será verdad que igual te quedas lelo y luego no habrá quien te aguante.

—Ven aquí, que te voy a dar aguante yo a ti, preciosa…

Y me dio, me dio aguante y en todas las posturas. Y todo eso antes de salir a cenar. La noche era joven y cada vez que nos encontrábamos con la posibilidad de pasarla a solas era como un plus añadido en una llameante luna de miel. Con decir que volvimos de nuevo borrachos y que esa madrugada nos metimos los dos debajo de las calabazas… por Dios que casi nos ahogamos con tanta risa.

Capítulo 26



Último día en Punta Cana y fui la primera en despertarme. A veces lo hacía, los miraba a todos y me embargaba una preciosa sensación de paz que se dibujaba en mi rostro en forma de sonrisa.

Me gustaba con locura el momento de levantarnos todos juntos, disfrutar de un agradable desayuno y comenzar a proyectar lo que iba a ser el día.

—Hoy os tengo una sorpresa dulce —nos anunció Eric durante el desayuno y claro, aunque las dos se estaban poniendo hasta las cejas en ese momento, también pusieron las antenas porque de dulce no las hartaba nadie.

—Será mejor que te expliques o nos comerán a nosotros rebozados en crema de cacao —le pedí.

—Pues de eso justo va la cosa, ¿quién quiere ir a un museo de chocolate? —preguntó y nunca las vi reaccionar tan rápido. Con lo lentas que eran a veces para todo, en otras ocasiones era impresionante comprobar lo mucho que podían llegar a correr…

Habíamos escuchado hablar de él y podía ser una bonita idea para poner el punto final a nuestra luna de miel, una escapada que luego

nos permitiera disfrutar del resto del día en la playa, pues queríamos apurar las horas en sus blancas arenas y en sus cristalinas aguas.

El *Chocomuseo,* con un aspecto de lo más pintoresco que sacó la sonrisa de ambas, era una tienda más que un museo en sí, una a la que querrían quedarse pegadas como si fueran un par de lapas.

De nuevo fue para enmarcar sus caritas cuando nos iban explicando la historia del chocolate dominicano, así como su proceso de producción, aunque no hace falta decir que el momento que más les entusiasmó fue el de la degustación.

A la hora de optar por comprar alguna, les costó escoger entre las muchas variedades de chocolate que ofertaban y Eric, a quien todo se le hacía poco para ellas, decidió llevarse una de cada una.

—Pero ¿tú te crees que nos dará tiempo de comernos todo eso? Por el amor del cielo, si esta noche volamos de vuelta —resoplé riendo.

—Pues lo repartimos entre todos los niños del hotel, ¿te imaginas que alguno lo rechace? No, ¿verdad? Pues ya.

—O sea que te vas a convertir en una especie de Papá Noel con tu saco de chocolate.

—Pero con menos años, sí…

—Y con menos barriga también, que tú estás de vicio, amor…

De camino al hotel, aprovechamos para hacerles algunas fotos con sus caritas manchadas de chocolate, puesto que se pusieron hasta la bandera y los querían probar todos.

Eric, con mucha paciencia, iba dándoselo onza a onza, yo no había conocido nunca a un padre tan metódico y paciente, me encantaba la dulzura con la que las trataba, que era la misma que derrochaba conmigo.

Una vez de vuelta, ambas quisieron ir al pulpo a despedirse de sus amiguitos, ya que no tendrían ocasión de volverlos a ver. Y allí nos plantamos repartiendo ilusión, hasta los monitores se hartaron de chocolate.

No hubo manera de que quisieran venirse a la playa, por lo que decidimos dejarlas allí hasta la hora del almuerzo, para la que no faltaba tanto, puesto que la visita la hicimos a primera hora.

—Madre de Dios, ¿y ese trikini? Cada vez me provocas más —me insinuó al verme con uno rojo que dejé para el final, uno que ciertamente era cien por cien provocativo y con el que me contoneé delante de él—. «Ea», la playa tendrá que esperar —me dijo comenzando a besarme.

—Tú reza porque no nos llamen para recogerlas, que con la cantidad de chocolate que se han metido entre pecho y espalda…

—No, las niñas no me harán eso, yo soy muy buen padre y no me lo harán…

No se equivocó, hubo suerte, y así nos pasamos un buen rato en el bungaló, que casi arde en llamas, antes de salir un ratito a la playa, en la que él me extendió con mimo crema por todo el cuerpo, como siempre hacía con las tres.

—No sé cómo he podido pasar tanto tiempo sin esto —gemí mientras

recibía ese masaje de sus fuertes manos.

—Yo sí que no sé cómo he podido pasar tanto tiempo sin ti, amor. Jamás creí posible que volviera a pasar… Te has convertido en alguien imprescindible para mí, te quiero tanto…

Me emocionaba que no pasara un día sin que me lo recordase. A menudo se nos olvida decir lo mucho que queremos a las personas que nos rodean, pero ese no era su caso. Mi marido no pasaba un día sin agradecer al universo haberme encontrado, con él todo marchaba sobre ruedas, me hacía la vida muy fácil.

Recogimos a las crías a la hora del almuerzo, después de disfrutar de otro chapuzón en el que, una vez más, saltaron chispas entre ambos.

—Es que salgo del agua más caliente de lo que entré —me decía mientras me ayudaba a secarme para ir por ellas.

—Es que el de estar caliente es tu estado natural. Ay, quién tuviera otro ratito. —Le provocaba yo mordiéndome el labio.

Me volvía loca jugar con él, ponerle a mil y que me demostrase lo mucho que me deseaba. Camino del pulpo, me soltó una serie de pellizcos en el trasero que, más o menos, me dieron idea de ello… No podía ponerme más, era acercar sus manos a mi piel y parecer que me había acercado un mechero, cómo me gustaba.

Ese fue nuestro último almuerzo en Punta Cana antes de una tarde en la que tocó recogerlo todo. Tan metódico como ya he referido que era, él ayudó a las niñas a hacer sus maletitas, guardando sus cosas con mimo.

—Mira esto. —Me llamó emocionado.

—¡Me las como! ¡Es que me las como! —le decía yo porque no, no habían raptado una tortuga, pero sí habían hecho un sinfín de dibujos allí en el pulpo, en los cuales representaban a esas tortugas y a nosotros, igual que nos dibujaron en otras muchas situaciones.

Encantadas, se llevaban un colorido recordatorio, salido de sus pequeñas y artistas manitas, que resumían a la perfección lo que habían sido aquellos días.

—Estos dibujos los pondremos en cuanto lleguemos a casa en la puerta del frigorífico —me comentaba mientras me besaba, mirándolas embelesado.

Todos sus avances suponían para nosotros un reto logrado, porque las niñas estaban superbién y mostraban su felicidad en cada gesto que realizaban.

Lo pensábamos de camino a casa. Era hora de dejar El Caribe atrás y de volver a nuestro hogar, ese que nos esperaba tan confortable. En nuestra cabeza se alojaban cantidad de proyectos, siendo el primero el de continuar tan felices por siempre.

En aquellas cálidas tierras que ya veíamos desde las nubes, dimos el pistoletazo de salida a nuestro matrimonio… Un matrimonio que yo intuía que sí duraría para toda la vida, pues nos llegó en un momento en el que ambos pasamos por hechos muy fuertes que logramos sortear con valentía y ganas, muchas ganas.

Dormiditas se pasaron una buena parte del viaje, estaban rendidas, habían sido unos días de muchas emociones y en los que no habían parado de hacer actividades, así que aprovechamos para hablar de

todo y de nada… Pero sobre todo para reír, porque Eric y yo veíamos la vida en clave de humor y nos pasábamos el rato riendo. No podíamos ser más felices y eso se reflejaba en nuestras caras de enamorados, puesto que estábamos enamorados de la vida, de nuestras niñas y cómo no, de nosotros… El uno del otro.

Llegar a casa era el siguiente paso, mientras seguiríamos conociéndonos, amándonos, queriéndonos y respetándonos cada día más.

Epílogo



Quince años después…

Sí, quince años habían pasado desde aquel día en el que Eric y yo nos dimos el «sí, quiero», acompañados de nuestras hijas.

Elena y Mía ya eran unas mujercitas de dieciocho años que estaban a unos meses de empezar la universidad, y ambas tenían muy claro que querían estudiar derecho para llegar a ser notarias, como su padre, y él encantado.

Eric tenía ya cincuenta y tres años, y a mí me seguía pareciendo el hombre más atractivo del mundo.

Aún me miraba como en aquellos primeros días de conocernos en los que me ponía un poco nerviosa, y me deseaba cada noche tanto como la primera vez que nos acostamos.

Las niñas eran mis hijas prácticamente desde el principio, aunque yo jamás pretendería sustituir a sus mamás, esas de las que tanto Eric como yo les hablábamos cada día y les enseñábamos fotos para que no se olvidaran nunca de ellas, prometí que iba a ser la mejor madre para ambas, que podrían contar conmigo siempre y que las querría tal como sus mamás habrían deseado quererlas.

Le prometí a mi amiga mirando al cielo un noche que nunca le faltaría nada a su pequeña, nuestra pequeña, esa que llegó para ser la luz de nuestras vidas y que tanto amábamos las dos.

También se lo prometí a la mamá de Mía, asegurándole que haría de su pequeña una gran mujer de la que sentirse orgullosa desde allí arriba.

Un año había pasado de nuestra boda cuando descubrimos que estaba embarazada, un bebé que llegó por sorpresa y llenando de alegría la casa.

Cuando nació nuestro pequeño Eric, pues quisimos que se llamara como su padre, las niñas tenían cinco años y apenas hacía unos meses que habíamos adoptado a Elena de manera oficial, algo que ambas celebraron entre lágrimas, al igual que yo.

Desde que su hermanito llegó al mundo, tanto Elena como Mía se convirtieron en sus cuidadoras más eficientes.

Que el pequeño Eric ensuciaba el pañal con uno de sus popós, allí estaban ellas para llamarme a gritos porque su hermanito volvía a apestar como una mofeta.

Que lloraba, me llamaban porque posiblemente tuviera hambre o se hubiera hecho pis.

Eso sí, cuando se trataba de dormir, se sentaba una a cada lado mío, cogiéndole una manita cada una, y mientras yo le mecía y cantaba una nana, ellas se apoyaban en mis hombros y se quedaban dormidas también.

Hans y Erin venían mucho más a menudo a casa, adoraban a las niñas y al pequeño Eric, que era igualito que su padre. Si a sus trece años, ya había alguna niña del cole que decía que era guapo, cuanto tuviera unos años más, iba a ser un auténtico peligro para las chicas.

Y a mí me tenía enamorada, era muy cariñoso conmigo desde bien pequeño, y siempre estaba mi alrededor en la cocina.

Cuando tenía cinco años le dio por decir que de mayor sería repostero, pero ahora que sus hermanas iban a seguir los pasos de su padre, parecía que tenía un poco más clara su vocación, y se decantaría por derecho para ser abogado.

Yo no volví a trabajar, me dediqué a la casa y a cuidar de nuestros tres hijos, esos que siempre fueron, eran y serían, el motor de nuestras vidas.

—Mamá, ¿has visto mi vestido turquesa? —preguntó Elena asomándose a mi habitación.

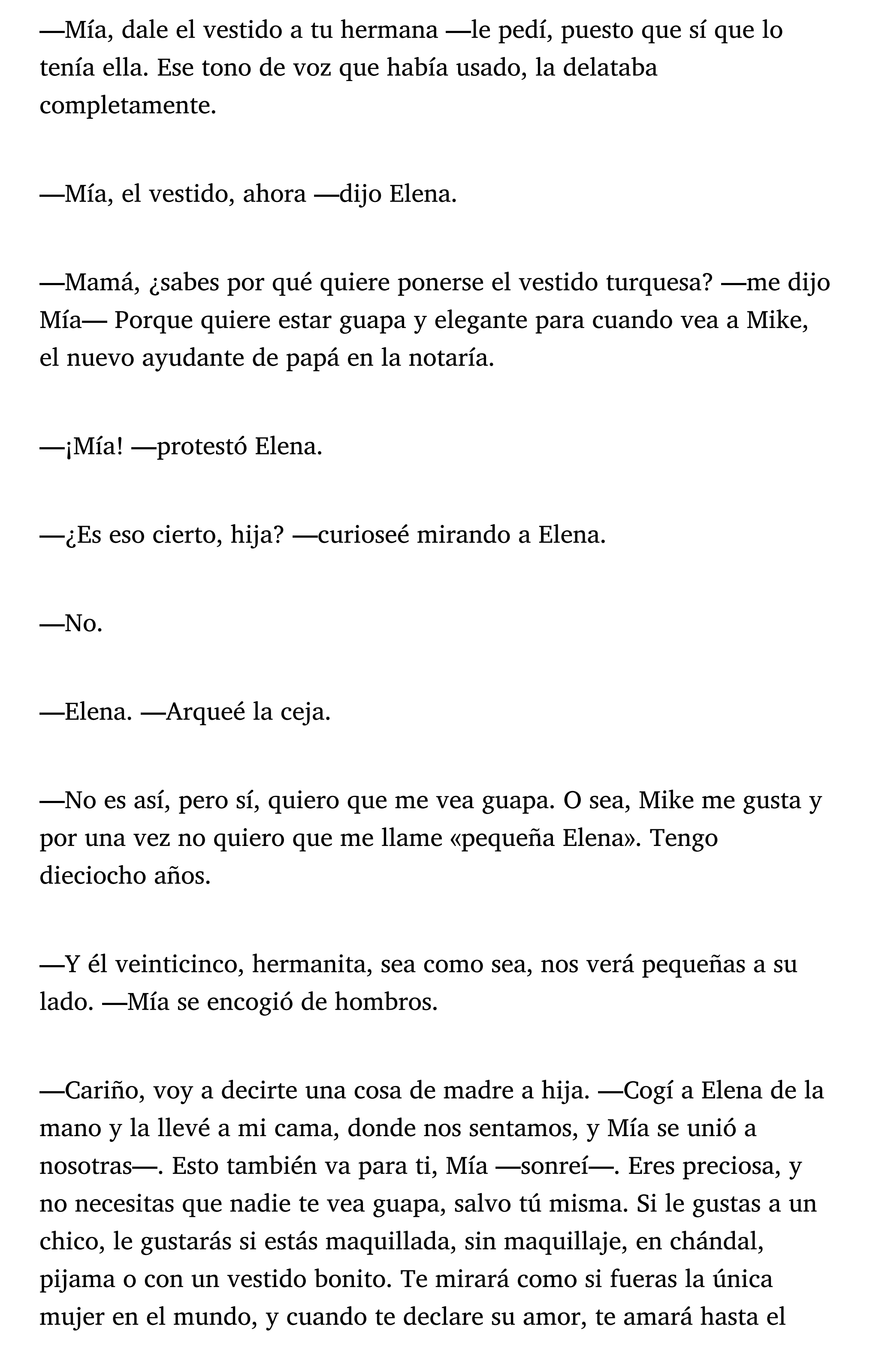
—En tu cuarto estará, cariño —contesté mientras dejaba mi falda negra y la camisa rosa sobre la cama para vestirme.

—No está ahí —suspiró—. ¡Mía!

—¿Qué pasa, hermanita? —preguntó mi otra hija, toda inocente.

—Dime que no has cogido mi vestido turquesa.

—Yo, no.



—Mía, dale el vestido a tu hermana —le pedí, puesto que sí que lo tenía ella. Ese tono de voz que había usado, la delataba completamente.

—Mía, el vestido, ahora —dijo Elena.

—Mamá, ¿sabes por qué quiere ponerse el vestido turquesa? —me dijo Mía— Porque quiere estar guapa y elegante para cuando vea a Mike, el nuevo ayudante de papá en la notaría.

—¡Mía! —protestó Elena.

—¿Es eso cierto, hija? —curioseé mirando a Elena.

—No.

—Elena. —Arqueé la ceja.

—No es así, pero sí, quiero que me vea guapa. O sea, Mike me gusta y por una vez no quiero que me llame «pequeña Elena». Tengo dieciocho años.

—Y él veinticinco, hermanita, sea como sea, nos verá pequeñas a su lado. —Mía se encogió de hombros.

—Cariño, voy a decirte una cosa de madre a hija. —Cogí a Elena de la mano y la llevé a mi cama, donde nos sentamos, y Mía se unió a nosotras—. Esto también va para ti, Mía —sonreí—. Eres preciosa, y no necesitas que nadie te vea guapa, salvo tú misma. Si le gustas a un chico, le gustarás si estás maquillada, sin maquillaje, en chándal, pijama o con un vestido bonito. Te mirará como si fueras la única mujer en el mundo, y cuando te declare su amor, te amará hasta el

último día de su vida.

—Eso mismo es lo que hago yo con vuestra madre —dijo Eric y nos giramos las tres a mirarle.

—Ay, por Dios, papá, ¿cuánto has escuchado? —preguntó Elena con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada.

—Suficiente para decirte que, cierto ayudante mío, me preguntó el otro día si podría invitar a cenar a mi hija alguna vez.

—¿Qué? —preguntamos las tres al unísono.

—Lo que habéis oído. Mike es un chico de los de antes, su padre le enseñó bien —sonrió, refiriéndose a uno de los empleados más veteranos que tenía Eric en la notaría.

—Mía, ahora sí que quiero mi vestido turquesa. —Elena salió corriendo para ir a la habitación de su hermana y coger el vestido.

—¡Pues déjame otro que me pueda poner yo! —gritó Mía siguiéndola.

—Mamá, papá, creo que vais a tener que llevar de compras a mis hermanas porque parece ser que no tienen ropa —soltó Eric con un suspiro mientras se acercaba a su padre—. Ayúdame con la corbata, que siempre me hago un lío.

Mi marido sonrió y ayudó a nuestro hijo a hacerse el nudo de la corbata.

—Ya está, hijo. —Eric le dio una palmada en el hombro.

—En serio, ¿no podéis comprarme unas de esas corbatas de clic? Son mucho más prácticas.

—No, no podemos. Los abogados llevan corbatas de las de verdad, cariño —sonreí.

—Todavía estoy a tiempo para hacerme repostero, que lo sepáis —contestó levantando el dedo a modo de advertencia.

En cuanto salió de la habitación, mi marido se acercó y me rodeó por la cintura mientras se inclinaba para besarme.

—Tengo que vestirme, al final llegaremos tarde y eres el anfitrión de esta cena —dije con una sonrisa.

—Pues por eso, el anfitrión puede llegar tarde.

—No, no puede. —Le di una palmada en el pecho y fui a la cama, donde me quité el albornoz y me puse la falda—. ¿De verdad Mike te ha preguntado si puede invitar a cenar a Elena?

—Sí, a mí también me sorprendió. Siempre he sabido que a ella le gustaba, pero no tenía ni idea de que a él también.

—Es un buen chico.

—Lo sé.

—Eric. —Le llamé mientras se ponía los gemelos en la chaqueta.

—Dime, mi vida.

—¿Crees que ellas…?

—Sí —me interrumpió girándose para venir hacia mí, volviendo a abrazarme—. Están orgullosas de nuestras hijas, porque has sido la mejor madre que ambas podían tener.

—No quiero que sientan que las he fallado. —Se me hizo un nudo en la garganta.

—Y no lo has hecho, Paula. Has criado a esas dos niñas durante estos quince años dándoles amor, cariño y enseñándoles unos valores que siguen a rajatabla. Son unas chicas estupendas, y allí donde estén ellas, se sienten orgullosas de sus hijas y de su madre.

Me besó con ternura y me abrazó mientras me frotaba la espalda.

En esos años siempre temí estar haciendo algo mal, equivocarme de algún modo en cómo estaba criando a las niñas, pero que él me asegurara que lo había hecho bien, era cuanto necesitaba escuchar en ese momento.

Terminamos de vestirnos y antes de salir de la habitación, volvió a besarme una vez más.

—Te amo, Paula, y te amaré hasta el último segundo de mi vida.

—Yo también te amo, Eric, y lo haré cada día como si fuera el primero.

Mis redes sociales

Facebook: Aitor Ferrer

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu